

BOURGE

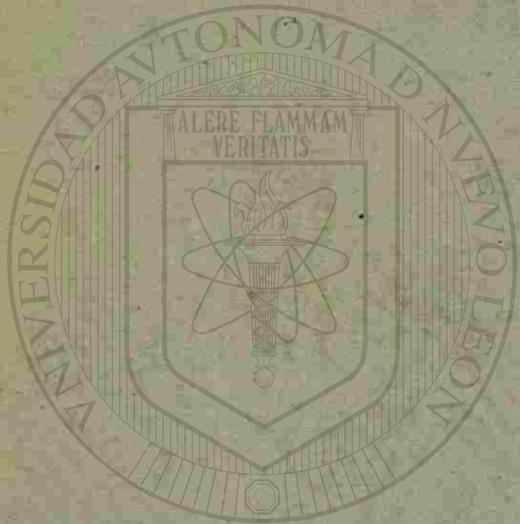
CRUEL

ENIGME

PC2199
C78



1020026123



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CRUEL ENIGMA

Núm. Clas. B 7722e
Núm. Autor 29779
Núm. Add. - 8 -
Procedencia (R)
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [Signature]
Catalogó _____

Paul Bourget.



CRUEL

ENIGMA

Versión castellana

UANL



098262

29779[®]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

Sáenz de Jubera, Hermanos, Editores.

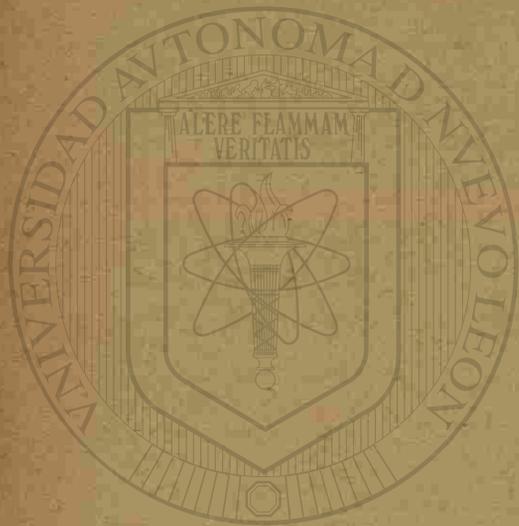
10 - Campomanes - 10

1901

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTREY, MEXICO



873
B.

PR 2199
C78



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
exige la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de Ricardo Rojas, Campomanes, 8.
Teléfono 316.

CRUEL ENIGMA

I

Todos los hombres acostumbrados á sentir con viveza de imaginación conocen perfectamente la especie de melancolía á que induce la contemplación de una perfecta semejanza entre una madre y su hija cuando la madre tiene cincuenta años y la hija veinticinco, y la primera representa ya el espectro anticipado de la vejez de la segunda. ¡Qué fecunda es en amarguras, para un enamorado, la contemplación de la inevitable marchitez reservada á la beldad á quien adora! Para un observador desinteresado, tales semejanzas abundan en reflexiones singularmente sugestivas. En efecto: es raro que la analogía de las facciones de los dos rostros llegue hasta la identidad; pero aún es más raro que la expresión de las mismas sea enteramente igual. Por regla general, de una generación á otra ha

873
B.

PR 2199
C78



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
exige la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de Ricardo Rojas, Campomanes, 8.
Teléfono 316.

CRUEL ENIGMA

I

Todos los hombres acostumbrados á sentir con viveza de imaginación conocen perfectamente la especie de melancolía á que induce la contemplación de una perfecta semejanza entre una madre y su hija cuando la madre tiene cincuenta años y la hija veinticinco, y la primera representa ya el espectro anticipado de la vejez de la segunda. ¡Qué fecunda es en amarguras, para un enamorado, la contemplación de la inevitable marchitez reservada á la beldad á quien adora! Para un observador desinteresado, tales semejanzas abundan en reflexiones singularmente sugestivas. En efecto: es raro que la analogía de las facciones de los dos rostros llegue hasta la identidad; pero aún es más raro que la expresión de las mismas sea enteramente igual. Por regla general, de una generación á otra ha

existido como una marca progresiva del temperamento común. La cualidad dominante de la fisonomía domina aún más, como símbolo visible de un desarrollo del carácter producido por la herencia. Un rostro delicado se afina cada vez más: si era sensual, se materializa; si era voluntarioso, se endurece y se seca. Pero, sobre todo, en la época en que la vida ha completado su obra, cuando la madre ha pasado de los sesenta años y la hija de los cuarenta, esta gradación en las semejanzas es casi palpable para el que las contempla, y con ella la historia de las circunstancias morales en que se ha agitado el alma de aquella raza, de la que las dos mujeres marcan dos etapas.

La percepción de las fatalidades de la raza es tan clara entonces que produce angustia. ¡En estas ocasiones es cuando se revela, aun para los espíritus más desprovistos del conocimiento de las ideas generales, la implacable, la trágica acción de las leyes de la naturaleza, y por poco que esta acción se manifieste en contra de las personas que nos son queridas, aun independientemente del amor, hace muy mal efecto comprobarla!

Por más que á los sesenta y dos años, con una enfermedad del hígado contraída en

Africa, cinco heridas y quince campañas, no se halle un hombre que en otro tiempo ha partido como simple soldado, y que es General en la actualidad, muy predispuesto á elucubraciones filosóficas, está, no obstante, sujeto á impresiones de este orden, como á las que el General Conde Alejandro Scilly se entregaba aquella noche, al salir del salón de un hotelito de la calle de Vaneau, en donde había dejado frente á frente á su antigua amiga, la señora de Castel, y la hija de aquella amiga, la señora de Liauran. Acababan de dar las once en un reloj del más puro estilo del Imperio — un regalo de Napoleón I al padre de la señora de Castel, — colocado en la chimenea de aquel salón. El General se había levantado puntualmente á la primera campanada, como lo hacía siempre, á fin de ocupar de nuevo su coche, cuya llegada le habían anunciado.

El Conde tenía en verdad las razones más poderosas del mundo para estar profundamente trastornado. Después de la campaña de 1870, que le había valido sus últimas charréteras, pero en la que su salud sufrió de un modo considerable, aquel hombre se había encontrado en París sin más parientes que unos primos lejanos á los que no quería y con los que había tenido disgustos con motivo de

la herencia de una prima. ¿Pues no habían impugnado el testamento de la anciana señora, y le habían acusado de captación? ¡A él, al Conde Scilly, al propio hijo del héroe de Leipzig! Con la necesidad de reemplazar por costumbres fijas el cariño y los cuidados de la familia ausente, que distingue á los solterones, el General se había visto obligado á crearse una familia fuera de su vivienda de soldado de cuartel. Las circunstancias le habían hecho comensal casi cotidiano del hotel de la calle de Vaneau, en que habitaban dos mujeres á las que estaba ligado desde hacia mucho tiempo.

La de más edad, María Alicia de Castel, era la viuda de su primer protector, del capitán Huberto Castel, muerto á su lado en Argelia cuando Scilly no era más que sargento. La segunda, María Alicia de Liauran, era la viuda del más querido de sus protegidos, del capitán Alfredo Liauran, muerto en Italia. Todas las personas que hayan estudiado un poco el carácter del viejo solterón y del veterano oficial (estos dos estados constituyen como dos celibatos uno sobre otro) comprenderán á simple vista el puesto que ocuparían aquella madre y aquella hija en la existencia del General. Cada vez que salía de casa de

aquellas mujeres, y durante todo el tiempo que el carruaje empleaba en conducirlo á su casa, su única preocupación era recordar todos los incidentes de su visita, y eso que el carruaje tardaba bastante, pues el General habitaba en el barrio de Orleans el piso bajo de una antigua casa que le había sido legada precisamente por su prima. El coche no caminaba ciertamente de prisa. Lo conducía un viejo caballo de regimiento, muy manso, y guiado por un antiguo soldado, el fiel Beltrán, que no hubiera castigado al animal aunque le hubieran dado un tonel de aguardiente, su bebida favorita.

El coche no reunía tampoco las mejores condiciones para rodar cómodamente, pues era bajo y pesado, un verdadero clarens de señora anciana y noble, que el General había conservado tal como estaba con el verde pálido del cuero de la guarnición y el matiz verde oscuro del de los asientos. ¿Será necesario decir que Scilly había heredado aquel coche al mismo tiempo que la casa? En su ignorancia de viejo veterano, acostumbrado á las rudezas de una carrera que había tomado muy en serio, consideraba sencillamente aquel pesado vehículo como el *desiderátum* de lo confortable, y con la mano apoyada en uno

de los pasabrazos, sentado en el borde de los asientos en que su prima se tendía voluptuosamente, veía sin cesar el salón de la calle de Vaneau y á las dos señoras que habitaban aquella tranquila casa — ¡oh! tan tranquila, con sus altas y cerradas ventanas, detrás de las cuales se extendía el jardín principal, que empezaba en la calle de Varenne y terminaba en la de Babilonia; — ¡sí, tan tranquila y tan conocida de Scilly hasta en sus menores detalles! En las paredes estaban colgados tres grandes retratos, que atestiguaban que, desde la Revolución, todos los hombres de aquella familia habían sido militares. Primero estaba el del coronel Huberto Castel, el abuelo, retratado por el pintor Gros con el oscuro uniforme de los coraceros del Imperio, la cabeza descubierta, la robusta nuca sujeta por un cuello azul oscuro, su busto revestido con la coraza, sus brazos apretados por el oscuro paño de las mangas y sus manos cubiertas con guantes blancos. Napoleón había caído demasiado pronto del trono para recompensar, como él lo deseaba, á aquel oficial que le salvó la vida en la campaña de Rusia. A su lado se encontraba el del hijo de aquel valiente caballero, el capitán del ejército de Africa, pintado por Delacroix, con la túnica azul ple-

gada y el largo pantalón encarnado ajustado hasta los pies; después el retrato, pintado por Flandrin, de Alfredo Liauran, con el uniforme de oficial de línea, tal como Scilly le había usado también.

Por todas partes se veían miniaturas que representaban al coronel Castel antes de haber alcanzado su grado, y también hombres y mujeres del antiguo régimen; porque la señora de Castel, antes señorita de Trans — de los Trans de Provenza, — pertenecía á una numerosísima y noble familia de las cercanías de Aix. El padre del coronel Castel, simple intendente del padre de Maria Alicia, había salvado los bienes de esta familia, á la verdad poco considerables, durante la borrasca de 1792, y cuando en 1829 la señorita de Trans quiso casarse con el hijo menor de Castel, que á su vez era hijo de un célebre militar, no encontró la menor resistencia. Todo el pasado de la señora de Castel y de su hija estaba, pues, esparcido bajo los muros de aquel salón severo é íntimo á la vez, como todas las piezas que se habitan mucho por personas que tienen el culto de los recuerdos. El mobiliaje, compuesto de una curiosa mezcla del primer Imperio, de la Restauración y de la Monarquía de Julio, no correspondía

ciertamente á la fortuna de las dos mujeres, que habia llegado á ser considerable á causa de su economía y de su modesto género de vida; pero no habia ni uno de aquellos muebles que no recordase á un sér querido para ellas y para Scilly, que desde su infancia conocia perfectamente á todas las personas y todas las circunstancias por que habia atravesado aquella familia.

¿No habian hecho Conde á su padre el mismo día que hicieron coronel á Castel, su compañero de armas?

Aquel conocimiento profundo de la vida de las dos mujeres, y de las vicisitudes de la familia, era lo que hacia al viejo tan sensible á su amistad y á la casa que habitaban. Se habia identificado con ellas hasta el punto de no poder dormir por la noche cuando las habia dejado preocupadas por cualquier cosa. Aquel hombre delgado y rígido, en el que todo revelaba la estricta disciplina, desde la pureza de su mirada hasta la regularidad de su paso y el rigorismo extremado de su traje, descubria, cuando se trataba de sus dos amigas, todos los tesoros de sensibilidad que su género de vida no le habia permitido gastar. Precisamente aquella noche, del mes de Febrero de 1880, se encontraba en el estado de agitación en que

estaria un amante que hubiese visto los ojos de su adorada bañados de lágrimas, sin conocer el motivo que las hacia brotar.

—«¿Qué clase de disgusto podrá afligirlas, que no me dicen nada de él?» Esta pregunta cruzaba con frecuencia por el cerebro del General, mientras que su coche corria azotado por el viento y la lluvia. Hacia un tiempo tan endiablado *como un prusiano*, según la expresión del cochero del Conde; pero éste no pensaba siquiera en levantar el cristal de la ventanilla, por la cual entraban á cada instante ráfagas de viento, de las que no se preocupaba, recordando y volviendo á recordar que sus pobres amigas habian estado mortalmente tristes toda la tarde. El bueno del General las contemplaba en su imaginación tal como su última mirada las habia dejado.

La madre, sentada á un lado de la chimenea en una mecedora, con sus blancos cabellos, su altivo perfil, sus ojos extremadamente negros, y su rostro surcado de esas arrugas verticales que parecen testimonio exclusivo de la nobleza. La palidez extraordinaria de su rostro extenuado y como vacío de sangre, revelaba los inmensos pesares de una viudez que ninguna distracción habia logrado consolar. Pero aquella palidez habia parecido al

Conde más sorprendente aún aquella tarde, así como también la inquietud de la fisonomía de la hija. Aunque la señora de Liauran había pasado de los cuarenta años, no se veía aún una cana entre los negros cabellos que coronaban su rostro abatido, pero no marchito, en el que se encontraban todas las facciones de su madre, pero más demacradas y doloridas. Una enfermedad nerviosa la tenía casi siempre postrada en un sillón, que aquella tarde estaba colocado exactamente enfrente de la mecedora que ocupaba la señora de Castel; así es que el General, al salir del salón, había podido contemplar á la vez á las dos mujeres, y presentir confusamente que sobre la segunda pesaba una doble viudez. No, no se conocía ningún hecho que no fuese doloroso en la vida de aquella criatura. Para Scilly, que conocía la pura atmósfera de ternura y de sentimiento en que había crecido la segunda María Alicia antes de entrar por sí misma en una atmósfera de nuevas penas, aquella especie de doble viudez explicaba bien la exageración en la hija, de una sensibilidad ya demasiado pronunciada en la madre. Pero, ¿no hacía años que la melancolía de las dos viudas se distraía, ó mejor dicho, se endulzaba con la presencia de un niño, de Alejandro Huberto Liau-

ran, nacido algunos meses antes de la guerra de Italia, criatura encantadora, aunque demasiado débil para el gusto de su padrino el General, que solía llamarle «señorita Huberto», y tan gracioso como todos los niños educados exclusivamente por mujeres? En las condiciones en que su madre y su abuela se encontraban, ¿cómo no había de ser aquel joven el mundo entero para ellas? Si están tristes, no puede ser más que por su causa, se decía el Conde; sin embargo, nadie piensa por ahora en la guerra... añadía el viejo soldado, recordando la promesa que el joven le había hecho de alistarse en seguida como voluntario si alguna nueva lucha se entablaba entre Alemania y Francia. Sólo con esta condición se había decidido á no combatir el deseo de las dos mujeres, que, como es natural, querían tener siempre á su hijo en su compañía.

En efecto, al joven le había agradado desde pequeño la carrera militar; pero la sola idea de ver á aquel joven, á su único hijo, vestido de uniforme había sido para la señora de Castel y la señora de Liauran tan duro martirio, que el niño y su padrino hubieron de renunciar, quedándose aquél con su madre y su abuela, sin otra carrera que la de amarlas y ser amado por ellas.

El recuerdo de su ahijado Huberto despertó en el Conde una nueva serie de pensamientos. Su carruaje, después de haber recorrido la calle del Bac, se internaba en los muelles. Unas gotas de la lluvia hirieron la mejilla del viejo soldado, que cerró entonces el cristal que había permanecido abierto. La súbita sensación del frío le hizo refugiarse en un rincón del coche y embeberse más aún en sus pensamientos.

La especie de recogimiento que produce una contrariedad física, produce con frecuencia el extraño efecto de avivar en nosotros el poder del recuerdo. En ese caso se encontró el General, que recordó súbitamente que, desde hacía algunas semanas, su ahijado había pasado rara vez la velada en la calle de Vaneau. El Conde no se había inquietado por ello, porque sabía que la señora de Liauran deseaba que frecuentase el mundo. ¡La pobre señora temía que su hijo se cansase de aquella vida tan estrecha! Un secreto instinto obligó entonces á Scilly á atribuir á aquellas ausencias la inexplicable tristeza esparcida en el rostro de las dos mujeres. ¡Sabía hasta la evidencia que los más vivos deseos del corazón de la abuela y de la madre tenían por fin supremo la existencia de aquel niño, y se

le representaban las mil escenas de apasionado afecto á que había asistido desde la época en que nació Huberto!

Recordaba las recrudescencias de palidez de la señora de Castel y las horribles angustias de la señora de Liauran, al observar una ligera indisposición en el niño. Recordaba los días de su educación, que su madre había querido darle por sí misma. ¡Cuántas veces había admirado á la joven, reclinada en una mesita, empleando muchas horas de la tarde en estudiar en un libro de latín ó de griego la página que el pequeño debía recitar al día siguiente! Por una de esas locuras de afecto, propias en ciertas madres á las que haría sufrir horriblemente la más pequeña discrepancia entre su espíritu y el de su hijo, la señora de Liauran había querido asociarse, hora por hora, al desarrollo de la inteligencia de su niño. Huberto no había dado una lección sin que su madre asistiese á ella, trabajando en alguna labor de caridad, haciendo colcha ó pañuelos para los pobres; pero escuchando con toda atención á lo que decía el profesor. Había llevado la divina susceptibilidad de su celo cariñoso hasta no querer que su hijo asistiese á ningún colegio. Huberto había hecho sus estudios con profesores particulares que

la señora de Liauran había tomado, guiada por las recomendaciones del cura de Santa Clotilde, su director, y ninguno de ellos había podido disputarle su influencia, en la que no daba participación más que á la abuela.

Cuando fué preciso que el joven aprendiese la equitación y la esgrima, la pobre mujer, para la que una hora pasada lejos de su hijo era un siglo de angustias y de sufrimientos, necesitó meses y meses para decidirse. Por fin consintió en disponer para la sala de armas una pieza del piso bajo del hotel. Un antiguo maestro de esgrima del ejército, establecido en París, y al que el general Scilly había tenido bajo sus órdenes en el servicio, iba tres veces á la semana á dar lección al niño. La madre no se atrevía á decir que solo el ruido del choque de las espadas despertaba en ella el temor de algún accidente y la causaba una emoción insuperable. El Conde había conseguido de la señora de Liauran que le confiase á su hijo para enseñarle á montar, pero había sido á condición de que no le abandonaría ni un minuto; y cada vez que salía para dar la lección era para ella un motivo secreto de agonía. Todos aquellos matices de sentimientos que habían hecho de la educación de Huberto un misterioso poema de locos terrores,

de felicidad dolorosa y de continua efusión, los había comprendido el Conde Scilly, por más que fuesen extraños á su carácter, gracias á la viveza de sentimiento que le producía aquella afección tan sincera, así como comprendía también que la señora de Castel, aunque era en apariencia más dueña de sí misma que su hija, no por eso era más prudente. ¡Cuántas miradas había sorprendido en aquella mujer tan pálida, envolviendo á María Alicia Liauran y á Huberto en ardiente, en absoluta idolatría!...

Los días habían pasado; su hijo llegaba á los veintidós años, y las dos viudas continuaban inventando todos esos atractivos que las madres, las esposas ó las amantes, las mujeres apasionadas en una palabra, inventan para retener cerca de ellas al sér que es objeto de su pasión. Con una nimiedad de profundos cuidados, que las producía íntimas delicias, se habían complacido en adornar para Huberto la más adorable de las habitaciones de soltero que cualquiera puede soñar. Hicieron agrandar un pabellón situado detrás del hotel, lindante con un pequeño jardín contiguo á su vez al inmenso de la calle de Varenne. Desde las ventanas de su alcoba, la señora de Liauran podía ver la de su hijo, que tenía de aquel

modo un pequeño universo independiente destinado para él. Las dos mujeres habían comprendido que no podrían conservar siempre á su lado á Huberto más que adelantándose al deseo de una existencia personal, inevitable en un hombre de veinte años. En el piso bajo de aquel pabellón, dos salas grandísimas lindantes con el jardín se habían convertido, la una en sala de billar y la otra en salón de esgrima, con todos los aparatos necesarios. Allí recibía Huberto á sus amigos, los cuales se componían de muchachos de las mejores familias del barrio de San Germán, pues la señora de Castel y la señora de Liauran, aunque no hacían visitas, habían conservado continuas relaciones con todas las personas del barrio que se ocupaban de obras de caridad.

Aquella era una sociedad aparte, muy diferente de la sociedad mundana, y unida de una manera tanto más estrecha cuanto que las relaciones eran en ella muy frecuentes, muy serias y muy personales. Pero ciertamente ninguno de los jóvenes amigos de Huberto tenía una instalación comparable con la que las dos mujeres habían organizado en el primer piso del pabellón. Ellas, que vivían con la sencillez de viudas sin esperanzas, y que no hubieran modificado por nada del

mundo el antiguo mobiliario del hotel, habían aceptado repentinamente para Huberto todas las veleidades y caprichos del lujo moderno. La alcoba del joven estaba tapizada con tela del Japón, con bonita y coqueta fantasía, y todos los muebles eran ingleses. La señora de Castel y la señora de Liauran habían visto en casa de sus parientes, partidarios furiosos de las cosas y costumbres inglesas, algunos modelos que las habían agradado, y se habían ofrecido, como un capricho de amor, el gusto de dar á su hijo aquella original elegancia. En aquella pieza situada al Mediodía é iluminada siempre por el sol, había también un precioso armario con tres entrepaños, un lavabo de madera, un espejo magnífico encima de la chimenea, dos graciosas rinconeras, una cama baja y cuadrada y butacas de las que no se levantaría uno nunca; en fin, en aquella morada se encontraban reunidas con exquisito refinamiento todas las comodidades que un inglés rico desea procurarse. El cuarto de baño y el gabinete de recibir comunicaban con aquella habitación.

Aunque Huberto no fumaba aún, las dos mujeres habían previsto hasta esa costumbre, que las sirvió de pretexto para disponer una pequeña pieza á la oriental, con profusión de

tapices de Persia y un gran diván forrado de telas argelinas que el General las había regalado como recuerdo de sus campañas; tapices parecidos guarnecían el techo y las paredes, en las que se veían todas las armas que habían manejado tres generaciones de oficiales. Sables egipcios recordaban la primera campaña hecha por Huberto Castel á las órdenes de Bonaparte. El capitán del ejército de Africa había poseído las armas árabes, y las procedentes de Crimea atestiguaban la presencia del subteniente Liauran bajo los muros de Sebastopol.

Al salir del cuarto de fumar se entraba en el despacho, cuyas ventanas eran dobles, y las interiores, de vidrieras de colores, hacían que en los días nebulosos no se percibiese la tristeza del tiempo. ¡Las pobres mujeres habían pasado en cambio días bien tristes contemplando un cielo terriblemente oscuro! Delante de una gran mesa de despacho, colocada en medio de la habitación, se veía una de esas butacas giratorias que permiten al que trabaja sobre la mesa volverse hacia la chimenea sin levantarse. Una mesita-escritorio presentaba su pupitre abierto, por si el joven tenía el capricho de escribir de pie, y un canapé le esperaba en sus ratos de pereza.

En un ángulo había un piano y cercando á toda la pieza se veía una biblioteca cuyos estantes se hallaban al alcance de la mano.

Quizás la elección de los libros que adornaban los tableros de este último mueble, demostraba, mejor aún que todos los demás detalles, el temeroso cuidado con que la señora de Castel y la señora de Liauran lo habían dispuesto todo para permanecer dueñas de su hijo durante esos difíciles años que de un niño á los veinte hacen un hombre á los treinta.

Como las dos, en su calidad de viudas de militares, habían conservado el culto de la vida de actividad al mismo tiempo que su excesiva ternura por Huberto y eran incapaces de soportar que él afrontase la carrera de su padre y de su abuelo, encontraron un compromiso de conciencia en el sueño, formado por él, de una existencia de estudios. Acariaban sencillamente el deseo de que emprendiese un largo trabajo de historia militar, como el que había dejado uno de los Trans del siglo XVIII. ¿No era ese el medio más seguro de que permaneciese muchas horas al día al lado de ellas? Así, pues, habían reunido, gracias á los consejos de Scilly, una colección de libros bastante á propósito para aquel proyecto. La correspondencia completa del

Emperador, la serie de las Memorias relativas á la historia de Francia y una profusión de volúmenes de viajes formaban el fondo de aquella biblioteca. Algunas obras de religión, un pequeño número de novelas y las obras de Lamartine acababan de formar el conjunto. Justo es decir que en aquel rincón del mundo, en que no se recibía ningún periódico, la literatura contemporánea era desconocida en absoluto. Las ideas del General y las de las dos mujeres eran idénticas en este punto. En realidad, estaban todos casi tan lejos del mundo contemporáneo como de la literatura. En aquel salón de la calle de Vaneau hubieran podido oírse admirables conversaciones, en las que el Conde explicaba á sus amigas que la Francia estaba gobernada por delegados de las sociedades secretas y otras teorías políticas de parecido alcance.

Las mismas causas producen siempre los mismos efectos. Como en las más pequeñas poblaciones de provincias, la monotonía de las costumbres había producido en las dos viudas una monotonía del pensamiento. Los sentimientos eran muy grandes y las ideas muy pequeñas en aquel viejo hotel cuya puerta cochera se abría rara vez. El transeúnte percibía entonces, en el fondo de un

patio, un edificio en cuyo frontispicio se leía un rótulo latino, grabado en otro tiempo en honor del mariscal de Crequy, primer propietario de la casa: *Marti invicto atque indefesso*.—A Marte invicto é infatigable.—Las altas ventanas del principal y del piso bajo, el color amarillento de la piedra y el silencio absoluto del patio se armonizaban muy bien con el carácter de las dos moradoras de la casa, cuyas preocupaciones eran infinitas. La señora de Castel y su hija creían en los presentimientos, en la doble vista y los sonámbulos. Estaban persuadidas de que el Emperador Napoleón III emprendió la guerra de Italia por obedecer á un juramento prestado como carbonario. Aquellas dos mujeres, tan tolerantes y tan buenas, no hubieran concedido nunca su amistad á un protestante ó á un israelita. La sola idea de que pudiese haber un librepensador de buena fe las hubiera trastornado como si las hablasen de la santidad de un criminal. En fin, hasta el General las tenía por incomparablemente inocentes. Pero, como sucede á muchos oficiales, á los que su vida errante y ocultas timideces, encubiertas por una apariencia marcial, han condenado á esos amores de refilón, Scilly conocía muy poco á las mujeres y

no se hallaba en disposición de apreciar cuán verdadero era aquel candor y cuán ignorantes del mal vivían las dos Marías. Suponía que todas las mujeres honradas eran como aquéllas, y confundía á todas las demás bajo el epíteto de «miserables». El Conde solía pronunciar esta palabra cuando su enfermedad del hígado le hacía sufrir más de lo ordinario, y con un tono que dejaba sospechar alguna amarga decepción en su pasado. Pero que hubiese sido ó no engañado por alguna aventurera, ¿quién pensaba en inquietarse por ello entre las raras personas que encontraba en casa de «sus dos santas», como él llamaba á la señora de Castel y á su hija?

Balanceado por el movimiento de su coche, el General continuaba abandonándose á la crisis de recuerdos que sufría desde su salida de la calle de Vaneau, y acababa de hacer pasar en un cuarto de hora por su imaginación la existencia entera de sus amigas: al lado de aquellas dos simpáticas figuras se evocaban otras, la de la prima hermana de la señora de Castel, la señora de Trans, que pasaba una parte del año en provincias, y que iba con sus tres hijas, Yolanda, Isolina é Isabel, á pasar el invierno en París. Aquellas cuatro señoras se instalaban en una casa de

la calle de Monsieur, y su vida parisién consistía en oír misa á las siete de la mañana en la capilla privada de un convento situado en la calle de la Barouillere, y en visitar otros conventos ó en trabajar en labores dedicadas á obras de caridad durante la tarde. Se acostaban á las ocho y media de la noche, después de haber comido á las doce y cenado á las seis.

Dos veces por semana «aquellas señoras de Trans», como decía el General, pasaban la tarde en casa de sus primas. Aquellos dos días volvían á la calle de Monsieur á las diez de la noche, acompañadas de su criado, que iba á buscarlas con un gran lio en el que llevaba los chanclos y un farolito, á fin de que pudiesen atravesar el patio del hotel Castel sin peligro.

La Condesa de Trans y sus tres hijas tenían rostros ordinarios, muy tostados y llenos de pecas, vestidos hechos en casa por costureras que las designaban las religiosas, gustos de parsimonia escritos en la mezquindad de todo su sér, y como detalle en que se revelaba su aristocracia nativa, manos encantadoras y pies deliciosos, que no conseguían afeitar los zapatones comprados en una piadosa casa de la calle de Sévres.

Era muy singular el contraste que se establecía entre aquellas cuatro mujeres y otro primo por parte de María Alicia, Jorge Liauran. Este último representaba en el salón de la calle de Vaneau todas las elegancias. Era un hombre de cuarenta y cinco años, con una fortuna más que mediana, aumentada por sabias especulaciones de Bolsa. Tenía su cuartito en el Circulo y allí almorzaba, comiendo cada noche de la semana en una de las casas de que era asiduo concurrente.

Era bajito, delgado y muy moreno. Si mantenía ó no el color y la frescura de su barba, cortada en punta, y de sus cabellos, también muy cortos, gracias á una tintura, era una cuestión discutida desde hacía mucho tiempo entre las tres señoritas de Trans, á las que asombraba la elegancia superfin de Jorge, sus zapatos de suela barnizada, sus calcetines de seda con adornos bordados, los botones de oro labrado de sus puños, la perla única de la pechera de su camisa y, en una palabra, los más pequeños detalles de la *toilette* de aquel hombre de hermosos ojos, cuyo esmero en el vestir representaba una existencia de prodigalidad sorprendente.

Todas ellas estaban convencidas de que Jorge ejercía una fatal influencia sobre Hu-

berto. Pero no opinaba lo mismo la señora de Liauran, puesto que había encargado á Jorge que sirviese al joven de guía en la vida mundana cuando quiso que su hijo cultivase las relaciones de familia. La noble señora recompensaba con aquella muestra de confianza las muchas atenciones de su primo. Este visitaba con frecuencia y regularidad el pacífico hotel desde hacía mucho tiempo, fuese porque la seguridad de aquel afecto le sirviese de lenitivo contra las mentiras de la sociedad parisiense, ó porque hubiera concebido por María Alicia Liauran uno de esos cultos secretos que las mujeres puras inspiran á veces, sin darse cuenta de ello, á los misántropos, porque Jorge tenía todas esas variedades de pesimismo que se encuentran en casi todos los que pasan habitualmente la vida en los casinos.

El género de carácter de aquel hombre, que en todas las materias se inclinaba siempre á creer lo malo, era para el General objeto de una admiración que la costumbre no había calmado. Pero aquella tarde no quería pensar en él, porque el recuerdo de Jorge Liauran no hacía más que avivar el de Hu- berto. Poco á poco, pero de un modo indudable, el digno hombre adquiría la evidencia de

que lo que entristecía tan cruelmente á sus amigas no podía ser más que alguna cosa de su hijo: sí, pero ¿qué sería ello?

Aquel punto de interrogación en que se resumía todo su desvario estaba más presente que nunca en el espíritu del Conde cuando el pesado coche se detuvo delante de su casa. Al otro lado de la puerta cochera se hallaba parado otro carruaje, en el que Scilly reconoció el que la señora de Liauran había regalado á su hijo.

—¿Eres tú, Juan?—gritó al cochero á través de la lluvia.

—Señor Conde...—respondió una voz que Scilly reconoció con sorpresa.

—Huberto me espera en mi casa—se dijo, y franqueó el umbral, presa de una curiosidad que no había experimentado desde hacía muchos años.

II

A pesar de su curiosidad, el General no manifestó la menor sorpresa. La costumbre de la rigidez militar estaba demasiado arraigada en él para que ninguna emoción pudiera triunfar de ella. Colocó su bastón en la bastonera, se quitó con calma los guantes forrados y los dejó en la mesa del recibimiento al lado de su sombrero, cuidadosamente colocado en la percha. Su ayuda de cámara le quitó el abrigo con la misma lentitud. Luego entró en la pieza en que el criado acababa de anunciarle que el joven le esperaba desde hacía media hora. Era una sala de aspecto triste y que indicaba la sencillez de una existencia reducida á las más estrictas necesidades. Estantes de madera de roble, llenos de libros cuyo aspecto revelaba por sí solo que eran publicaciones oficiales, estaban colocados á los dos lados. Mapas y algunos trofeos de armas decoraban el Oeste de la pieza. Una mesa

que lo que entristecía tan cruelmente á sus amigas no podía ser más que alguna cosa de su hijo: sí, pero ¿qué sería ello?

Aquel punto de interrogación en que se resumía todo su desvario estaba más presente que nunca en el espíritu del Conde cuando el pesado coche se detuvo delante de su casa. Al otro lado de la puerta cochera se hallaba parado otro carruaje, en el que Scilly reconoció el que la señora de Liauran había regalado á su hijo.

—¿Eres tú, Juan?—gritó al cochero á través de la lluvia.

—Señor Conde...—respondió una voz que Scilly reconoció con sorpresa.

—Huberto me espera en mi casa—se dijo, y franqueó el umbral, presa de una curiosidad que no había experimentado desde hacía muchos años.

II

A pesar de su curiosidad, el General no manifestó la menor sorpresa. La costumbre de la rigidez militar estaba demasiado arraigada en él para que ninguna emoción pudiera triunfar de ella. Colocó su bastón en la bastonera, se quitó con calma los guantes forrados y los dejó en la mesa del recibimiento al lado de su sombrero, cuidadosamente colocado en la percha. Su ayuda de cámara le quitó el abrigo con la misma lentitud. Luego entró en la pieza en que el criado acababa de anunciarle que el joven le esperaba desde hacía media hora. Era una sala de aspecto triste y que indicaba la sencillez de una existencia reducida á las más estrictas necesidades. Estantes de madera de roble, llenos de libros cuyo aspecto revelaba por sí solo que eran publicaciones oficiales, estaban colocados á los dos lados. Mapas y algunos trofeos de armas decoraban el Oeste de la pieza. Una mesa

de despacho, colocada en medio de la habitación, contenía papeles dispuestos en grupos, notas para el gran trabajo que el Conde preparaba indefinidamente sobre la reorganización del ejército. Dos trozos de percalina negra doblados metódicamente se hallaban colgados entre las escuadras y las reglas. Un busto del mariscal Bugeaud adornaba la chimenea, rodeada de un enrejado y en la que se acababa de quemar una arroba de carbón de cok. El piso de la habitación estaba cubierto de ladrillos encarnados, y la alfombra sobre que descansaban los pies de la mesa era poco mayor que ésta. Sobre aquella mesa había una lámpara de cobre pulido, encendida en aquel momento, y la pantalla, de cartón verde, reflejaba la claridad en el rostro del joven Liauran, que contemplaba la lumbre sentado en una mecedora y con la barba apoyada en la mano.

Estaba tan absorto en sus pensamientos, que parecía no haber oído ni el ruido del coche, ni la entrada del General en la pieza. Tampoco había llamado nunca la atención de este último, como en aquel instante, la notable semejanza que ofrecía la fisonomía del joven con la de las dos mujeres que le habían educado. Si la señora de Liauran parecía ya

más endeble que su madre, y menos resistente para soportar las amarguras de la vida, aquella fragilidad se exageraba aún más en Huberto. Su frac de paño fino, con una flor blanca en el ojal, pues estaba en traje de etiqueta, modelaba sus estrechos hombros. Los dedos, que tenía colocados en las sienes, tenían la delicadeza de los de una mujer. La palidez de su semblante, al que la extrema regularidad de su vida daba de ordinario un tinte rosado, atestiguaba claramente en aquellos momentos de tristeza la profunda resonancia que toda emoción producía en aquel organismo tan delicado. Un círculo de nácar se extendía en derredor de sus hermosos ojos negros; pero al mismo tiempo un no sé qué de noble arrogancia en la línea que separaba su frente de su recta nariz y en el pliegue del labio, en el que empezaba á pronunciarse un ligero bigote, la extremidad de la barba, terminada por un surco varonil, y otros signos, tales como su francido entrecejo, demostraban la herencia de una raza enérgica en el muchacho, demasiado mimado por las dos solitarias mujeres. Si el General hubiera sido tan buen conocedor de la pintura como experto era en las armas, hubiera pensado, al contemplar aquel rostro, en esos retratos de

principes jóvenes, pintados por Van Dik, en que la finura casi morbosa de una raza envejecida se mezcla con la nobleza de una sangre heroica.

El General, después de haberse detenido algunos segundos en aquella contemplación, se dirigió hacia la mesa. Huberto levantó entonces su encantadora cabeza, cuyos negros bucles, desordenados en aquel instante, le daban cierto parecido con los retratos hechos por el pintor de Carlos I; vió á su padrino, y se levantó para saludarle. Se adivinaba la constante vigilancia de los ojos maternos hasta en la delicada manera de tender su mano. ¿No son nuestros modales la obra indestructible de las miradas que nos han seguido y juzgado durante nuestra infancia?

—Tienes, pues, que hablarme de algo muy grave—dijo el General yéndose directamente al asunto.—Me lo figuraba, porque he dejado á tu madre y á tu abuela más tristes que lo estuvieron durante la guerra de Italia. ¿Por qué no has estado esta tarde á su lado?... Mira, Huberto, si no haces felices á esas dos mujeres, eres muy ingrato, porque ellas darían su vida por tu felicidad. En fin, ¿qué pasa?

El General había pronunciado aquellas frases continuando en voz alta los pensamientos

que le habían atormentado durante el trayecto de la calle de Vaneau á su casa. A medida que hablaba, pudo observar la visible alteración de las facciones del joven. Era una de las fatalidades hereditarias del temperamento de aquel niño tan mimado, que cualquier tono de voz un poco duro le produjese siempre un pequeño espasmo doloroso en el corazón. Pero á la dureza del acento del Conde Scilly se unía entonces la dureza de la significación de sus palabras.

Éstas ponían al descubierto, brutalmente, una herida demasiado reciente aún. Huberto cayó sobre la mecedora como extenuado de fatiga: luego respondió con voz que, siendo un poco velada por naturaleza, se apagaba aún más en aquel momento. No trató siquiera de negar que él fuese la causa del pesar de las dos mujeres.

—No me interroguéis, padrino; os doy mi palabra de honor de que no soy culpable; pero no puedo explicaros el error que hace que sea la causa de su pena. No puedo... He salido con más frecuencia que acostumbro, y ese es mi único crimen...

—No me dices toda la verdad—replicó Scilly dulcificando el tono al convencerse de la evidencia del dolor del joven.—Siempre he

creído que tu madre y tu abuela te guardan demasiado entre sus faldas. Si yo hubiera sido tu padre, te hubiera educado más duramente. Las mujeres no entienden de formar hombres. Pero es lo cierto que desde hace dos años te dejan frecuentar el mundo. Luego no son tus salidas lo que les causa pena, sino la causa que las motiva...

Al pronunciar esta frase, que consideró como muy hábil, el Conde miraba á su ahijado á través del humo de una pequeña pipa de madera que acababa de encender por maquina costumbre, que explicaba suficientemente la acre atmósfera de que la habitación estaba saturada. Vió que se sonrojaban las mejillas de Huberto, lo que para un observador más perspicaz hubiese sido una hermosa confesión. Sólo una alusión ó el temor de una alusión á la mujer amada puede turbar de tal manera á un joven tan evidentemente puro como lo era aquél. Después de algunos instantes de súbita emoción, el joven respondió:

—Os aseguro, padrino, que no hay en mi conducta nada que pueda avergonzarme. Es la primera vez que ni mi madre ni mi abuela me comprenden... Pero no cederé un ápice en el punto que es objeto de nuestra lucha. Son

injustas, muy injustas—continuó levantándose y dando algunos pasos.

Aquella vez su rostro manifestaba, no ya el sufrimiento, sino el orgullo indomable que la herencia militar había puesto en su sangre. No dejó al General tiempo de calcular el valor de unas palabras que, en los labios de un hijo ordinariamente tan sumiso, demostraban una extraordinaria intensidad de pasión. Contrajo el entrecejo, movió la cabeza como para desechar una idea que le atormentaba, y una vez dueño de sí mismo, continuó:

—No he venido aquí para quejarme, padrino; me recibiríais mal y haríais bien... Sólo tengo que pedir os un favor, un gran favor. Pero desearía que lo que voy á confiaros quedase entre nosotros.

—Yo no puedo adquirir esos compromisos—dijo el Conde.—No siempre tiene uno el derecho de callarse. Todo lo que puedo prometer te es guardar tu secreto, si mi afecto por quien tú sabes no me pone en el deber de hablar. Conque ahora decide.

—Sea—prosiguió el joven después de un silencio durante el cual había juzgado sin duda la situación en que se encontraba;—obrad como gustéis... Lo que voy á decir os se

encierra en pocas palabras. Padrino, ¿podéis prestarme 3.000 pesetas?

Aquella petición era tan inesperada para el Conde, que cambió de repente el curso de sus ideas. Desde el principio de la entrevista trataba de adivinar el secreto del joven, que era también el secreto de sus dos amigas, y desde luego pensó que se trataba de alguna aventura de mujeres. Dicho sea de paso, eso no tenía por qué chocarle. Aunque muy devoto, Scilly había sido demasiado militar para no tener acerca del amor teorías de completa indulgencia. La vida militar conduce á los que la llevan á una simplificación de pensamiento que les hace admitir todos los hechos, sean los que quieran, en su verdadera desnudez. Una «querida», á los ojos de Scilly, era para un joven una enfermedad necesaria. Lo que había que procurar era que aquella enfermedad no se prolongase y que el joven no adquiriese compromiso alguno serio. Tuvo de repente una duda, para él más horrible, porque consideraba, fundado en su experiencia de regimiento, mucho más peligrosas á las cartas que á las mujeres.

—¿Has jugado?—dijo bruscamente.

—No, padrino—contestó el joven.—He gastado sencillamente estos meses más de lo

que me tienen asignado; tengo que pagar algunas deudas, y pasado mañana pienso partir para Inglaterra.

—¿Y tiene tu madre noticia de ese viaje?

—Sin duda; voy á pasar quince días en Londres en casa de mi amigo el agregado á la Embajada, Manuel Deroy, á quien ya conocéis.

—Si tu madre te permite partir—prosiguió el viejo, que continuaba persiguiendo su averiguación con lógica—es porque tu conducta en París la hace sufrir cruelmente. Respóndeme con franqueza: ¿Tienes alguna querida?

—No—contestó Huberto sonrojándose de nuevo;—no tengo querida.

—Si no es en las cartas ni en las mujeres—dijo el General, que no dudaba ni por un minuto de la veracidad de su ahijado, pues le creía incapaz de mentir,—¿me harás el favor de decirme en qué se te van las 500 pesetas mensuales que te da tu madre, es decir, una paga de coronel?

—¡Ah! padrino—replicó el joven visiblemente tranquilizado,—vos no conocéis las exigencias de la vida del gran mundo. Mirad: ayer invité á comer al café Inglés á tres amigos; esto me costó cerca de 25 duros. He regalado algunos ramos de flores, he tomado

coches para ir al campo y he hecho algunos obsequios. ¡Ya véis cuán pronto se da fin de esos cinco billetes de Banco! En una palabra, os lo repito, tengo deudas que quiero pagar, tengo que sufragar los gastos de mi viaje y no quiero dirigirme ni á mi madre ni á mi abuela en estos momentos. Ellas no saben lo que es la existencia de un joven en París. No quiero añadir un disgusto á otro disgusto. En el estado actual de nuestras relaciones verían faltas en lo que no hay más que necesidades inevitables. Además, no me encuentro con fuerzas para soportar una explicación con mi madre.

—¿Y si rehúso?...—preguntó Scilly.

—Me dirigiré á otro—dijo Huberto;—me será terriblemente penoso, pero lo haré.

Hubo un silencio prolongado, porque ninguno de los dos quería romperle. La situación se oscurecía á la vista del General, como el humo que arrojaba de su pipa en metódicas bocanadas. Lo único que veía claro era el carácter definitivo de la resolución de Huberto, cualquiera que fuera la causa secreta que la motivara. Decirle que no, era tal vez enviarle á casa de un usurero, ó por lo menos obligarle á dar algún paso que había de mortificar mucho su amor propio. Adelantar aquella suma

á su ahijado era, por el contrario, adquirir un derecho á buscar más de cerca el misterio que se ocultaba en el fondo de aquella exaltación y en la melancolía de las dos mujeres. Además, el Conde amaba á Huberto con un afecto que tenía algo de debilidad. Si antes le había conmovido profundamente la silenciosa desesperación de la señora de Liauran y de la señora de Castel, sentíase ahora muy turbado por la visible angustia impresa en el rostro de aquel joven, que era para él un hijo adoptivo, tan querido como lo hubiese sido su verdadero hijo.

—Amigo mío—dijo por fin tomando la mano de Huberto y con un tono de voz en que no se transparentaba ya nada de la dureza del principio de su conversación,—te quiero demasiado para creer que pudieras hacerme cómplice de algún acto que disgustase á tu madre. Haré lo que desees, pero con una condición...

Los ojos de Huberto manifestaron nueva inquietud.

—Es sencillamente la de que me fijas la fecha en que piensas devolverme ese dinero. Quiero hacerte ese servicio—continuo el viejo soldado,—pero no sería digno de ti pedir prestada una suma que no creyeras poder devol-

ver, ni de mí prestarme á manejos de ese orden... ¿Quieres venir mañana á las doce? Me traerás una nota de lo que puedes ahorrar todos los meses de tu pensión... ¡Ah! es preciso no ofrecer ramitos, ni comidas en el café Inglés, ni recuerdos. ¿No has vivido mucho tiempo sin necesidad de hacer esos gastos estúpidos?...

Aquel pequeño discurso, en que el espíritu de orden característico del General, su bondad de corazón y sus ideas sobre la regularidad de la vida se mezclaban en igual proporción, conmovió á Huberto tan profundamente, que apretó, sin contestar, la mano de su padrino como trastornado por las emociones que ocultaba. Venía á su imaginación la idea de que mientras se celebraba aquella entrevista en la calle de Orleans, se prolongaría la velada en el hotel de la calle de Vaneau, y que aquellos dos seres á quienes él amaba tan profundamente comentarían su ausencia.

Como si un hilo misterioso le hubiese unido á aquellas dos mujeres sentadas cerca de la solitaria lumbre, sufría también con los dolores que él mismo causaba... Y en efecto, las «dos santas» habían permanecido mucho tiempo silenciosas en el pacífico saloncito, después que salió el General. De todos los con-

tratiempos de la vida parisiense no llegaba á ellas más que un vasto y confuso murmullo, análogo al que produce el mar cuando se le oye desde muy lejos. Esta es la más fiel expresión de lo que había sido durante tanto tiempo la vida de la señora de Castel y de su hija, la intimidad de aquella apartada habitación, con aquel rumor de la vida de fuera. María Alicia Liauran, tendida en un canapé, tan delgada y con sus vestidos negros, parecía escuchar aquel rumor desde el fondo de su pensamiento, porque había abandonado su labor, mientras que su madre continuaba haciendo crochet, sentada en su mecedora y vestida también de riguroso luto: algunas veces dirigía sus ojos á su hija, con mirada en que se leía una doble inquietud. Las sensaciones que su hija experimentaba las sufría la pobre abuela por Huberto y por aquella hija cuya delicadeza casi morbosa conocía. No fué ella, sin embargo, la primera que rompió el silencio, sino la señora de Liauran, que de repente y como prosiguiendo en voz alta su desvarío, dijo entre sollozos:

—Lo que hace mi pena más intolerable aún es que él ve la herida que me causa en el corazón, y ni aun eso le detiene, á él, que siempre, desde su infancia hasta estos últimos seis

meses, no podía ver una sombra en mis ojos, ni un pliegue en mi frente, sin que se alterasen sus facciones. Eso es lo que más me demuestra la profundidad de su pasión por esa mujer... ¡Qué pasión y qué mujer!...

—No te exaltes—contestó la señora de Castel levantándose y arrodillándose delante de la silla de su hija.—Tienes fiebre—añadió tomando su mano. Después, en voz baja y como descendiendo al fondo de su conciencia,—¡Ah! hija mía—continuó,—tú estás celosa de tu hijo, como yo lo he estado de ti. ¡Necesité tantos días de reflexión y tantos trabajos de espíritu, ahora ya puedo decírtelo, para querer á tu marido!...

—¡Ah! madre mía—replicó la señora de Liauran,—los dolores que tú pasaras no pueden compararse al mío. Yo no me degradaba al dar una parte de mi corazón al hombre que tú habías elegido, mientras que ya sabes lo que nuestro primo Jorge nos ha dicho acerca de esa señora de Sauve, cuya educación ha sido dirigida por una madre indigna, y cuya reputación es de las peores desde que se ha casado; acerca de su marido, que tolera que su mujer tenga recepciones en las que la conversación es más que libre, y de su padre, de ese viejo prefecto, que habiendo quedado

viudo, ha educado á su hija al lado de sus queridas. Lo confieso, mamá; si éste es un egoísmo del amor maternal, he tenido ese egoísmo; he sufrido por adelantado con la idea de que Huberto se casaría y viviría una vida independiente de la mía. Pero me equivocaba grandemente al darme malos ratos con tales ideas. ¡Cuánto peor es lo que me pasa ahora, que me le han arrebatado, y me le han arrebatado para deshonrarle!...

Prolongó aún durante alguno minutos aquella violenta lamentación, en la que se revelaba la especie de apasionado frenesí que la había hecho concentrar en su hijo todas las fuerzas de su corazón. No era sólo la madre la que sufría en ella; era la madre religiosa, para quien las faltas humanas constituirían crímenes abominables; era la madre desolada y triste, á quien la rivalidad con una mujer elegante, rica y joven, producía una secreta humillación; en una palabra, su corazón sangraba por todas partes.

El espectáculo de aquel sufrimiento mortificaba tan cruelmente á la señora de Castel, y sus ojos expresaban tan dolorosa piedad, que María Alicia Liauran interrumpió sus quejas. Se inclinó, dió un beso en aquellos tristes ojos, tan parecidos á los suyos, y dijo:

—Perdóname, mamá; pero ¿á quién he de contar mis penas sino á ti? Y además, ¿no habías tú de verlas?... Huberto no viene—continuó mirando el reloj cuya péndola continuaba yendo y viniendo tranquilamente.—¿Crees que hubiera debido oponerme á ese viaje á Inglaterra?

—No, hija mía; si va á visitar á su amigo, ¿para qué usar en vano tu autoridad de madre? Si va por algún otro motivo, no había de obedecerte. Considera que ya tiene veintidós años y que es ya un hombre.

—Me vuelvo loca, madre mía; hace mucho tiempo que estaba concertado ese viaje. He visto las cartas de Manuel, en que se trata de él; pero cuando sufro no puedo razonar. ¿No ves, mamá, que mi sufrimiento ocupa todo mi cerebro y todo mi corazón?... ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!...

III

Si fuese necesaria una prueba de la multiplicidad funcional de nuestra persona, se encontraría en esa ley, habitual objeto de la indignación de los moralistas, que hace que el espectáculo del sufrimiento de los seres más queridos no pueda impedirnos ser felices en ciertos instantes. Parece que nuestros sentimientos sostienen en el corazón unos contra otros una especie de lucha por la vida. La intensidad de existencia de uno de ellos, aunque sea momentánea, sólo se obtiene al precio de la anulación de los demás. Es lo cierto que Huberto Liauran quería con toda su alma á sus dos madres—como él llamaba siempre á las dos mujeres que le habían educado.—Había adivinado también que desde hacia mucho tiempo se cruzaban entre ellas conversaciones análogas á la de aquella tarde, en que él pedía un préstamo de tres mil pesetas á su padrino para satisfacer sus deudas y sufragar

—Perdóname, mamá; pero ¿á quién he de contar mis penas sino á ti? Y además, ¿no habías tú de verlas?... Huberto no viene—continuó mirando el reloj cuya péndola continuaba yendo y viniendo tranquilamente.—¿Crees que hubiera debido oponerme á ese viaje á Inglaterra?

—No, hija mía; si va á visitar á su amigo, ¿para qué usar en vano tu autoridad de madre? Si va por algún otro motivo, no había de obedecerte. Considera que ya tiene veintidós años y que es ya un hombre.

—Me vuelvo loca, madre mía; hace mucho tiempo que estaba concertado ese viaje. He visto las cartas de Manuel, en que se trata de él; pero cuando sufro no puedo razonar. ¿No ves, mamá, que mi sufrimiento ocupa todo mi cerebro y todo mi corazón?... ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!...

III

Si fuese necesaria una prueba de la multiplicidad funcional de nuestra persona, se encontraría en esa ley, habitual objeto de la indignación de los moralistas, que hace que el espectáculo del sufrimiento de los seres más queridos no pueda impedirnos ser felices en ciertos instantes. Parece que nuestros sentimientos sostienen en el corazón unos contra otros una especie de lucha por la vida. La intensidad de existencia de uno de ellos, aunque sea momentánea, sólo se obtiene al precio de la anulación de los demás. Es lo cierto que Huberto Liauran quería con toda su alma á sus dos madres—como él llamaba siempre á las dos mujeres que le habían educado.—Había adivinado también que desde hacia mucho tiempo se cruzaban entre ellas conversaciones análogas á la de aquella tarde, en que él pedía un préstamo de tres mil pesetas á su padrino para satisfacer sus deudas y sufragar

los gastos de su viaje. Sin embargo, cuando al día siguiente á aquella famosa tarde subió al tren que le conduciría hacia Bolonia, sintió su alma anegada de una suprema felicidad. No se preguntaba si el Conde Scilly hablaría ó no del paso que había dado. Procuraba alejar aquella idea, como alejaba el recuerdo de los ojos de la señora de Liauran en el instante de su partida, y como procuraba ahogar todos los escrúpulos que le sugería su intransigente cariño. Si no había mentido en absoluto á su madre al decirle que iba á Londres á ver á su amigo Manuel Deroy, la había engañado, ocultándole que en Folkestone encontraría á la señora de Sauve. Ahora bien: la señora de Sauve no era libre. La señora de Sauve estaba casada, y para un joven educado como lo había sido el religioso Huberto, amar á una mujer casada constituía un delito inexcusable.

Huberto debía creerse y se creía en pecado mortal. Su fervoroso catolicismo, que no era para él una religión de moda y de circunstancias, no le dejaba duda alguna sobre este punto. Pero religión, familia, deber de confianza para con su madre y temor del porvenir, todos esos fantasmas de la conciencia permanecían para él en estado de fantasmas, de vanas imágenes sin poder, que se desva-

neaban ante la viva evocación de la belleza de la mujer que desde hacía cinco meses había entrado en su corazón para trastornarle por completo, de la mujer á quien amaba y de la que se creía amado.

Al contestar á su padrino que no tenía querida, Huberto no mentía, puesto que no era el amante de la señora de Sauve en el sentido de posesión física y completa que nuestra lengua da á esa palabra. La señora de Sauve no le había pertenecido nunca, y era la primera vez que iba á encontrarse completamente á solas con ella, en esa soledad de un país extraño, sueño secreto de todos los que aman.

Mientras el tren corría á todo vapor por entre los valles rodeados de onduladas colinas, cortados por corrientes de agua y poblados de árboles sin hojas, el joven se entretenía en repasar el rosario de sus recuerdos. El encanto de las pasadas horas se le hacía entonces más grato por la próxima esperanza de una felicidad tan inmensa como desconocida para él. Aunque el hijo de la señora de Liauran tenía veintidós años, el género de educación á que se le había sujetado desde niño le había mantenido en ese estado de pureza tan rara entre los jóvenes de París, que, en su

mayor parte, se han gastado en el placer antes de haber sospechado el amor. Pero de lo que no se daba cuenta el joven era de que precisamente aquella pureza había producido muchísimo más efecto que las truhanerías más picarescas en la imaginación romántica de la mujer cuyo perfil cruzaba constantemente ante sus ojos á compás de los movimientos del vagón, destacándose á cada instante en los bosques, en los ribazos y en las dunas. ¡Cuántas imágenes se lleva lo mismo un tren que pasa y con ellas cuántos destinos precipitados hacia la dicha ó hacia la desgracia en lo lejano y lo desconocido!

Al principio del mes de Octubre del año precedente había sido cuando Huberto había visto á la señora de Sauve por primera vez. A causa del mal estado de salud de la señora de Liauran, para la que el viaje más corto hubiese sido peligroso, las dos mujeres no abandonaban nunca á París; pero el joven solía ir durante el verano ó el otoño á pasar unos días en alguna posesión campestre de algún pariente ó amigo. Volvía de alguna de esas excursiones en compañía de su primo Jorge, y en una de las estaciones de la línea del Norte, que él seguía entonces, había encontrado á la joven con su marido, que subie-

ron al vagón que ellos ocupaban. Los señores de Sauve eran conocidos de Jorge, y éste fué el encargado de presentarlos á Alejandro Huberto.

El señor de Sauve era un hombre próximamente de cuarenta y cinco años, muy alto y fuerte, de rostro rubicundo, en cuyas facciones, á través de su vigor, podía observarse un cansancio que se explicaba con sólo escuchar su conversación, por su manera de entender la vida. Existir, para él, era prodigarse, y realizaba su programa en todos sentidos. Secretario de un Ministro en 1869, arrojado después de la guerra en la campaña de propaganda bonapartista, diputado desde entonces y siempre reelegido, pero diputado activo y que trataba de servir á sus electores, se había lanzado cada vez más en el mundo de la política. Tenía recepciones, daba comidas, se ocupaba de *sport* y aún encontraba tiempo para interesarse con competencia y éxito en empresas financieras. Añadid á eso que, antes de su matrimonio, había frecuentado los bailes, los bastidores de los pequeños teatros y los gabinetes de las horizontales. Hay temperamentos de los que la naturaleza hace máquinas para grandes gastos, y, por consecuencia, para grandes ingresos. Todo en

Andrés de Sauve revelaba el gusto de lo amplio y poderoso, desde la estructura de su grandísimo cuerpo hasta su manera de vestirse y el modo con que fumaba un grandísimo cigarro negro.

Huberto recordaba perfectamente haber experimentado por aquel hombre de manos y orejas velludas y grandes pies, parecido á un oso, la especie de repulsión física que sufrimos todos al encontrarnos con un temperamento fisiológico exactamente contrario al nuestro. ¿No hay respiraciones, circulaciones de la sangre, movimientos de músculos que nos son hostiles, quizás por ese indefinible instinto de la vida que impulsa á dos animales de distinta especie á despedazarse tan pronto como se ven? A decir verdad, la antipatía del delicado Huberto podría también explicarse por una inconsciente y súbita envidia hacia el marido de la señora de Sauve; porque Teresa, como su marido la llamaba, había ejercido desde el primer momento sobre el joven una especie de atracción irresistible. Durante su infancia había ojeado con frecuencia un álbum de grabados traído de Italia por su abuelo, el soldado de Bonaparte, y á la primera mirada dirigida á aquella mujer no pudo menos de recordar las cabezas dibuja-

das por los maestros de la escuela lombarda; tanta era la notable semejanza entre aquel rostro y el de las Herodiadas y las madonas familiares á Luine y á sus discípulos. Era la misma frente, los mismos grandes ojos cargados de espesas pestañas y el mismo delicioso óvalo, terminado por una barbilla casi cuadrada, la misma sinuosidad de los labios, la misma suave unión de las cejas sobre el nacimiento de la nariz, y derramada en todas aquellas encantadoras facciones una suavísima y tierna expresión de lentitud, de gracia y de misterio. La señora de Sauve tenía también, como las mujeres de esa escuela lombarda, el cuello vigoroso, los hombros anchos, todos los caracteres de una raza á la vez delicada y fuerte, con su esbelta cintura y sus manos y pies de niña.

Lo que la distinguía de ese tipo tradicional lombardo era el color de sus cabellos, que no eran rubios y dorados, sino muy negros, y el de sus pupilas, cuyo gris oscuro se asemejaba al verde. La palidez de ámbar de su rostro y la lánguida lentitud de todos sus movimientos acababan de dar á su belleza un carácter singular. Era imposible, al contemplar á aquella criatura, no pensar en algún retrato de los tiempos pasados, á pesar de que respiraba la

juventud con la púrpura de su boca y el vivo fluido de sus ojos, y de que su traje era del más exquisito gusto dentro de las más pretenciosas exigencias de la última moda. La falda de su vestido, de una tela inglesa de color gris; sus pies, calzados con graciosísimas botinas de lazos; su cuellecito de hombre; su corbata, adornada por un alfiler representando una herradura de oro guarnecida de brillantes, y sus guantes de Suecia, no recordaban en modo alguno la *toilette* de las Princesas del siglo XVI, y sin embargo, ofrecía una belleza milanesa, aun bajo aquel traje de parisién elegante. ¿Cómo explicar este misterio siendo como era hija de la señora Lussac, de la familia de Brenuire, cuyos parientes no habían abandonado la calle Saint Honoré desde hacía tres generaciones, y de Adolfo Lussac, el prefecto del Imperio, procedente de Auvergnia, y que había ido á Paris en pos de Mr. Rouher?

La crónica de los salones podría responder á esa pregunta recordando el paso por Paris por el año de 1855 del hermoso Conde de Branciforte, sus ojos de color gris verde, su palidez mate, sus atenciones con la señora de Lussac y su súbita desaparición de aquella casa, á la que durante meses y meses había

asistido constantemente. Pero estas noticias no debían llegar nunca á oídos de Huberto. Por su educación y por su naturaleza pertenecía éste á la raza de los que aceptan los datos oficiales de la vida é ignoran las causas profundas, el doble fondo de la existencia, la trágica doblez; raza dichosa, porque á ella pertenece el goce del aroma de todos los placeres, pero raza consagrada por adelantado á las catástrofes, pues sólo el conocimiento de la realidad permite manejar un poco lo real.

No; lo que Huberto Liauran recordaba de aquella primera entrevista no era lo raro del encanto de la señora de Sauve, no; era el encanto en sí mismo. No se había preguntado tampoco nada acerca del carácter que podrían indicar los movimientos de aquella mujer. En vez de estudiar aquel rostro, había gozado con él, como el niño goza de la frescura de la atmósfera con una especie de delicia inconsciente.

La completa ausencia de ironía que distinguía á Teresa y se transparentaba en su dulce sonrisa, en su tranquila mirada, en la igualdad de su voz y en la tranquilidad de sus movimientos, le habían producido desde luego una impresión de dulzura. Ante ella no sintió

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "ITARRI"

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEX.

el joven esas angustias producidas por dolorosa timidez que la áspera y penetrante mirada de la mayor parte de las parisienses produce á los jóvenes.

Durante el trayecto que habían recorrido juntos, sentado frente á ella, y mientras que de Sauve y Jorge Liauran discutían acerca de una ley sobre las congregaciones religiosas, cuyo espíritu preocupaba entonces á todos los partidos, pudo hablar con Teresa detenidamente, y en una dulce intimidad, de cuya causa no podía darse cuenta. Él, que rehusaba de ordinario hablar de sí mismo, porque estaba en la idea de que la excesiva amabilidad de su carácter hacia de él un sér excepcional, se había espontaneado con aquella mujer de veinticinco años, y á la que sólo hacia media hora que trataba, cosa que no había hecho nunca ni aun con personas en cuya casa comía de quince en quince días. A propósito de una pregunta de Teresa sobre sus viajes de verano, habló naturalmente de su madre, de su enfermedad, de su abuela y de su vida en común. Había entreabierto para aquella extraña el secreto asilo del hotel de la calle de Vaneau, aunque no sin remordimientos; pero el remordimiento vino más tarde, cuando ya había salido del círculo de

sus miradas, y no fué un sentimiento de pudor profanado, sino de temor de no haber parecido agradable en su conversación y en sus costumbres. ¡Cómo le cautivaban aquellas dulces miradas! De ellas emanaba una indefinible caricia; cuando se detenían en sus ojos, bien de frente, sentía una tierna atracción y casi un verdadero deleite físico. Cuando ya habían transcurrido muchos días, Huberto se acordaba aún de la especie de embriagador bienestar que experimentó en aquella primera entrevista, sólo con sentirse mirado de aquel modo; aquel bienestar había ido aumentando en las siguientes entrevistas, hasta llegar á convertirse rápidamente en una verdadera necesidad para él, en una necesidad como el respirar y el dormir.

Al bajar del vagón le dijo ella que recibía todos los jueves, y el joven no tardó en aprender el camino de la casa del boulevard Haussmann, en donde ella vivía. ¿En qué rincón de su corazón había encontrado energía para hacer aquella visita al día siguiente de su primera entrevista? A los pocos días fué invitado á comer. Recordaba vivamente el infantil placer que tuvo en leer y releer la cartita de invitación, en respirar su ligero perfume y en seguir el detalle de las letras

de su nombre, escritas por la mano de Teresa. Era una letra á la que la abundancia de pequeños rasgos inútiles daba un aspecto particular, ligero y raro, que un grafólogo hubiera podido considerar como signo seguro de una naturaleza romántica. Pero al mismo tiempo la manera de estar trazadas las líneas y la firmeza de los gruesos perfiles, en los que la pluma se apoyaba demasiado, indicaban un modo de vivir con gusto práctico y casi materialista.

Huberto no razonaba tanto; pero desde aquella primera cartita, cada letra del escrito era para él una persona á la que hubiese reconocido entre mil. ¡Qué gran felicidad sintió al vestirse para ir á aquella comida, pensando en que iba á contemplar á la señora de Sauve durante muchas horas, horas que, contadas por adelantado, le parecían infinitas! Cuando se despidió de su madre, se disgustó ligeramente porque ésta emitió una observación crítica sobre las costumbres de familiaridad de la sociedad moderna; luego, separado de aquellos acontecimientos por meses, encontraba, gracias á la especial imaginación de que estaba dotado, como todas las criaturas muy sensibles, la variedad de emociones que le habían causado aquella comida,

la *soirée*, la actitud de los convidados y la de Teresa. El mayor ó menor poderío que tenemos de representarnos de nuevo las penas y los placeres pasados es lo que hace de nosotros seres capaces del frío cálculo ó esclavos de nuestra vida sentimental. ¡Todas las facultades de Huberto conspiraban para remachar en su corazón la cadena martirizadora de los más queridos recuerdos!

Aquella primera tarde lucía Teresa un vestido de encaje negro con adornos rosa, sin más alhajas que un grueso brazaletes de oro macizo en una de sus muñecas. Estaba un poco escotada; pero tan poco que no llamó la atención del joven, cuyo pudor sobre ese punto era de una susceptibilidad virginal. Cuando entró Huberto en el salón se encontraban en él varias personas, de las que no conocía más que á Jorge Liauran. Eran en su mayor parte hombres, célebres por diversos títulos en la sociedad más particularmente llamada parisiense por los periódicos que creen estar á la altura de la moda. La primera sensación de Huberto fué un ligero escalofrío, producido por el solo hecho de que algunos de aquellos hombres ofrecían al observador varias de esas pequeñas herejías de *toilette*, familiares hasta para los más meticu-

losos, si han entrado demasiado tarde en la buena sociedad. El uno llevaba un traje de corte antiguo, otro un cuello de camisa mal hecho y peor planchado, otro una corbata de un blanco que tiraba á azul y anudada por una mano torpe. Estas pequeñas miserias hacían aparecer á aquellos hombres como una especie de bohemios—palabra bajo la cual las gentes correctas confunden todas las irregularidades sociales—á la vista de un joven acostumbrado á vivir bajo la vigilancia continua de dos mujeres de rara educación, que habían querido hacer de él una criatura irreprochable.

Pero aquellos pequeños signos de una elegancia insuficiente hicieron más graciosa aún á sus ojos la distinción perfecta de Teresa, así como la libertad, á veces cínica, de las conversaciones suscitadas en la mesa le sirvió para dar una significación encantadora al silencio de la dueña de la casa. La señora de Liauran no se equivocaba al afirmar que en casa de los de Sauve se hablaba muy libremente. La tarde que Huberto comió en aquella casa por primera vez, sirvió de tema para entretener la primera media hora una causa de adulterio, y un célebre abogado dió algunos detalles inéditos del proceso; luego se ha-

bló de las abominables costumbres de un hombre político detenido en los Campos Elíseos, y después de las dos queridas de otro político y de su rivalidad; pero todo contado como sólo se cuenta en París, con esas palabras de doble sentido, que permiten decirlo todo. Muchas alusiones se le escapaban á Huberto; así se explica que aquellos relatos le chocasen menos que otras discusiones referentes á las ideas, tales como esta paradoja lanzada por uno de los más famosos novelistas de aquel tiempo:

—¡Ah, el divorcio! ¡el divorcio!—decía aquel sabio, cuyo renombre de atrevido realista había franqueado hasta el hotel de la calle de Vaneau,—bueno sería; pero es una solución demasiado sencilla para un problema tan complicado... En esto, como en otras cosas, el catolicismo ha modificado todas nuestras ideas. El fin de las sociedades avanzadas es producir muchos hombres de especies diferentes, y el problema consiste en fabricar un gran número de morales, un número tan grande de morales como de especies... Yo desearía que la ley reconociese matrimonios de cinco, de diez, de veinte categorías, según el grado de delicadeza de los contratantes... De esta manera tendríamos uniones

perpetuas, destinadas á las personas de una escrupulosidad aristocrática... Para las personas de una conciencia menos refinada estableceríamos fáciles contratos para uno, dos y tres divorcios; para personas más inferiores tendríamos uniones temporales de cinco, de tres y de un año.

—Debia uno casarse lo mismo que se hace un arrendamiento—dijo un extravagante.

—¿Por qué no?—contestó otro.—El siglo se alaba de ser revolucionario, y nunca se ha atrevido á lo que el más insignificante legislador de la antigüedad emprendía sin vacilar: á corregir las costumbres.

—Os veo venir—replicó Andrés de Saue;—querriais asemejar los matrimonios á los entierros: primera, segunda y tercera clase...

Ninguno de aquellos convidados, á quienes aquella frase y la respuesta divertían, entre el brillo de la cristalería, los trajes de las mujeres, las pirámides de las frutas y los ramos de flores, podía figurarse la indignación que semejante lenguaje causaba á Huberto. ¿Quién había de preocuparse de la opinión de aquel joven silencioso y modesto que se hallaba sentado en uno de los extremos de la mesa? Sentíase él, sin embargo, herido hasta el alma en las convicciones in-

timas de su infancia y de su juventud, y dirigía á hurtadillas la vista hacia Teresa... Ésta no pronunció cincuenta palabras durante toda la comida. Parecía estar muy lejos de aquella conversación, que ella debía ser la encargada de corregir; y como si todos estuviesen acostumbrados á aquellos ensimismamientos, nadie trató de llamarla á la realidad. Sabían que pasaba horas enteras absorta en contemplaciones ideales. La palidez de su rostro se hacía entonces más intensa: el brillo de sus ojos desaparecía, y se veían sus dientes apretados á través de sus labios entreabiertos.

¿En qué pensaba en aquellos momentos, y por qué secreta magia ejercía durante ellos más poderoso dominio en la imaginación de los que eran esclavos de sus encantos? Un fisiólogo hubiera atribuído, sin duda, aquellas súbitas abstracciones á influencias nerviosas. ¿No se manifestaba en ellas la señal de un extravío de la sensualidad, contra el cual luchaba aquella mujer con todas sus fuerzas? Huberto Liauran no había visto en el silencio de aquella tarde más que la desaprobación, por una mujer delicada, de las discusiones de los amigos de su marido; esta idea le produjo una expresión de suprema dulzura, que le

impulsó hacia ella y excitó su deseo de hablarla, al salir de aquella comida, en que sus creencias más queridas habían sido atacadas. Se sentó cerca de ella, bajo la mirada de sus limpidos ojos, en uno de los extremos del salón, que era una habitación amueblada enteramente á la moderna, cuya opulencia de pequeño museo, sus peluches, sus telas antiguas y sus objetos japoneses contrastaban tan absolutamente con las severas habitaciones de la calle de Vaneau, como la existencia de la señora de Castel y de la señora de Liauran contrastaba con la de la señora de Sauve.

En vez de reconocer aquella evidente diferencia y de partir de allí para estudiar el género de vida y las costumbres de la nueva sociedad en que se encontraba, Huberto se entregó á un sentimiento demasiado natural en aquellos cuya infancia se ha desarrollado en una atmósfera de femenina complacencia. Acostumbrado por las dos nobles criaturas que habían vigilado su niñez á asociar siempre la idea de la mujer á algo indeciblemente delicado y puro, era infalible que el despertar del amor había de producir en él una especie de religiosa y estática emoción. Debía dedicar á la persona á quien llegase á amar, cualquiera que fuese, toda su devoción, todo el

afecto que había concebido por las santas á quienes debía la vida y la educación. Presa de esa extraña confusión de ideas, desde aquella primera tarde había hablado á su madre y á su abuela de Teresa, en términos que debieron despertar necesariamente la desconfianza de las dos mujeres.

Así lo comprendió después. ¿Pero qué joven empieza á amar sin precipitarse, por la dulce embriaguez del principio de una pasión, á confidencias irreparables y frecuentemente martirizadoras para el mismo porvenir de su sentimiento?

¿De qué manera y en qué forma había penetrado en él aquel sentimiento? Él mismo no hubiera sabido explicarlo. Cuando se llega á amar una vez, ¿no parece que ya se ha amado siempre? El joven evocaba, sin embargo, algunas escenas, y recordaba la invencible costumbre que ya había contraído de ver á Teresa varias veces por semana. ¿Pero no había sido presentado poco á poco en casa de ésta á todas sus amigas, y bien pronto, en cuanto había cambiado con éstas sus tarjetas, se había visto invitado por todas partes á aquella sociedad, á la que apenas conocía, y que se componía, por un lado, de altos funcionarios del régimen caído, por otro de grandes

industriales, de financieros políticos, y, en fin, por otro de artistas célebres y ricos extranjeros? Esta mezcla constituía una libre sociedad de lujo, de placer y de movimiento, cuyo conjunto debía disgustar mucho al joven, que no podía comprender sus cualidades de elegancia y de finura, y notaba, en cambio, sus terribles defectos: la charlatanería, la falta de moralidad y la ligereza de sus costumbres. ¡Ah! muchas veces se presentaron á su imaginación estas observaciones al preocuparse en averiguar dónde podría ver á la señora de Sauve. Innumerables horas se la representaba en el sitio en que la había encontrado, tan pronto en su casa, sentada al lado de la chimenea hacia la caída de la tarde y abismada en sus taciturnos pensamientos, como en visita, ataviada con traje de paseo y sonriendo, con su boca de Herodiada, hablando de vestidos ó de sombreros — como en la delantera de un palco en el teatro, hablando en voz baja durante los entreactos, — en medio del tumulto de la calle, en su coche arrastrado por un solo caballo y asomando la cabeza por la portezuela con gracioso gesto.

El recuerdo de aquel carruaje determinaba en Huberto una nueva asociación de ideas y traía de nuevo á su imaginación el momento

en que por primera vez había confesado á Teresa el secreto de sus sentimientos.

La señora de Sauve y él se habían encontrado aquella tarde en un paseo de la avenida del Bosque de Bolonia, y como la lluvia empezaba á hacerse insoportable, la joven propuso á Huberto, que iba á pie, que aceptase un asiento en su coche, pues, según dijo, tenía que hacer una visita cerca de la calle de Vaneau, y de paso le dejaría en su casa. El joven había aceptado, tomando asiento cerca de ella en el estrecho carruaje forrado de sagrén verde y en el que se respiraba esa atmósfera sutil que hace del coche de una mujer elegante una especie de cuartito con ruedas, provisto de todos los pequeños objetos propios de un tocador elegante. Bajo los pies se sentía la grata impresión del calorífero; de frente, el espejo, colocado en su gracioso marco, esperaba una mirada; un cuadernito con un lápiz y tarjetas de visita denunciaba mundanas excursiones; un reloj marcaba la rapidez de la huida de aquellos dulces minutos; un libro entreabierto y colocado en el sitio en que se ponen de ordinario las compras revelaba que Teresa había tomado en casa de un librero la novela de moda.

En las calles empezaban á encenderse las

lucos, y la lluvia era cada vez más torrencial. Teresa, envuelta en un largo abrigo que dibujaba su cintura, guardaba silencio. Al triple resplandor de los faroles del coche, del gas de las calles y del crepúsculo vespertino, estaba tan pálida y hermosa, que Huberto, lleno de emoción, la cogió la mano. Ella no la retiró; le miraba con ojos inmóviles, y como anegados de lágrimas, que no intentaba enjugar.

El joven la dijo, sin oír el sonido de sus propias palabras, trastornado por aquellas miradas: «¡Ah, cómo os amo!...» Teresa palideció aún más, y puso su enguantada mano en la boca de Huberto, como queriendo obligarle á callar. Él besó locamente aquella mano, buscando el sitio en que la abertura del guante permitía sentir el calor de la muñeca. La señora de Sauve contestó á aquella caricia con esa palabra que todas las mujeres pronuncian en momentos semejantes — palabra bien sencilla, pero en la cual se deslizan tantas inflexiones, desde la más mortal indiferencia hasta la ternura más conmovedora: — «Sois un niño...» El joven preguntó: «¿Me amáis un poco?...» Y á la vez que ella le miraba con aquellos ojos, por los que se escapaba un rayo de felicidad, pudo oír que con voz ahogada murmuraba: «Mucho.»

Para la mayoría de los jóvenes de París semejante escena hubiese sido el prelude de un esfuerzo hacia la completa posesión de una mujer tan evidentemente apasionada, esfuerzo que hubiera fracasado, porque una mujer de mundo que quiere defenderse encuentra muchos medios de no entregarse, ni aun después de confesiones de ese género ó de pruebas de amor más comprometedoras aún, por poco coqueta que sea. Pero la coquetería no era el arma de la señora de Sauve, así como la audacia tampoco era el arma del joven de veintidós años de quien era amada.

¿No se habían colocado, por casualidad, aquellos dos seres en una situación de la más extraña delicadeza? Él era incapaz de pretender más, á causa de su extremada pureza. En cuanto á ella, ¿cómo no había de comprender que ofrecerse á él era exponerse á perder para siempre su amor? Tales dificultades son menos raras de lo que la fatuidad de los hombres confiesa, dadas las condiciones impuestas á los sentimientos por las costumbres modernas. Entre dos personas que se aman, en el estado actual de las costumbres, toda acción se convierte al mismo tiempo en una prueba: ¿y cómo una mujer que sabe eso no ha de vacilar en comprometer para siempre

su felicidad, exponiéndose á extinguirla tan deprisa?

¿Obedecía Teresa á esta razón de prudencia, ó encontraba en el respeto de su amigo un placer de corazón de deliciosa novedad? En todos los hombres á quienes había tratado antes, el amor no era más que una forma disfrazada del deseo, y el deseo mismo una forma encubierta del amor propio. Lo cierto fué que, durante los meses que siguieron á su primera confesión, ella concedió al joven cuantas citas la pidió éste, y que todas aquellas citas fueron tan inocentes como clandestinas.

Mientras que el tren de Bolonia conducía á Huberto á la más deseada de sus citas, se acordaba de las pasadas, de aquellos apasionados y peligrosos paseos dados por las mañanas en París.

Habían aventurado su culpable idilio en todos los sitios en que parecía inverosímil que una persona de su clase pudiera encontrarlos. ¡Cuántas veces habían visitado las torres de Notre-Dame, donde Teresa gustaba de pasear su joven gracia por entre los viejos monstruos esculpidos en las balaustradas! A través de las estrechas ventanas ojivales de la subida, veían á la vez el horizonte del río, encajonado entre las calles, y las calles encajonadas

entre las casas. En una de las construcciones edificadas á la sombra de la catedral, por la parte de la calle Chanoinesse, había una pequeña habitación del quinto piso, prolongada por una terraza, detrás de los cristales de la cual les parecía reproducirse una situación parecida á la suya, porque, á través de ellos, habían visto dos veces á una mujer y un hombre, jóvenes los dos, que almorzaban sentados ante una mesa redonda y con la ventana entreabierta.

Algunas veces las frías ráfagas del viento de Diciembre bramaban en torno de la basílica, y tormentas de granizo azotaban sus muros. Teresa no era por eso menos exacta á sus citas; se apeaba de su carruaje delante de la puerta principal, y atravesando la iglesia, iba á salir por el otro lado, y encontraba á Huberto en el sombrío peristilo que precede á las torres. Sus finos dientes brillaban cuando sonreía, y su esbelto talle parecía más elegante aún en medio de los tonos severos de la antigua ciudad. Su gracia parecía tener influencia hasta sobre la vieja portera que despachaba las papeletas de entrada desde el fondo de su habitación y rodeada de sus gatos, porque la sonreía agradecida.

En la escalera de aquellas antiguas torres

erá donde Huberto se había atrevido á depositar por primera vez un beso en aquel pálido rostro divinizado por su amor. Teresa subía delante de él aquella mañana los peldaños que se escalonan en derredor del pilar de piedra. Se detuvo un minuto para respirar; el joven la sostuvo en sus brazos, y como ella se reclinara dulcemente, apoyando la cabeza sobre el hombro de Huberto, sus labios se encontraron. La emoción fué tan fuerte, que él creyó morir. Aquel primer beso fué seguido de otro, y luego de muchos más, tan repetidos, que ellos mismos no hubieran podido precisar su número. ¡Oh! ¡qué largos, qué angustiosos, qué profundos besos! Ella decía, como para justificarse en el pensamiento de su dulce cómplice: «¡Me gustan los besos como á una niña!...»

De aquellos adorables besos habían poblado locamente todos los asilos en que su imprudente amor se había abrigado. Huberto se acordaba también de cuando había abrazado á Teresa, sentados ambos sobre la piedra de un sepulcro en un paseo desierto de uno de los cementerios de París, en tanto que el jardín de los muertos extendía en derredor suyo, en una mañana tranquila y templada, su fúnebre paisaje de árboles siempre verdes,

y de sepulcros. La había abrazado también en un banco del lejano parque Montrouisi, uno de los más desconocidos de la ciudad, por haber sido plantado recientemente y al que atravesaba un camino de hierro, que se domina desde un pabellón de arquitectura chinesca, alrededor del cual se extiende el horizonte de las fábricas del lamentable barrio de la Glacière. Otras veces se habían paseado en coche mucho tiempo á lo largo del silencioso talud de las fortificaciones, y cuando se acercaba la hora de volver, era siempre Teresa la que se marchaba primero. Él la contemplaba oculto en el carruaje parado y la veía saltar con paso esbelto los arroyuelos y marchar ligera, sin que una mancha de lodo ensuciase su vestido, ni aun cuando se volvía, como involuntariamente, para envolverle en una última mirada. En aquellas ocasiones era cuando el joven veía palpablemente los peligros que hacía correr á aquella mujer; pero cuando la hablaba de sus temores, contestaba ella moviendo la cabeza con expresión fácilmente trágica: «No tengo hijos... ¿Qué mal pueden hacerme si no me separan de ti?»

Aunque continuaban sin ser el uno del otro en el sentido material de la frase, habían llegado á esas familiaridades del lenguaje de que

se sirve la pasión compartida. Se escribían casi todas las mañanas cartas, de las que una sola hubiera bastado para que cualquiera creyese que Teresa era la querida de Huberto, á pesar de no serlo aún. En fin, en cualquier detalle que se detuviese el recuerdo del joven veía siempre que ella no le había negado ninguna de las infinitas pruebas de ternura que la había pedido.

Huberto se contentaba con apoderarse de sus manos, de su cintura, de su rostro, ó con apoyarse en su corazón como un niño. Teresa tenía con él ese abandono del alma, tan entero, tan confiado y tan indulgente, que es el único signo del verdadero amor, al que la coquetería más hábil no puede imitar. Y como contraste á tanta dicha, para mejor avivar su dulzura, á cada una de las escenas de aquel idilio había correspondido alguna dolorosa explicación con su madre, ó alguna cruel angustia al encontrar á la señora de Sauve, por la tarde, en compañía de su marido. Este último no fijaba en modo alguno su atención en Huberto; pero el hijo de la señora de Liauran no estaba acostumbrado á las deshonrosas mentiras de los cordiales apretones de manos ofrecidos al hombre á quien se engaña... Sin embargo, ¿qué le importaban aquellas peque-

ñas miserias si la iba á ver de nuevo, puesto que ella le esperaba en la pequeña villa inglesa donde debían pasar juntos dos días? ¿Había sido de Huberto ó de Teresa de quien había procedido esta idea? El joven no hubiera sabido decirlo.

Andrés de Sauve había ido á Argelia, á una investigación parlamentaria. Teresa tenía una amiga de colegio que habitaba en provincias y que la inspiraba suficiente confianza para poder decir, en caso necesario, que había estado en su casa. Por otra parte, estaba segura de que su posición en el camino de París á Londres hacia de Folkestone el abrigo más seguro durante el invierno, puesto que los viajeros franceses atraviesan esta ciudad sin detenerse nunca en ella. A la sola idea de volverla á ver, el corazón de Huberto parecía fundirse dentro de su pecho, y experimentando una sensación imposible de definir, se sentía sumergirse en una sima de misterio, de embriagador olvido y de felicidad.

El paquebot se acercaba al muelle de Folkestone. La mar verdosa, con estrias plateadas, columpiaba su esbelto casco. Sus dos blancas chimeneas lanzaban un humo que se curvaba hacia atrás bajo la presión del aire desgarrado por la marcha. Sus dos enormes

ruedas, rojas, batían las olas, y detrás del barco se dibujaba una ligera estela, especie de camino sembrado de musgo. Era un día hermoso, como suele hacerlos algunas veces en esa parte de Inglaterra, en ciertas temporadas de invierno; día de ternura, que se acomodaba divinamente á los pensamientos del joven.

Huberto había apoyado ambos codos en una de las bandas de proa y no se había movido desde el principio de la travesía, que se realizaba con extraordinaria tranquilidad, gracias á lo bonancible del tiempo y á la falta de oleaje, y desde allí contemplaba los pequeños detalles de la proximidad del puerto: la línea gredosa de la costa á la derecha, con su revestimiento de fino césped; á la izquierda el muelle, sostenido por sus pilares, y al otro lado del muelle y más á la izquierda aún, la pequeña villa que escalonaba sus casas desde la llanura de la costa hasta la cúspide de la montaña. Con creciente afán examinaba una por una aquellas casas, que se destacaban con más precisión y claridad cada minuto. ¿Cuál de aquellas casas sería la destinada á servir de asilo á la felicidad que le esperaba bajo la forma de las amadas facciones de Teresa de Sauve? ¿Cuál sería aquel *Star hotel* que su

amiga había escogido en la guía, á causa del nombre *Star*, que significa estrella? «Soy supersticiosa — había dicho infantilmente, — y además ¿no eres tú mi deseada estrella...?» Le prodigaba mucho esas espontáneas caricias de lenguaje, en las que Huberto pensaba luego indefinidamente. Sabía que no había de esperarle en el muelle, y sin embargo, sus ojos la buscaban. Pero ella había multiplicado las precauciones, y, según lo convenido, había llegado la víspera por Calais y Douvres.

El paquebot se acercaba cada vez más. Se percibía ya el rostro de algunos habitantes de la villa, cuya única distracción consistía en ir al muelle á presenciar la llegada de los barcos. Unos minutos más, y Huberto estaría al lado de Teresa. ¡Ah! ¿Faltaría ella á la cita? ¿Estaría enferma ó la habrían sorprendido? ¿Se habría muerto en el camino?... Toda esta serie de locas hipótesis desfilaba por la imaginación del inquieto amante. El barco llegó al puerto, los pasajeros desembarcaron y se dirigieron al tren. Huberto era casi el único que se detenía en la pequeña villa.

Dejó partir su equipaje para Londres y tomó asiento en uno de los coches estacionados delante del embarcadero. Tuvo un momento de melancolía al hablar al cochero y compro-

bar que, aunque era su primer viaje á Inglaterra, hablaba bien inteligible y correctamente el inglés. Se acordaba de su infancia, de su aya traída de Yorkstire y del cuidado que su madre tenía de hacerle hablar y traducir diariamente. ¡Si su pobre madre le hubiera visto!... Pero aquel recuerdo se disipaba á medida que avanzaba el ligero carruaje, arrastrado por un caballo pequeño, que trepaba alegremente la ruda cuesta que conducía á la ciudad. Un admirable paisaje de mar se desarrollaba á la izquierda del joven, una inmensa sima de verde pálido se confundía por el otro extremo con otra sima azul, toda llena de barcas, goletas y vapores. Al llegar á la altura volvía el camino.

El coche abandonó la costa para entrar en una calle, luego en otra, y después en una tercera, bordeadas todas de bajas casitas cuyas ventanas salientes dejaban percibir detrás de sus cristales tiestos de geranio encarnado y de helechos. Al tomar una vuelta, Huberto percibió la puerta de un vasto edificio gótico, sobre la que había una placa negra, cuya única inscripción, en letras doradas, hizo saltar su corazón. Estaban por fin en el *Star hotel*, y había llegado el momento de preguntar en el despacho si había llegado la señora de Sylvie;

este era el nombre que Teresa había adoptado, porque se acomodaba á las iniciales grabadas en todas sus prendas de vestir, y con él había sido inscrita en el libro del hotel como artista dramática.

Después de subir dos pisos y de seguir un largo pasillo, un camarero abrió la puerta de una habitación, y sentada delante de una mesa, con la natural palidez de su rostro aumentada por la profundísima emoción, con un vestido de seda encarnada, cuyos graciosos pliegos dibujaban su talle sin oprimirle, percibió á Teresa.

El fuego del carbón enrojecía la chimenea, cuyas paredes interiores estaban guarnecidas de porcelana de color. Una ventana del estilo de las que los ingleses llaman *bou windows* alumbraba la pieza, á la que el moblaje ordinario de esa clase de salas en la Gran Bretaña daba un aspecto de pacífica intimidad.

—¡Ah!, ¿eres tú?—dijo el joven acercándose á Teresa, que le sonreía, y poniendo la mano en el pecho de su amiga como para convencerse de su existencia.

Aquella suave presión le hizo sentir, bajo el elegante vestido, los acelerados latidos de aquel corazón de mujer dichosa.

—Si, yo soy—contestó ella con más languidez que de costumbre.

Huberto se sentó cerca de ella y sus bocas se buscaron. Fué aquel uno de esos besos de suprema dulzura en que dos amantes, que se encuentran después de una ausencia, se esfuerzan por concentrar en la ternura del momento presente todas las ternuras no sentidas durante las largas horas de separación.

Unos golpecitos dados con suavidad en la puerta los separaron.

—Será que traen tu equipaje—dijo Teresa, retirando á su amigo con expresión de disgusto.—Y con dulce sonrisa:—¿Quieres ver tu cuarto?—añadió.—Estoy aquí desde ayer tarde y espero que todo te gustará. He pensado tanto en ti al hacer preparar tu habitación...

Teresa le llevó de la mano á una pieza contigua al salón, cuya ventana daba al jardín del hotel. La lumbre ardía en la chimenea. Flores colocadas sobre ésta y sobre la mesa, que Teresa había cubierto con un tapete japonés traído por ella, aromatizaban la estancia. Había hecho colocar también en ella tres marcos con los retratos de su amada que más gustaban al joven, los cuales había llevado también. Él se volvió para darla

las gracias y se encontró con una de esas miradas que hacen desfallecer el corazón y con las cuales una mujer apasionada parece agradecer al que ama el placer que ha recibido de ella. Pero la presencia del criado que traía la maleta de mano de Huberto le impidió responder á aquella mirada con un beso.

—Debes estar cansado—dijo;—mientras te arreglas un poco, voy á decir que preparen el té en el salón. Si supieras qué agradable es para mí servirte...

—Ve—dijo él, sin poder encontrar una frase más á propósito; tanta era la emoción que invadía su alma.—¡Cómo la amo!—añadió en voz baja, en tanto que la veía desaparecer por la puerta con aquel talle y aquel andar de muchacha soltera, que la había permitido conservar la falta de hijos en su matrimonio.

Huberto tuvo necesidad de sentarse para no sufrir un desvanecimiento ante la evidencia de su dicha. La criatura humana está tan naturalmente organizada para el infortunio, que hay en la realización completa del deseo un no sé qué de enloquecedor, como en la súbita realización de un milagro ó de un sueño; y cuando la alegría llega á cierto grado

de intensidad, parece que no puede creerse que sea verdadera. Además, lo extraño de la situación debía obrar como una especie de opio en el cerebro del joven, que no podía comprender que su amante hubiera elegido aquellas circunstancias con el fin de disimular mejor, con lo extraño del caso, los difíciles preliminares de la completa entrega de su persona.

Si; ¿era aquel goce verdadero? Huberto se lo preguntaba un cuarto de hora después, sentado cerca de la señora de Sauve, delante de la mesa cuadrada del saloncito, en la que todo estaba dispuesto para agradarle. La tetera de plata, el jarro de agua caliente y tazas finas. ¿No habría llevado también de París aquellas dos tazas, á fin, sin duda, de conservarlas para siempre? Ella le servía, como dijo, con sus preciosas manos, de las que había quitado su anillo de matrimonio, á fin de alejar del pensamiento del joven toda ocasión de acordarse de que no era libre.

Durante aquellas horas de la tarde, el silencio de la pequeña villa se hacía casi palpable en derredor de ellos, y la sensación de la soledad compartida se infiltraba en sus corazones tan intensamente que no se hablaban, como si temieran que sus palabras les des-

pertasen de la especie de sueño embriagador que embargaba sus almas.

Huberto tenía la cabeza apoyada en la mano y contemplaba á Teresa. La sentía tan perfectamente suya en aquel momento, tan cerca de su sér, qué ni experimentaba la necesidad de sus caricias. Ella fué la primera que rompió aquel silencio, que empezaba á asustarla. Se levantó de la silla y fué á sentarse en el suelo, á los pies del joven, apoyando la cabeza en sus rodillas; y como él continuara inmóvil, sus ojos manifestaron inquietud; luego, humildemente, con ese tono de voz á que ningún amante resiste,

—¡Si supieras cómo temo disgustarte!— dijo.—Ayer tarde lloré al lado de ese fuego, en este cuarto en que te esperaba, pensando que acaso me amarías menos después de haber venido. ¡Ah! ¡Tal vez llegará un día en que me echarás en cara el amarte tanto y el haber osado lo que he osado por ti!...

La angustia de que era presa la encantadora mujer iba haciéndose tan intensa, que Huberto vió alterarse sus facciones, mientras ella pronunciaba aquellas frases. Todo el drama que se había desarrollado en ella desde el principio de aquella unión se formulaba por primera vez. En aquel momento, sobre todo,

al verle tan joven, tan puro, tan desprovisto de brutalidad y tan idéntico al ideal de sus sueños, experimentaba una insensata necesidad de prodigarle pruebas de su ternura, á la vez que temía más que nunca desilusionarle, y quizás—porque en las conciencias femeninas hay repliegues bien extraños,— hasta corromperle.

—Nosotras las mujeres—continuó, entregándose por primera vez al placer de pensar en voz alta en estas cosas—no sabemos más que amar, cuando amamos. Desde el día que te encontré, al volver del campo, te he pertenecido. Te hubiera seguido adonde me hubieses dicho que te siguiera. Nada ha existido para mí, nada, sino tú; no—añadió con mirada fija,—ni bien ni mal, ni deberes ni recuerdos. Pero ¿puedes tú comprender eso, tú, que crees, como todos los hombres, que es un crimen amar cuando no se es libre?

—Yo no comprendo nada—respondió Huberto inclinándose hacia ella para levantarla—sino que eres para mí la más noble y la más querida de las mujeres.

—No, déjame permanecer á tus pies como tu esclava—prosiguió ella con expresión de éxtasis;—pero ¿es cierto lo que me dices? ¡Ah! ¡júrame que nunca te pesarán estos momentos!

—Te lo juro—dijo el joven, al que la emoción de su amante iba embargando poco á poco.

Aquella sola frase la hizo levantarse; ligera como una niña se puso en pie, é inclinándose sobre Huberto, empezó á cubrir su rostro de apasionados besos; después, frunciendo las cejas, y como por un esfuerzo sobre sí misma, se separó de él, se pasó las manos por los ojos, y con voz vacilante aún, pero más tranquila,

—¡Qué loca soy!—dijo:—es preciso que salgamos. Voy á ponerme un sombrero é iremos á paseo. *¿Will you be so kind as to ask for a carriage, will you?*—añadió en inglés.

Cuando hablaba este idioma, su pronunciación se hacía sumamente graciosa y casi infantil; luego salió del salón por una pequeña puerta, opuesta á la del cuarto de Huberto, enviándole coquetamente un beso con la mano.

Aquella mezcla de cariñosa inquietud, de súbita exaltación y de ternura infantil continuó por su parte durante todo aquel paseo, que se compuso para el uno y para el otro de una serie de supremas emociones. Por una casualidad, como no se producen dos en el curso de una vida humana, se habían colo-

cado exactamente en las circunstancias que debían llevar sus almas al más alto grado posible de amor. El mundo social, con sus martirizadores deberes, se hallaba lejos. Ocupaba tan poco su pensamiento como el cochero, quien, colocado en un asiento cubierto por detrás, lo que impedía que le viesen desde adentro, conducía el ligero carruaje en que se encontraban frente á frente, á lo largo del camino de Folkestone á Sandgate y á Hythe. En cambio, el mundo de la esperanza se abría ante ellos como un jardín sembrado de las más hermosas flores.

Se veían recompensados, él de su inocencia y ella de la reserva que su razón le había impuesto, por una impresión tan deliciosa como rara; gozaban de la intimidad de corazón, que no se obtiene generalmente más que después de una larga posesión, y gozaban de ella con toda la frescura del tímido deseo. Pero aquel deseo, aunque tímido, tenía por doble fondo en los dos una certidumbre embriagadora, clara para Teresa, oscura aún para Huberto, y estas raras y dulces emociones paseaban en su pensamiento por vasto y delicioso paisaje.

Seguían, pues, el camino de Folkestone á Hythe, estrecha senda que corre á lo largo

del mar. La verde costa no tiene rocas, pero su altura basta para prestar al camino que sostiene esa fisonomía de abrigado asilo, que da ese aspecto de tranquila atracción á los valles situados al pie de grandes montañas.

Los pedruscos estaban cubiertos por la marea que removía aquel ancho mar, sin que ni un pájaro se atreviese á tender sus alas por encima de él. Su verde inmensidad se convertía en violeta á medida que la caída de la tarde oscurecía el tibio azul del cielo. El carruaje caminaba sobre sus dos ruedas, conducido por un caballo muy fuerte, al que un grueso bocado hacía levantar la cabeza á cada instante. Teresa y Huberto, apretados uno contra otro en aquella especie de pequeña garita con ruedas y medio abierta, se oprimían las manos bajo la manta de viaje que los cubría.

Dejaban dilatarse su pasión como se dilataba el Océano, la dejaban rugir dentro de ellos con la misma furia con que rugían aquellas olas y embravecerse como ellas se embravecían contra aquella costa estéril. Desde que la joven había exigido á su amante aquel singular juramento, parecía un poco más tranquila, aunque experimentaba algunos momentos de súbito desvario, que se resolvían

en mudas emociones. Él, por su parte, no la había amado nunca con tanta intensidad. Sentía incesante deseo de apoyarla en su pecho y estrecharla entre sus brazos. Luego le parecía que necesitaba acercarse aún más á ella, y la vehemencia de esta sensación, que invadía rápidamente su cerebro, le trastornaba; sin embargo, temía la llegada de la noche con esa mortal angustia que experimentarían en su caso aquellos para quienes el universo femenino es un misterio.

A pesar de las pruebas de pasión que le daba su amada, se sentía dominado por una falta de fuerza de voluntad, por una desconfianza de sí mismo y un desfallecimiento que se hubieran convertido en dolor, á no verse mitigados por una inmensa confianza en el alma de su adorada Teresa. Aquella impresión del abismo desconocido en el que iba á precipitarse su amor, que le producía verdadero pánico, se hacía más tranquila al pensar que descendía á aquel abismo con ella. Teresa comprendía con admirable inteligencia las impresiones por que estaba pasando el objeto de su pasión. ¿No había sido para calmar la tensión de sus nervios, demasiado vibrantes, para lo que le había conducido á aquel paseo, durante el cual el grandioso espectáculo, las

ráfagas del viento y los paseitos á pie, en ciertos momentos, los mantenían á ambos al abrigo de los inevitables trastornos que había de producirles su ardiente deseo? ¿De esta manera llegaron hasta la hora trágica en que los astros brillan en el nocturno cielo, andando varios ratos sobre las piedras y volviendo á subir otros en el cochecito, tomando y volviendo á tomar repetidamente los mismos senderos, sin decidirse á volver, como comprendiendo que podrían en lo sucesivo experimentar otros momentos de felicidad, pero nunca de una felicidad tan pura y tan intensa como aquélla!

La oscura intuición del alma universal, de la que las visibles formas y los invisibles sentimientos son el efecto ordinario, les revelaba, sin que se diesen cuenta de ello, una misteriosa analogía y como una correspondencia divina entre el particular aspecto de aquel rincón de la naturaleza y la esencia indefinida de su ternura. Ella le decía:

—Estar cerca de ti y en este sitio, es una dicha que imposibilita en absoluto para volver á la vida real.

Y él no sonreía de incredulidad al escuchar aquella frase, así como ella no dudaba de su veracidad cuando él la decía:

—Me parece que no he abierto nunca los ojos para contemplar la sabia naturaleza hasta este momento.

Cuando andaban, era el joven quien tomaba el brazo de Teresa y se apoyaba en él cariñosamente. De este modo simbolizaba sin saberlo el extraño cambio de los papeles, causa de que, en aquella ocasión, él hubiera representado siempre el elemento femenino, con su frágil persona, su completa inocencia y el candor de sus timidas emociones.

Ciertamente que Teresa era también una perfecta representación de su sexo, por su airoso andar, la finura de sus maneras y sus ardientes ojos, que dejaban escapar su alma en cada mirada. Pero parecía, á pesar de esto, una criatura más fuerte, mejor organizada para la vida que el delicado joven, obra frágil de la ternura de dos mujeres puras, que ella había ligado en el suave tejido de su seducción y que se entregaba en absoluto á ella con fraternal confianza; el mismo movimiento de su marcha, la perfecta armonía de su ritmo, atestiguaba claramente la completa fusión de aquellos corazones que vibraban juntos, en aquel momento, en estrecha y embriagadora unión.

Volvieron á la fonda. La comida que siguió

á aquella tarde de felicidad fué silenciosa y casi sombría.

Parecía que ambos tenían miedo uno de otro. Acaso fuera solamente, por lo que á ella se refería, una recrudescencia de aquel temor de disgustar que la había hecho diferir hasta aquel momento el abandono de su persona, y respecto á él tal vez fuese también esa especie de inexplicable melancolía, último signo de naturalidad primitiva, que precede en el hombre á la entrada en la plenitud del amor. Como sucede en semejantes momentos, sus conversaciones se hacían tanto más tranquilas é indiferentes, cuanto más conmovidos se hallaban sus corazones.

Los dos amantes, que habían pasado el día en la más romántica exaltación y que se encontraban en la soledad de aquel asilo extraño, parecían no tener qué decirse y no acudían á su lengua más que frases acerca de la sociedad que habían abandonado. Se separaron temprano y como si se despidieran para no verse hasta el día siguiente, por más que sintiesen ambos que había de serles imposible aquella separación.

Así fué que Huberto no se admiró, por más que su corazón latía con tal fuerza que parecía salirse del pecho, cuando en el momento

en que él se iba á dirigir á la habitación de ella, oyó que la llave de la suya giraba en la cerradura, y vió entrar á Teresa, vestida con un largo peinador cubierto de encajes blancos y brillando en sus ojos la más apasionada dulzura.

—¡Ah!—dijo cerrando con su perfumada mano los párpados de Huberto.—¡Desearía tanto reposar sobre tu corazón!...

El joven se despertó hacia la media noche, y buscando con los labios el rostro de su amada, notó que sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

—¿Sufres?—la dijo.

—No—contestó ella;—son lágrimas de felicidad. ¡Ah!—continuó la joven.—¡Cómo ha podido ocurrir que no se me hayan adelantado á poseerte, ángel mío, y qué indigna soy de tí!...

Enigmáticas palabras que Huberto debía recordar frecuentemente más tarde y que aun en aquel momento, y bajo aquellos besos, produjeron de pronto en su espíritu una nube de esa misteriosa tristeza, compañera habitual del placer.

A través de aquel triste velo le pareció percibir, como á la luz de un relámpago, una

casa que le era muy conocida, y con los rostros inclinados bajo la lámpara, entre los retratos de familia, á las dos mujeres que le habían educado.

Aquella visión no duró más que un segundo.

El joven reclinó la cabeza en el pecho de Teresa para olvidar todo pensamiento que no fuese el de ella, mientras que el vago quejido del mar llegaba hasta él, suavizado por la distancia, como el rumor misterioso y lejano que parece á veces advertirnos el curso futuro de nuestro destino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

Quice días después, hacia las cinco de la tarde, se apeaba Huberto Liauran en la estación del Norte, de regreso de Londres. El Conde Scilly y la señora de Castel le esperaban. ¿Pero qué fué lo que él sintió cuando entre los rostros que se apiñaban á ambos lados de las puertas percibió el de Teresa? Habían convenido por cartas en que se verían la noche de aquel día, que era un martes, en el teatro Francés, en el palco de Teresa.

Ella, sin embargo, no había resistido al deseo de verle algunas horas antes; en sus ojos brillaba una emoción suprema, producida por la dicha de contemplarle y el sentimiento de no poder acercarse á él; no pudieron cambiar más que un saludo, que afortunadamente pasó desapercibido para la abuela. Teresa desapareció, y mientras el joven esperaba el suyo en la sala de equipajes, un involuntario movimiento de mal humor se manifestaba en él y

le hacía pensar que los dos viejos, de los que era tan amado, no debían haber ido á la estación. Aquella pequeña impresión de disgusto que le mostraba, en el momento de su regreso, el peso de la cadena de las ternucas de familia, se volvió á renovar tan pronto como se encontró delante de su madre.

Desde la primera mirada conoció que ella trataba de penetrar en su pensamiento, y, como no tenía costumbre de fingir, se creyó adivinado. Era que, en efecto, sus ojos habían cambiado como cambian los de una joven al convertirse en mujer, con uno de esos cambios imperceptibles, que consisten en una variedad de expresión. ¿Cómo había de engañarse la madre que desde hacía tantos años seguía los reflejos de aquellas negras pupilas, y que descubría entonces en ellas un fondo de felicidad embriagadora é insondable? Pero la pobre mujer no podía arriesgar una conversación sobre semejante asunto.

Los cambios, esos acontecimientos de la vida del corazón, escapan á todas las fórmulas del lenguaje, y á esto deben su origen los más peligrosos errores. Huberto estuvo muy contento durante la comida, con una alegría á la que daba aspecto de nerviosa la previsión de una próxima dificultad. ¿Cómo tomaría su

madre su salida de por la noche? No hacía aún media hora que habían abandonado la mesa, cuando se levantó con ademán de despedirse.

—¿Nos dejas?— dijo la señora de Liauran.

—Sí, mamá— contestó sonrojándose ligeramente; — Manuel Deroy me ha encargado una comisión urgentísima, que debo empezar á ejecutar esta misma noche...

—¿No puedes dejarla para mañana y consagrarnos la primera velada?— preguntó la señora de Castel, que quiso evitar á su hija la humillación de la negativa que había previsto.

—No por cierto, abuela— contestó él con tono de broma infantil; si así lo hiciese, no correspondería bien á mi amigo, que ha estado tan amable en Londres.

—Nos engaña— se dijo la señora de Liauran.

Y como desde la partida del joven habían quedado en silencio, que ninguno se atrevía á romper, la pobre madre escuchó con afán, á fin de cereiorarse de si la puerta de entrada del hotel se abriría pronto. Transcurrió media hora sin que oyese el ruido de ella. Estaba impaciente, y suplicó al General que fuese á la habitación del joven, con el pretexto de tomar un libro, á fin de saber si se había vesti-

do en traje de etiqueta. En efecto, se había vestido. Iba, pues, á casa de la señora de Sauve ó á alguna reunión donde esperaba volverla á ver. Esta fué la conclusión que sacó de aquel indicio la celosa madre, que por primera vez confesó al Conde sus largas inquietudes. El acento con que hablaba impidió á este último confesar á su vez la deuda que Huberto había contraído con él de 3.000 pesetas, gastadas, sin duda, en seguir á aquella mujer.

— Me ha engañado una vez más — exclamó la señora de Liauran, — él, que aborrecía la mentira. ¡Ah, cómo me lo ha cambiado!

La evidencia de la metamorfosis de carácter sufrida por su hijo empezó á torturarla desde aquel primer día, y esta tortura fué en aumento durante los siguientes. Se resistió, sin embargo, á admitir de repente que su querido, su cándido Huberto, fuese el amante de la señora de Sauve. No se resignaba con la idea de que hubiera podido hacerse culpable de una falta de tal gravedad, sin experimentar terribles remordimientos. ¡Le había educado en tan estrechos principios de religión! Ignoraba la virtuosísima señora que precisamente el primer cuidado de Teresa había sido adormecer todos los escrúpulos de conciencia de su joven amante, conduciéndole, por in-

sensibles grados, de la ternura tímida á la abrasadora pasión. Cogido en el lazo de aquella dulce trampa, Huberto no había pensado siquiera en examinar su vida desde hacía cinco meses, y la naturaleza se había hecho cómplice de la mujer amante. Podemos arre-pentirnos de nuestros placeres; pero es difícil tener remordimientos de la dicha, y el joven era feliz, con una de esas felicidades tan absolutas que no ven ni aun los sufrimientos que causan.

Con el poder de su sufrimiento era, sin embargo, con lo que la señora de Liauran contaba, casi únicamente, en la campaña que había emprendido, ella, una pobre mujer que no sabía de la vida más que sus deberes, contra una criatura que se figuraba encantadora y fatal á la vez, hechicera y mortífera.

Había adoptado el sencillo sistema propio de todos los sentimientos tiernos de celos, que consiste en demostrar su pena. La pobre se decía: «Mi hijo verá que agonizó. ¿No bastará éso?» La desgracia estaba en que Huberto, embriagado por su pasión, no veía en la pena de su madre más que una tiránica injusticia para con una mujer que él consideraba como divina y para con un amor que creía sublime.

Quando volvía del bosque de Bolonia, por

la mañana, después de haber montado á caballo y visto pasar á la señora de Sauve en su coche, arrastrado por dos jacas grises que ella misma guiaba, se encontraba, al subir á almorzar, con el perfil entristecido de su madre, y se decía: «No tiene derecho para estar triste. No la he robado nada de mi cariño.» El joven razonaba en lugar de sentir. Su madre le manifestaba su corazón ensangrentado por la aspereza del camino que recorría su espíritu, y él pasaba de lejos. Cuando se iba á comer fuera de casa, en el instante de su partida, el adiós de su madre le hacía presagiar que la señora de Liauran pasaría, pensando en él, una noche de melancolía, y se decía: «¡Si ella supiese que Teresa me reprocha por consagrar á nuestro amor tantas horas!»

Y era cierto. La querida tenía esa generosidad fácil en las mujeres que se saben inmensamente preferidas, y que se guardan bien de exigir al que las ama que obren como ellas desean. ¡Es tan delicado el placer de dejar á su amante libre y aun de animarle á que no se sacrifique por su amada cuando ésta está segura de cuál ha de ser su decisión! Sucedia con frecuencia que Huberto volvía al hotel de la calle de Vaneau después de haber tenido con Teresa una cita secreta, durante el día

(Manuel Derooy había puesto á disposición de su amigo una habitacioncita de soltero que conservaba en la avenida de Friedland). Pero entonces, bien fuera que la tristeza nerviosa de que se acompañan los vivos placeres le hiciese cruel, ó que secretos remordimientos le atormentasen, ó que el contraste fuese demasiado fuerte entre las formas encantadoras que tomaba la ternura de Teresa y las formas tristes que revestía la de la señora de Liauran, el joven parecía realmente ingrato.

La irritación aumentaba en él, en vez de aumentar la piedad, ante el sentimiento de aquella de quien era el hijo idolatrado. María Alicia se apercibía de estos bruscos cambios, y sufría mucho más aún por ellos, sin adivinar que el exceso de su dolor era una falta irreparable de conducta y que, en la imaginación de Huberto, se establecía una comparación altamente inmoral entre las severidades de la familia y las cariñosas delicias de la pasión satisfecha.

La madre, aniquilada por una continua inquietud, se sentía sin fuerzas, cuando un acontecimiento inesperado, aunque fácil de prever, puso aún más de relieve el antagonismo que se había establecido entre ella y su hijo. Había empezado la Semana Santa. Ella

había contado con la confesión y la comunión de Huberto para intentar una tentativa suprema y decidirle á romper aquellas relaciones que aún juzgaba incompletamente culpables, pero muy peligrosas.

No podía haber en su cerebro de ferviente cristiana la idea de que su hijo faltase al deber pascual, y no tenía, por lo tanto, duda alguna sobre su respuesta al preguntarle en un momento en que estaban solos:

— ¿Qué día cumplirás con la Iglesia este año?

— Mamá — contestó Huberto con sensible embarazo, — te ruego me perdones el pesar que voy á causarte; sin embargo, es preciso que te lo confiese: me asaltan ciertas dudas, y en conciencia creo que no debo acercarme á la santa mesa.

Aquella respuesta fué el relámpago que demostró de repente á María Alicia el abismo en que había caído su hijo, mientras que ella le creía solamente en el borde. La pobre mujer no dudó ya un momento acerca de la causa que había inducido á su hijo á imaginar aquel pretexto. ¿De dónde le habrían venido aquellas dudas religiosas, á él, que hacía tantos meses que no leía un periódico ni un libro? Por otra parte, conocía la sencillez de alma

del joven, motivada por la instrucción que ella misma había presidido. No; si no quería comulgar, era porque no quería confesarse. Le causaba horror confesar una falta inconcesable. ¿Cuál sino la que había sido la obra mala de aquellos seis meses?...

¡Adúltero! ¡Su hijo era adúltero! Palabra horrible y que le representaba, á ella, tan leal, tan pura y tan piadosa, la más repugnante de las bajezas, la ignominia de la mentira mezclada con las torpezas de la carne. En su indignación encontró la energía necesaria para abrir por fin todo su corazón á Huberto.

Le dirigió, trastornada como estaba por sus temores religiosos y por la salvación de aquel hijo amado, frases que nunca hubiera creído poder pronunciar, nombrando á la señora de Sauve, colmándola de los más duros reproches, acumulando sobre ella todo el desprecio que una mujer honrada puede sentir por otra que no lo es, invocando el recuerdo del tiempo, el trabajo y los sacrificios empleados en darle una educación tan distinta, amenazadora á la vez que suplicante, decidida por fin é incapaz de calcular las consecuencias de aquella escena.

— Te equivocas, mamá — contestó Huber-

to, que había sufrido aquel primer asalto sin pronunciar una palabra. — La señora de Sauve no es nada de lo que dices; pero como no puedo tolerar que se insulte á mis amigas delante de mí, te anuncio que á la primera conversación de ese género que volvamos á tener abandonaré esta casa...

Y con aquella respuesta, pronunciada con toda la sangre fría que le había dejado el sentimiento de la injusticia de su madre, salió de la habitación, sin añadir una sola palabra.

— Le ha pervertido el corazón, ha hecho de él un monstruo — decía la señora de Liauran á la señora de Castel, contándole aquella escena, que fué seguida de veinte días de silencio entre la madre y el hijo.

Este último se presentaba á almorzar, bebaba á su madre en la frente, la preguntaba por su salud, se sentaba á la mesa y no volvía á desplegar los labios. A la comida asistía pocas veces. Había confiado aquel disgusto, como confiaba todos sus pesares, á Teresa, la cual le suplicaba que cediese y no ocasionara disgustos á su madre.

— Hazlo — decía, — aun cuando no sea más que por mí. Es para mí muy cruel pensar que influyo en tu vida, siendo la causa de una mala acción tuya...

— ¡Noble amiga! — la decía el joven cubriéndola las manos de besos y anegándose bajo la mirada de aquellos ojos, tan dulces para él.

Como adoraba aún más á su querida por efecto de aquella generosidad, esto mismo era causa de que aumentase el rencor que las frases de su penosa querrela habían producido en él contra su madre. Ésta, á causa de aquellas dolorosas explicaciones, se había empeorado de su enfermedad nerviosa, si bien había ocultado á su hijo esta recrudescencia. Había llegado ésta, sin embargo, á adquirir tal intensidad, que la pobre señora de Liauran apenas podía moverse, lo que no era obstáculo para que por la noche, y á costa de atroces sufrimientos, se arrastrase hasta la ventana.

Abría las maderas con la precaución de un criminal y silenciosamente, á fin de espiar el momento de la vuelta de Huberto y ver iluminarse las ventanas del cuarto de éste; y aquella luz que se filtraba por una rendija, atestiguando la presencia del hijo tan querido y tan extraviado á la vez, moderaba, calmaba casi en absoluto su cólera, aunque á veces le producía accesos de desesperación. Gracias á la intercesión de la señora de Cas-

tel, que sufría entre aquellas dos hostilidades un doble martirio, se reconciliaron al fin.

La abuela obtuvo de la madre la promesa de que no se volvería á hablar más de la señora de Sauve, y del hijo las excusas por su silencio de tantos días. Empezó un nuevo período, en el que María Alicia trató de retener á Huberto en casa, modificando un poco el método de vida. Dispuesta á esperar aún en la desesperación, como sucede siempre que se siente en el corazón un apasionado deseo, se decía que la influencia de aquella mujer sobre su hijo se debería probablemente en gran parte á las distracciones que su sociedad le procuraba. ¿No era el hotel de la calle de Vaneau demasiado monótono para un joven desocupado?

Entonces comprendió que había sido muy imprudente cuando, por creer á Huberto de salud muy delicada y por su inmoderado deseo de retenerle constantemente á su lado, no le había dedicado á ninguna carrera.

Tuvo la candidez de decirse que era preciso alegrar un poco aquella soledad, y por primera vez después de su viudez dió grandes comidas. Las puertas del hotel se abrieron. Se encendieron las arañas, y la antigua vajilla de plata con las armas de los de Trans adornó

la mesa, alrededor de la cual se sentaron algunos antiguos amigos y algunas encantadoras jóvenes, tan elegantes y hermosas como ordinarias y feas eran las primas Trans. Pero Huberto, desde que amaba á Teresa, se había jurado, por una dulce exageración de fidelidad, no mirar á otra mujer más que á su amada.

Estaban en el mes de Mayo. Los días eran templados y hermosos. Su amada y él se habían dedicado á dar paseos por algunos de los bosques situados en las cercanías de París, Saint-Cloud, Chaville y el bosque de Marly.

Sentado en el comedor de la calle de Vaneau, Huberto se acordaba de la sonrisa de Teresa al ofrecerle una flor, de la alternativa producida sobre su frente por la luz del sol y por la sombra de los árboles, de la palidez de su rostro, de un gesto que había hecho y hasta de la huella de su pie en un sendero.

Si escuchaba la conversación era para comparar las sentenciosas frases de los convidados de la señora de Liauran con los chispeantes dichos de los convidados de la señora de Sauve. Las primeras abundaban en preocupaciones, patrimonio casi seguro de toda vida moral muy profunda. Los segundos estaban impregnados de esa gracia parisiense

de que el joven no percibía ya la triste y frívola vaciedad. Asistía, pues, á las comidas de su madre, dejando ver en la expresión de su rostro que su alma estaba en otra parte.

—¡Ah! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—sollozaba la señora de Liauran;— todos los fastidios y los malos humores para nosotros, y todos los dulces arrobamientos para esa mujer.

— Esperar — contestaba la señora de Castel.

¡Esperar! Es la última palabra de la prudencia; pero en la espera, el alma apasionada se consume dolorosamente.

Para María Alicia, cuya vida se había concentrado enteramente en su hijo, cada hora que pasaba era un suplicio que la hería cruelmente. La era imposible no entregarse sin cesar á esa escrupulosa é inquisitorial investigación del más pequeño detalle de que hasta los más nobles actos son víctimas.

Observaba cada nueva joya ó chuchería de las propias de su edad que su hijo llevaba, y se preguntaba si aquel objeto sería también algún recuerdo de su culpable amor. Le había visto en el dedo pequeño una sortija de oro que ella no le había regalado. ¡Ah! ¡Cuánto hubiese dado por saber si en ella había algu-

na fecha ó alguna palabra grabada en su interior!

Cuando abrazaba á su hijo respiraba un perfume desconocido para ella, y que era sin duda el que empleaba su amada. Siempre que la señora de Liauran respiraba aquel olor, de penetrante y voluptuosa finura, parecía que una mano la apretaba fuertemente el corazón. En fin, en el grado de susceptibilidad á que había llegado, todo debía herirla, y efectivamente la hería. Si veía sus ojos tristes y su semblante pálido, decía á la señora de Castel: «Ella me le matará.»

Había existido siempre en aquella casa, de costumbres sencillas, la de entregar en propia mano á la señora de Liauran todas las cartas que se recibían, y ella se encargaba de distribuirlas á los demás. Huberto no se atrevió á pedir á Fermin, el portero, que hiciese una infracción en su favor de aquella regla. ¿No hubiese sido necesario enterar á aquel criado del secreto de los disentimientos que le separaban de su madre? Ahora bien: su amada y él se escribían todos los días, aunque se hubieran visto, por efecto de esa prodigalidad de corazón de los nuevos amantes, que no saben de qué manera consagrarse más el uno al otro. Huberto conseguía con frecuencia

evitar que su madre viese aquellas cartas, conviniendo exactamente en la hora en que Teresa había de poner su cartita en el correo y apresurándose á salir de su casa ó entrar en ella á tiempo para tomar la correspondencia él mismo de manos del portero. Pero ocurría á menudo que la carta llegaba con retraso, y entonces pasaba por las manos de la señora de Liauran. Ésta no se engañaba nunca. Conocía la letra, la más odiosa para ella de cuantas había en el mundo.

También acostumbraba Teresa á dirigir al joven, en lugar de una carta, un despacho telefónico, y la sensación que experimentaba al pensar que el contenido de aquel papel había surgido una hora antes en la mente de la amada de su hijo era intolerable para la pobre madre. A fin de evitar á Huberto deshonorosas astucias, y de evitarse á sí misma tan horrible palpitación de corazón, tomó el partido de dar orden de que las cartas de su hijo se las entregaran á él directamente. Entonces dejó de percibir las únicas señales que tenía de la realidad de las relaciones del joven y de la señora de Sauve, y esto fué origen de nuevas esperanzas y por consiguiente de nuevas desilusiones.

En el mes de Julio, Huberto dejó de salir

por la tarde, y ella creyó que habían reñido; pero Jorge Liauran, al que había tomado por confidente de sus inquietudes, porque sabía que conocía á Teresa, la dijo que la amada de su hijo había salido para Trouville, y aquella decepción fué un nuevo golpe para ella. Es á la vez el privilegio y la desgracia de los organismos en que los nervios predominan, que los dolores, en vez de calmarse por la costumbre, se exageran y se exasperan infatigablemente. Los más pequeños detalles encierran en sí lo infinito del pesar, como una gota de agua contiene lo infinito de los cielos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VI

De las personas de que se componía la intimidad de la calle de Vaneau, la que más se inquietaba de los pesares de María Alicia era Jorge Liauran, pues él era también al que aquella mujer manifestaba más abiertamente su pena. Comprendía que era el único que podía servirla algún día. Cada vez que Jorge la visitaba, medía el estrago producido en su idea fija. Sus facciones se extenuaban, sus mejillas se hundían, su color se oscurecía, sus cabellos, que hasta entonces habían permanecido tan negros, blanqueaban extraordinariamente. Como Jorge frecuentaba la sociedad, al salir de una de esas visitas solía encontrar a su primo Huberto, casi siempre en el mismo círculo que la señora de Sauve, elegante, alegre, con los ojos brillantes y la boca sonriente. Este contraste indignaba a aquel hombre de extraños sentimientos mezclados del bien y del mal.

En efecto: por una parte, Jorge amaba mucho á María Alicia, por una afección que había sido en otro tiempo muy romántica, durante su juventud. Por otra parte, la intimidad, para él cierta, de aquel dichoso Huberto y de Teresa le irritaba, sin comprender por qué, y le producía nerviosa cólera. En presencia de su primo experimentaba la invencible mala voluntad que los hombres de más de cuarenta años y menos de cincuenta profesan á los jóvenes á quienes ven introducirse en la sociedad y que en definitiva toman su puesto. Además, Jorge era uno de esos vividores que odian el amor, ya porque hayan sufrido mucho por él, ó porque lo sientan demasiado. Aquel odio del amor se complicaba con un entero desprecio hacia las mujeres que faltan á su deber, y él sospechaba que Teresa había tenido ya dos intrigas, una con un joven diputado llamado Federico Luzel, y otra con un escritor célebre, llamado Alfredo Fanieres. Era de los que juzgaban á una mujer por sus amantes, en lo que se equivocaba, porque las razones por las cuales sucumbe una mujer suelen ser con frecuencia personales, extrañas á la naturaleza y al carácter del que busca la ocasión de aquel abandono. Ahora bien: Federico Luzel ocultaba bajo su gran

franqueza y natural cortesía una brutalidad completa, y Alfredo Fanieres era un muchacho muy guapo, de maneras distinguidas, cuyo mimoso aspecto disimulaba apenas el feroz egoísmo del artista sagaz, para el que todos los medios son buenos con tal de llegar por sus habilidades de prosista hasta el éxito más completo.

Con el germen de corrupción depositado en el alma de Teresa por aquellos dos personajes era con lo que Jorge contaba secretamente cuando imaginaba un fin probable de las relaciones entre ella y Huberto. Se decía que la señora de Sauve había debido contraer durante su unión con aquellos dos hombres, cuyo cinismo y costumbres conocía, deseos immoderados de placer. Calculaba que llegaría un día en que era casi seguro que ella había de engañarle. «Después de todo—se decía,—eso le causará disgusto, pero le enseñará á vivir.» Jorge Liauran, semejante en este punto á las tres cuartas partes de las personas de su edad y de su clase, estaba persuadido de que un joven debe formarse lo más pronto posible una filosofía práctica, es decir, según las antiguas fórmulas misantrópicas, creer poco en la amistad, considerar á la mayor parte de las mujeres como falaces é interpretar por el

interés, confesado ó disfrazado, todas las acciones humanas. El pesimismo mundano no tiene mucha más originalidad que esas antiguas fórmulas. La desgracia quiere que tenga casi siempre razón.

Tales eran las disposiciones del primo de la señora de Liauran respecto del sentimiento de Huberto y de Teresa, cuando en el mes de Octubre de aquel mismo año se encontró en un gabinete particular del café Inglés y en disposición de cenar con otras cinco personas. El *menú* fué delicado y bien dispuesto, los vinos exquisitos y los cigarros magníficos; nuestros hombres hablaban por los codos; he aquí el fin de un diálogo que Jorge sorprendió entre su compañero de la izquierda y uno de los convidados en el momento en que el mismo acababa de hablar con su compañero de la derecha, de modo que se le había escapado todo el alcance del principio del diálogo.

—Los veíamos—decía el que estaba en el uso de la palabra—desde el cuarto de arriba del chalet de Arturo, el que le sirve de taller, mirando con un antejo que nos permitía examinarlos como si hubiéramos estado á tres metros de distancia. En efecto, entraba como nos habían dicho que lo había hecho la vispera; en cuanto entró, él la dió un abrazo,

pero ¡uno de esos abrazos!...—é hizo chasquear sus labios apurando unas gotas de licor que habían quedado en su copa.

—¿Quién era él?—preguntó Jorge Liauran.

—La Croix-Firmin.

—¿Y ella?

—La señora de Sauve.

—He ahí—dijo Jorge para sus adentros—una ocurrencia bien singular, y que vale la pena de haber aceptado la invitación de ese imbécil.

Y pensando esto, miraba al anfitrión elegante de baja estofa, que rebosaba de alegría al reunir á su mesa á algunos hombres del club más de moda.

—Nosotros aún esperábamos ver más—continuaba el otro;—pero ella se empeñó en bajar las cortinas... ¡Cuánta matraca dimos por la tarde á Ludovico con motivo de la fatiga que revelaba su rostro!... No se ha hablado de otra cosa en Trouville y Deauville durante una semana. Ella no debía ignorarlo, pues en seguida se marchó. Pero apuesto veinticinco luises á que no por eso dejará de ser bien recibida en todas partes este invierno... La sociedad se va haciendo tan tolerante...

—Sobre todo, en materias de amor—contestó su interlocutor.

Y continuaron las conversaciones, siguieron ardiendo los cigarros, consumiéndose el kummel y el champagne, mientras aquellos moralistas continuaban también juzgando la vida.

El joven que había contado, durante la conversación, la anécdota escandalosa de la señora de Sauvé era un muchacho de treinta años próximamente, pálido, delgado, muy gastado, pero muy amable y del número de esos cuyo nombre atrae universalmente el epíteto de «buen muchacho». En efecto, antes se hubiera levantado la tapa de los sesos que dejar de pagar una deuda de juego en el plazo fijado. Nunca rehusó un lance de honor, y sus amigos podían contar con él para cualquier empresa, por difícil que fuera, ó para un servicio de dinero, aunque fuera considerable. Pero dejar de decir lo que se sabe de las intrigas de una mujer de la buena sociedad, después de beber, ¿á dónde iríamos á parar? Tal vez el charlatán que había afirmado de aquel modo, como testigo ocular, las ligerezas de Teresa de Sauvé, habría vertido verdaderas lágrimas de pesar si hubiese sabido que su conversación podría servir de arma contra la felicidad de la joven.

Para, el que frecuenta la sociedad sin que

se pervierta su corazón es un asunto inagotable de melancolía el ver cómo se realizan en ella las más crueles ferocidades, á veces con entera tranquilidad de conciencia. Pero ¿caso Jorge Liauran no habría sabido por otro conducto todos los detalles que la indiscreción de su compañero de mesa acababa de revelar tan repentinamente y con aquella indiscutible precisión? Dicho sea de paso, no se admiró de ello. Al entrar en su casa se repitió dos ó tres veces: «¡Pobre Huberto!» Pero secretamente experimentaba esa irresistible complacencia de egoísmo que produce nueve veces entre diez la visión de la desgracia de otro. ¿No se habían cumplido sus pronósticos? La misantropía vulgar tiene muchas de esas satisfacciones que endurecen el corazón que las experimenta. Cuando se desprecia á la humanidad con desprecio invariable y sin excepciones, acaba uno por enorgullecerse de sus miserias en vez de sentir las. En cuanto á dudar de la noticia, ni un instante, y sobre todo recordando lo que sabía de Ludovico de La Croix-Firmin.

Era éste una especie de fatuo que parecía desprovisto de toda clase de atractivos, pero que agradaba á las mujeres por esos motivos misteriosos que nosotros los hombres no cono-

ceмос, así como las mujeres no comprenden el secreto de la influencia que ejercen sobre nosotros algunas de ellas. Es posible que en esos motivos haya mucho de esa parte de materia que siempre existe en el fondo de nuestras relaciones de persona á persona. La Croix-Firmin tenía veintisiete años, la edad del desarrollo; sus cabellos eran rubios, casi rojos, sus ojos azules claros y sus dientes lucían su blancura, mostrándose uniformes entre sus frescos labios siempre que sonreía.

Cada vez que una sonrisa animaba su rostro, con el mentón adornado de gracioso hoyuelo, la nariz aguileña y los cabellos rizados, recordaba ese tipo inmortal á través de las razas, del rostro del Fauno, en quien los antiguos encarnaron la sensualidad satisfecha y dichosa.

Lo que acababa de darle carácter y el encanto físico con que debía haber inspirado muchas fantasías, era esa agilidad de movimientos propia de los seres en quienes la fuerza vital es muy completa. Su estatura no era más que regular, pero su forma era atlética. Aunque muy ignorante y de una inteligencia muy mediana, poseía el don que hace de un hombre organizado de ese modo un personaje peligroso; tenía en grado raro

ese tacto y ese olfato que revelan al hombre el momento en que puede atreverse; ese momento en que la mujer, criatura débil y de fugitivas emociones, pertenece al libertino que las adivina. La Croix-Firmin había temido, por lo tanto, muchas aventuras, y por más que su nacimiento y su fortuna debían haber hecho de él un perfecto caballero, se complacía en contarlas; aquellas indiscreciones, en vez de perderle, le servían, si así puede decirse, de reclamo. A pesar de sus libres conversaciones y de su fatuidad, aquel joven no tenía por enemiga á ninguna de las mujeres que se habían comprometido por él, quizás porque no representaba en su memoria más que el recuerdo agradable.

Con la indiscreción de La Croix-Firmin fué con lo que Jorge contó para reunir algunas nuevas pruebas en apoyo del hecho que había averiguado en la comida del café Inglés. En su calidad de solterón tenía la imaginación triste, y preveía más bien la mala fortuna que la buena. Por consiguiente, estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo á ver claro en los tropiezos y miserias del mundo social. Sabía el arte de ir á caza de la verdad secreta, y tenía gran tino para formar un juicio exacto de cualquier hecho,

agrupando y mixtificando las diversas frases que sobre el mismo flotaban en la atmósfera de las conversaciones de París. En aquellas circunstancias no tenía necesidad de grandes esfuerzos. Se trataba únicamente de encontrar el medio de corroborar un detalle cuya existencia era para él indiscutible. Algunas visitas á mujeres de alta sociedad que habían pasado la estación en Trouville, y una sola á una *vengadora*, llamada Ella Virieux, amiga oficial por entonces de un íntimo amigo de La Croix-Firmin, bastaron para obtener aquella prueba y la seguridad de que Ludovic había sido el amante de la señora de Sauvé durante la época de los baños de mar, cosa que era, por otra parte, de notoriedad pública y que el mismo La Croix-Firmin había confesado. Sólo la prematura marcha de Teresa había podido preservarlas de un escándalo inevitable; y como la existencia parisiense empezaba de nuevo, diez aventuras recientes habían hecho olvidar aquel escándalo de otoño, destinado á quedar entre las sombras de la duda, como tantos otros.

Jorge Liauran encontró en él un medio seguro de romper por fin la unión de Huberto y de Teresa. Para ello bastaba prevenir á María Alicia. Vaciló un momento al pensar que al

fin y al cabo aquello era inmiscuirse en una cuestión que no era de su incumbencia; pero el fondo de odio que, sin confesarlo, sentía contra los dos amantes, venció aquel escrúpulo de delicadeza, ayudado á la vez por verdadero deseo de librar de una pena mortal á una mujer á quien quería mucho. La tarde misma del día en que habló con Ella Virieux, quien le había participado, sin darlas importancia alguna, las confidencias de Ludovic á su amante, fué al hotel de la calle de Vaneau y contó á la señora de Liauran, reclinada en una silla al lado de la señora de Castel, la inesperada noticia que debía cambiar de repente la faz de la lucha entre la madre y la amante.

—¡Ah, miserable!—exclamó aquella mujer casi moribunda por sus prolongadas angustias;—ni aun era capaz de amarle...

La señora de Liauran pronunció aquella frase con un acento profundo, en el que se condensaban todas las ideas que se había formado desde hacía tanto tiempo acerca de la amante de su hijo. ¡Había pensado tanto en las causas de la influencia de aquella pasión de una criatura culpable, que había logrado dominar más en el corazón de Huberto que su amor hacia ella, á pesar de que le constaba

que éste era inmenso! La pobre continuó, moviendo su encanecida cabeza:

— ¡Y por semejante mujer nos ha torturado de ese modo!... ¡Ah! mamá, cuando él compare lo que ha sacrificado á lo que ha preferido, ni él mismo lo entenderá. — Y alargando la mano á Jorge, — Gracias, primo mío — dijo; — has sido mi salvación. Si esa horrible aventura se prolonga mucho tiempo, yo hubiera muerto.

— ¡Ah! pobre hija mía — dijo la señora de Castel acariciándola los cabellos, — no alimentes vanas esperanzas. Si Huberto la ha amado, la ama todavía. Nada ha cambiado. No hay más que una mala acción más cometida por esa mujer, que debe estar habituada á cometerlas...

— ¿Creéis, pues, que no ha de saber Huberto todo lo ocurrido? — dijo María Alicia irguiéndose un poco. — Pues yo sería la más infame de las madres si no abriese los ojos á mi desgraciado hijo. Mientras he creído que ella le amaba, he podido callar y sufrir. Por culpable que fuese ese amor, era una verdadera pasión, algo de sincero después de todo; un extravío, sí, una exaltación, pero algo noble en el fondo... Mas ahora ¿qué nombre podemos dar á esas villanías?

— Sed prudente, prima mía — dijo Jorge Liauran un poco inquieto por la cólera con que aquellas últimas palabras habian sido pronunciadas; — pensad que no podemos presentar al pobre Huberto pruebas palpables y positivas de esas que ponen fin á toda discusión.

— ¿Pero qué más pruebas puede haber — interrumpió ella — que la afirmación de quien lo ha visto?

— ¡Ah — contestó Jorge, — para los que aman...!

— No conocéis á mi hijo — replicó la madre con orgullo. — No es capaz de pasar por esas complacencias. No exijo de ti más que una promesa antes de dar ningún paso: que si él te pregunta, le cuentes lo que nos has dicho del mismo modo que nos lo has contado á nosotras.

— Prometido — dijo Jorge después de un breve silencio; — le diré lo que sé, y él hará lo que quiera.

— ¿Y si él decide provocar á ese señor de La Croix-Firmin? — interrogó la señora de Castel.

— Eso no puede hacerlo — contestó la madre, á quien la excitación producida por la esperanza hacia tan perspicaz como hubiera

podido serlo Jorge en las leyes de la sociedad; — nuestro Huberto es demasiado galante para querer que la honra de una mujer quede manchada por una imprudencia suya, y menos la honra de esa...

¡Sí, pobre Huberto! De esta manera se acercaba á él por momentos aquel destino, del que el vago rumor del mar, escuchado por la noche, hubiera sido para él el anuncio, durante su deliciosa velada de Folkestone, si hubiese conocido más la vida. Aquel destino se acercaba, tomando por instrumentos á un tiempo mismo la terrible indiferencia de Jorge Liauran y la ciega pasión de María Alicia. Esta última creía al menos trabajar en la felicidad de su hijo, sin comprender que vale más, cuando se ama, ser muy engañado, y por mucho tiempo, que tener la desgracia de saberlo ó sospecharlo.

Sin embargo, y á pesar de lo que había dicho en aquella entrevista con su primo, no se sentía con fuerzas para abordar por sí misma este asunto con su hijo. Le creía incapaz de soportar el primer estallido de su dolor. Las pruebas adquiridas por Jorge la parecían imposibles de refutar, y por otra parte, consideraba, en su conciencia de madre piadosa, que su deber absoluto era arrancar á su hijo

al monstruo que le corrompía. Pero ¿cómo había de poder sufrir el terrible choque que había de seguir á aquella revelación? La pobre madre esperaba, sin embargo, que en los momentos de desesperación, Huberto había de acudir á ella; le abriría sus brazos, y todo aquel conjunto de errores se terminaría en un momento de efusión, como había ocurrido otras veces. Involuntariamente, y por esa errónea apreciación familiar á todas las madres como á todos los padres, no se daba cuenta exacta del cambio de sentimientos que se había producido en el alma de su hijo.

Le veía siempre tal como le había conocido cuando niño, acercándose á ella á la menor de sus penas. La parecía, por una falsa lógica de su ternura, que, una vez vencido el obstáculo que les había separado, se encontrarían de nuevo estrechamente unidos, lo mismo que habían estado antes. Su primer pensamiento fué enviar desde luego á su hijo á casa de Jorge; después reflexionó, con su delicada inteligencia de mujer, que aquello había de producirle una inevitable herida de amor propio. Tuvo que recurrir una vez más á la antigua amistad del General Scilly, á quien encomendó que diese cuenta de todo al joven.

—Me encargáis de una comisión muy difícil —respondió éste cuando ella le hubo explicado su deseo.— Obedeceré si me lo exigis. Pero, creedme, valdria más que calláseis. Yo he pasado por ese mismo trance—añadió—y en condiciones muy semejantes. Una querida es siempre una querida, y todas se parecen. Pero el primero que hubiese osado hablarme una palabra contra ella hubiera pasado un mal rato. Por otra parte, no hizo falta que nadie viniera á contarme nada; yo mismo lo supe.

—¿Y qué hicisteis?—interrogó María Alicia.

—Lo que se hace cuando uno tiene una pierna fracturada por un cañonazo—dijo el veterano:—me amputé bravamente el corazón. Aquello fué duro; pero yo corté por lo sano.

—Bien comprenderéis, por lo tanto, que es preciso que mi hijo lo sepa todo—repuso la madre con acento de piedad y de triunfo á la vez.

VII

Al salir de almorzar de casa de una amiga de la señora de Sauve, y después de haber experimentado el delicioso placer de ver llegar á su querida en el momento del café, fué cuando Huberto Liauran se dirigió á la calle de Orleans, acudiendo á la súplica del General, que le había rogado se pasase por su casa á las tres.

El joven se figuró, al leer la carta de su padrino, que se trataría de su deuda.

Creía al Conde escrupuloso, y ya habían transcurrido dos meses sin que le devolviese las 3.000 pesetas.

La entrevista comenzó, pues, por algunas palabras de excusa que pronunció el joven en cuanto hubo entrado en la piececita del piso bajo, á la que no había vuelto desde la víspera de su partida para Folkestone.

Pensó en todas sus sensaciones de enton-

—Me encargáis de una comisión muy difícil —respondió éste cuando ella le hubo explicado su deseo.— Obedeceré si me lo exigis. Pero, creedme, valdria más que calláseis. Yo he pasado por ese mismo trance—añadió—y en condiciones muy semejantes. Una querida es siempre una querida, y todas se parecen. Pero el primero que hubiese osado hablarme una palabra contra ella hubiera pasado un mal rato. Por otra parte, no hizo falta que nadie viniera á contarme nada; yo mismo lo supe.

—¿Y qué hicisteis?—interrogó María Alicia.

—Lo que se hace cuando uno tiene una pierna fracturada por un cañonazo—dijo el veterano:—me amputé bravamente el corazón. Aquello fué duro; pero yo corté por lo sano.

—Bien comprenderéis, por lo tanto, que es preciso que mi hijo lo sepa todo—repuso la madre con acento de piedad y de triunfo á la vez.

VII

Al salir de almorzar de casa de una amiga de la señora de Sauve, y después de haber experimentado el delicioso placer de ver llegar á su querida en el momento del café, fué cuando Huberto Liauran se dirigió á la calle de Orleans, acudiendo á la súplica del General, que le había rogado se pasase por su casa á las tres.

El joven se figuró, al leer la carta de su padrino, que se trataría de su deuda.

Creía al Conde escrupuloso, y ya habían transcurrido dos meses sin que le devolviese las 3.000 pesetas.

La entrevista comenzó, pues, por algunas palabras de excusa que pronunció el joven en cuanto hubo entrado en la piececita del piso bajo, á la que no había vuelto desde la víspera de su partida para Folkestone.

Pensó en todas sus sensaciones de enton-

ces al encontrar el aspecto del cuarto exactamente lo mismo que le había dejado.

Las notas sobre la reorganización del ejército continuaban cubriendo la mesa; el busto del Mariscal Bugeaud adornaba la chimenea, y el General, con una bata de casa, cortada en forma de dolmán, fumaba con parsimonia en su corta pipa de madera de arbusto.

A las primeras palabras pronunciadas por su ahijado contestó sencillamente:

—No se trata de éso, amigo mío—con voz á la vez grave y triste.

Aquella entonación bastó para hacer comprender perfectamente á Huberto que se preparaba una escena de suma importancia para él.

Si es pueril creer en los presentimientos, en la vaguedad que las gentes del pueblo dan á ese término, ninguna criatura bien educada podría negar que el más pequeño detalle basta á veces para provocar la visión precisa de un peligro próximo.

El General callaba y Huberto veía en sus ojos y en sus labios el nombre de la señora de Sauve, á pesar de que aquel nombre no se había pronunciado nunca entre él y su padrino. Esperó, pues, á que se reanudase la conversación con ese acelerado latir del co-

razón que hace de la impaciencia un suplicio casi intolerable para los seres demasiado sensibles. Scilly, para quien toda la experiencia del sentimiento se reducía, desde su juventud, á una decepción de amor, se encontraba entonces poseído de una gran piedad ante el golpe que iba á dar á aquel joven tan querido. Las frases que había combinado durante toda aquella mañana le parecían desprovistas de sentido común. Sin embargo, era preciso hablar. En los momentos de suprema incertidumbre, lo que se manifiesta de ordinario y gobierna nuestras acciones es el rasgo impreso en nosotros por nuestra profesión. Scilly era un soldado valeroso y activo. Debía ir, pues, y fué directamente al asunto.

—Hijo mío—dijo con cierta solemnidad,—lo primero que debes saber es que conozco tu vida. Tú eres el amante de una mujer casada que se llama la señora de Sauve. No lo niegues. El honor te prohíbe decirme la verdad; pero lo esencial es poner los puntos sobre las *ies*.

—¿Por qué me habláis de éso—contestó el joven levantándose y cogiendo su sombrero—si confesáis que el honor me exige que no os escuche? Mirad, padrino: si me habéis hecho

venir para tratar este asunto, acabemos. Prefiero dejaros, á refir con vos.

—No es para preguntarte ni para sermonearte para lo que te he dado esta cita—replicó el Conde cogiendo con su mano la crispada que le tendió suavemente Huberto.—Es para darte cuenta de un hecho muy grave, y del que es preciso, sí, absolutamente preciso, que estés informado. La señora de Sauve tiene otro amante, Huberto, y es necesario que lo sepas.

—Padrino—dijo el joven retirando su mano de la del anciano y palideciendo de súbita cólera,—no sé por qué os empeñáis en que deje de respetaros. Es una infamia decir de una mujer lo que acabáis de decir de ésa.

—Si no se tratase de ti—contestó levantándose el Conde, cuyo grave y triste rostro contrastaba extrañamente con las facciones alteradas de su ahijado,—sabes muy bien que no te hablaría ni de la señora de Sauve ni de ninguna otra mujer. Pero te quiero como querria á un hijo y te digo lo que le diría á él: has colocado mal tu amor; esa mujer tiene otro amante.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Qué pruebas tenéis?—contestó Huberto exasperado ilimitadamente por la insistencia y sangre fría del General.—Vamos, decid, decid...

—¿Cuándo? Este verano... ¿Quién? Un señor de La Croix-Firmin... ¿En dónde? En Trouville... Es la conversación de todos los salones—continuó Scilly; y contó, sin nombrar á Jorge, los indiscutibles detalles que este último había confiado á la señora de Liauran, desde la relación del testigo hasta las indiscreciones de La Croix-Firmin.

El joven le escuchaba sin interrumpirle; pero cualquiera que le cortociese hubiera visto que la expresión de su rostro era terrible. Una intensa cólera, producida por el dolor y la indignación, hacía palidecer sus labios.

—¿Y quién os ha contado esa historia?—preguntó el joven.

—¿Qué te importa?—dijo el General, que comprendió que indicar á Huberto en aquel momento el verdadero autor de toda aquella historia era exponer á Jorge á una escena cuyo fin podía ser trágico.—Sí: ¿qué te importa, si no eres el amante de la señora de Sauve?

—Soy su amigo—replicó Huberto,—y tengo el derecho y el deber de defenderla, como os defendería á vos de odiosas calumnias. Además—añadió mirando fijamente á su padrino,—si vos no queréis responderme á mi pregunta, os doy mi palabra de honor de que antes de dos días habré encontrado á ese se-

ñor de La Croix-Firmin que se permite pro-
palar tales calumnias, y me entenderé con él
sin necesidad de pronunciar ningún nombre
de mujer.

El General, viendo el estado de excitación
en que se encontraba Huberto, y no sabiendo
qué palabras emplear para combatir aquel
furor que no había previsto, pues estaba fun-
dado en la más absoluta incredulidad, se dijo
que sólo la señora de Liauran tenía la influen-
cia necesaria para calmar á su hijo.

—Te he dicho lo que tenía que decirte—
prosiguió melancólicamente;—si quieres sa-
ber más, pregúntaselo á tu madre...

—¿A mi madre?—dijo el joven con violen-
cia;—debi haberlo sospechado. ¡Pues bien,
allá voy!

Y media hora después entraba en el salon-
cito de la calle de Vaneau, en donde la señora
de Liauran se encontraba sola en aquel mo-
mento.

En efecto, esperaba á su hijo, pero con
mortal angustia. Sabía que aquel era el ins-
tante de su explicación con Scilly, y el resul-
tado de ella la llenaba de terror.

A la vista de la fisonomía de Huberto au-
mentaron sus temores. Estaba livido, muy
ojeroso, y María Alicia experimentó en se-

guida el choque de aquella visible emoción.

—Madre mía, vengo de casa de mi pa-
drino—empezó el joven—y me ha dicho cosas
que nunca le perdonaré. Lo que más me ha
atormentado es que ha pretendido saber por
vos las calumnias que me ha repetido acerca
de una persona á quien vos podéis no amar...
pero no os reconozco el derecho de insultarla
delante de mí, para quien ha sido siempre
perfecta...

—No me hables con esa voz, Huberto—dijo
la señora de Liauran:—me haces daño. Pa-
rece que me clavas un puñal en el corazón.

¡Ah! No era sólo la voz de Huberto, aque-
lla voz breve y dura, lo que la atormentaba;
era sobre todo y una vez más la evidencia del
sentimiento que le unía á la señora de Sauve.

—Entre ella y yo—pensaba,—se decidirá
por ella.

Su dolor dió en seguida por resultado rea-
vivar su odio contra la causa del dolor mismo,
que era aquella mujer, y en aquel movimiento
de adhesión encontró la fuerza necesaria
para continuar la conferencia.

—Has perdido el sentimiento de nuestra
vida íntima, hijo mío—dijo con tono más tran-
quilo.—Ya no comprendes nuestra ternura
por ti ni los deberes que ella nos impone.

—Extraños deberes si consisten en haceros eco de viles calumnias, lanzadas contra aquella cuya única torpeza ha consistido en haberme inspirado una afección profunda.

—No—dijo la señora de Liauran, que se exaltaba á su vez;—no se trata de renovar una discusión que nos ha puesto al uno frente al otro, como si se tratase de un duelo.

En aquel instante la mirada del hijo y la de la madre se cruzaban como dos espadas.

—Se trata de que amas á una criatura indigna de ti, y de que yo, tu madre, he hecho que te lo digan y te lo repito.

—Y yo, vuestro hijo, contesto...—y tuvo en sus labios la palabra «mentis»; pero luego, como asustado de lo que iba á decir, —que os engañáis, madre mía. Os pido perdón por hablaros en este tono—añadió cogiéndola la mano y besándosela:—no soy dueño de mi mismo.

—Escucha, hijo mío—dijo Maria Alicia, por cuyos ojos hizo correr algunas lágrimas:—no puedo entrar contigo en todos esos tristes detalles—y pasó su mano por los cabellos del joven como en los días de su infancia.—Vete á ver á tu primo Jorge. Él te contará todo lo que nos ha contado á nosotras. Porque él ha sido quien, creyendo hacer un bien, ha juzga-

do que debía prevenirnos. Pero acuérdate de lo que tu madre te dice ahora. Creo en la doble vista del corazón. Yo no habría odiado tanto á esa mujer desde que tuve noticia de ella si no debiera haberte sido fatal. Conque, adiós, hijo mío. Abrázame—añadió con acento conmovido.

¿Comprendía la pobre madre que después de aquella escena no serían para ella los besos de su hijo lo que antes habían sido?

Huberto salió precipitadamente de la habitación, subió á un coche y dió al cochero las señas del casino en que esperaba encontrar á Jorge, un pequeño círculo muy aristocrático, situado en la calle del Circo. Pero mientras el cochero, estimulado por la promesa de una buena propina, castigaba á su caballo, el desgraciado joven empezaba á reflexionar sobre el golpe tan completamente inesperado que acababa de herirle.

El carácter de la raza de acción de que procedía, empezó á manifestarse por una toma de posesión de sí mismo. Rechazó desde luego toda idea de invención calumniosa por parte de su madre y de su padrino. Él sabía que aquellos dos seres detestaban á Teresa, y que eran capaces de mucho por separarle de ella; acababa de tener la prueba de ello.

Sí, la señora de Liauran y el Conde podían osarlo todo, excepto mentir. Creían, pues, lo que les habían dicho, y lo creían bajo la palabra de Jorge Liauran, quien se había hecho eco de una de esas mil conversaciones infames de París; pero ¿con qué fin? La inteligencia de Huberto no admitía en aquel momento que hubiese un átomo de verdad en la historia de las relaciones de su querida y de otro hombre.

Ni se detuvo en discutir el hecho en sí mismo; pensó únicamente en el personaje de quien provenía la relación. ¿A qué móvil obedecía aquel primo á quien iba á pedir una explicación? Le veía en su imaginación con su delgado rostro, su barba, sus cabellos cortos y su profunda mirada. Aquella visión suscitó en él un singular sentimiento de disgusto, que era, sin que él lo sospechase, obra de la señora de Sauve. Hasta entonces no le había hablado de ella Jorge á Huberto de modo que pudiera creerse una alusión ó una burla. Pero las mujeres tienen un seguro instinto de desconfianza, y ésta se había dado cuenta, desde los primeros días, de que su amor era enteramente antipático al primo de Huberto. Teresa adivinaba que Jorge veía únicamente un capricho de mujer en lo que ella una religión.

Una mujer perdona mejor las injurias precisas que el tono de desdén con que se habla de ella, y Teresa comprendía que el simple acento de la voz de Jorge al pronunciar su nombre estaba en desacuerdo absoluto con los sentimientos que ella deseaba inspirar á Huberto. Además, y para decirlo todo, ella tenía sus faltas en el pasado, y Jorge podía conocer aquel pasado. Un estremecimiento recorría todo su cuerpo ante aquella sola idea. Por estas diversas razones había empleado su más delicada y secreta diplomacia en separar uno de otro á los dos primos.

Aquel trabajo producía en la actualidad sus frutos, y era lo que en realidad inspiraba á Huberto una invencible desconfianza, mientras que el coche le conducía hacia el círculo de la calle del Circo. ¿De qué medio se valdría — pensaba — para preguntar á Jorge? Yo no puedo decirle: Soy el amante de la señora de Sauve; la has acusado de haberme engañado; pruébamele... La imposibilidad moral de semejante entrevista llegó á ser, en el momento en que el coche se detuvo delante del círculo, una imposibilidad física. Huberto se dijo: Después de todo, es una chiquillada el ocuparme de lo que crea ó no crea Jorge Liauran. Despidió el carruaje, y en vez de en-

trar en el club, se dirigió hacia los Campos Eliseos.

Lo que constituye la esencia maravillosa del amor y su único encanto es que reúne como en un haz y hace vibrar á la vez los tres organismos que existen en nosotros: el pensamiento, el sentimiento y el instinto; el cerebro, el corazón y la carne. Pero esta misma unión es lo que suele producir su más terrible enfermedad.

El enamorado queda indefenso contra la invasión de la imaginación física, y esa debilidad se manifiesta sobre todo al aparecer los celos. De este modo se explica la monstruosa facilidad con que la sospecha surge en el alma del hombre que sabe es más amado, cuando un detalle cualquiera hace formarse ante los ojos de su espíritu un cuadro en el que ve que su amada le engaña. Es indudable que el amante no cree en la verdad de ese cuadro; pero tampoco puede olvidarlo enteramente, y sufre por ello hasta que una prueba cualquiera viene á hacer aquella imagen completamente absurda. Pero como en la formación de ese cuadro entra una gran parte de la vida física, cuanto más material sea la prueba, más completa y perfecta será la curación. Es exactamente lo mismo que ocurre al que

se despierta de una pesadilla cuando la impresión de las sensaciones que le rodean viene á disipar la parte atormentadora que le alucinaba durante su sueño.

Ciertamente que Huberto Liauran no había experimentado nunca, durante el año que hacía que amaba á Teresa de Sauve, la sombra de una duda, ni por un minuto, sobre aquel amor, del cual por una delicadeza excesiva, que podría ser hija de la prudencia, no había hablado nunca á nadie; y aun en aquellos momentos, después de las acusaciones formuladas contra ella por el Conde Scilly y la señora de Liauran, no la creía capaz de una traición.

Sin embargo, aquellas acusaciones tenían una realidad posible, y mientras que se dirigía hacia el Arco del Triunfo, el recuerdo de las frases pronunciadas por su padrino y su madre evocó en él el cuadro de Teresa entregándose á otro hombre. Pero esta idea pasó como un relámpago, y apenas hubo herido á Huberto aquel repugnante cuadro, determinó en él una reacción.

Por un violento esfuerzo rechazó aquella imagen, que se borró durante algunos momentos, para reaparecer después acompañada de todo un cúmulo de ideas probatrices. Huberto

recordó repentinamente que durante el viaje á Trouville, y de un día á otro, algunas cartas de su querida estaban escritas en letra y lenguaje un poco cambiados.

Parecía que se había puesto á escribir con prisa para terminar pronto su dulce trabajo de amor, como el que desea terminar pronto una tarea que le es penosa. Huberto había sufrido por aquel pequeño cambio momentáneo; pero luego se había reprochado como una ingratitud aquella tierna susceptibilidad de su corazón. Si; ¿pero no había sido inmediatamente después de aquel período de las cartas cuando Teresa abandonó á Trouville bajo el pretexto de que el aire del mar no la sentaba bien? Aquella partida había sido decidida en veinticuatro horas. Huberto experimentaba aún el movimiento de gozo inesperado que le produjera aquel súbito regreso. No esperaba ver á su querida en París hasta el mes de Octubre y la había visto en la primera semana de Septiembre.

Aquella alegría de entonces se transformaba retrospectivamente en una vaga inquietud. ¿No había acaso alguna relación entre el desorden evidente de las cartas escritas antes de aquella partida y la abominable acción de que había sido acusada Teresa? Pero en él era

una infamia admitir, ni aun por un instante, semejantes ideas. Movi6 hacia atrás la cabeza, cerró los ojos, plegó su frente y, reuniendo toda su energía de alma, logró una vez más desechar las sospechas.

Se encontraba entonces en la parte más alta de la Avenida. Se sentía tan cansado como si la subida hubiese sido para él un esfuerzo extraordinario. Buscó un café (cosa rarísima en él) donde poder detenerse y reposar un poco. Vió una pequeña taberna inglesa, perdida en aquel rincón del París elegante, para uso de los cocheros y de escritores de última fila. Entró en ella. Dos hombres de rostro colorado, muy robustos y que se adivinaba que debían oler á cuadra, estaban de pie delante del mostrador. A la caída de aquella tarde de otoño, las sombras invadían siniestramente aquel desierto rincón. Enfrente del mostrador había una banqueta desocupada y una larga mesa de madera sobre la que se veía un periódico inglés de esos que contienen muchas hojas.

Huberto se sentó en la banqueta, y una vez instalado, se dejó servir un vaso de vino de Porto, que bebió maquinalmente y que ejerció sobre sus nervios un nuevo efecto de excitación. El horrible cuadro apareció por

tercera vez, acompañado de un número de ideas mayor aún y que se clasificaban por sí mismas en un cuerpo de razonamiento. Teresa había vuelto, pues, á París muy pronto, y había acudido á una de sus citas clandestinas. ¿Por qué había sufrido entre sus mismos brazos tan violento acceso de sollozos? Ciertamente era que la voluptuosidad solía producir la melancolía casi siempre. La embriaguez del amor se convertía en ella, de ordinario, en una ternura triste. ¡Pero qué diferencia tan grande entre su habitual y delirante languidez y aquel frenesí de desesperación! Huberto se había admirado de ello, y Teresa le había dicho: — ¡Hace tanto tiempo que no he gustado tus besos! Son para mí tan dulces que me hacen daño. Pero es un daño tan agradable... — había añadido estrechándole contra su corazón y metiéndole entre sus brazos.

Aquel acceso de desesperación no se disipó, sin embargo, enteramente ni al otro día, ni en las semanas siguientes, que Teresa había pasado en una casa de campo próxima á París, propiedad de una de sus amigas, á quien Huberto conocía.

El joven había ido á verla, encontrándola más silenciosa que nunca, y en algunos momentos casi taciturna.

Había regresado á París en el mismo estado y con el semblante un poco descompuesto; pero el joven atribuyó aquel cambio á una molestia física.

Una súbita y nueva asociación de ideas le hizo pensar en aquel momento:

— ¿Si sería un remordimiento?... ¿Pero qué remordimiento?... ¡Oh, qué horrible infamia!...

Se levantó, salió del café, emprendió de nuevo su marcha y rechazó otra vez aquella terrible hipótesis.

— ¡Qué insensato soy! — pensó. — Si me hubiese engañado sería porque no me amaba; ¿y qué necesidad tenía entonces de mentirme?...

Esta objeción, que le pareció irrefutable, le hizo desechar sus sospechas por algunos minutos.

Luego volvieron á reaparecer como reaparecen siempre.

— ¿Pero quién es ese Conde de La Croix-Firmin? ¿Me ha hablado ella de él alguna vez? — se preguntó.

Hojeando ansiosamente todos sus recuerdos, no pudo encontrar que aquel nombre hubiese sido pronunciado nunca por ella...

— Sí; sin embargo, sí... — percibió de repente, y en un rincón olvidado de su memo-

ria, las sílabas de aquel nombre que tanto odiaba ya.

Ella había visto impresas en un artículo de un periódico que se ocupaba de las fiestas de Trouville. Sí, por cierto; había leído en uno de los periódicos que se venden por el boulevard, y en una serie de artículos, el nombre de su querida.

¿Por qué fatalidad este pequeño detalle, insignificante en sí mismo, venía á atormentarle en aquel momento?

Dudó de su exactitud, y tomó un coche para ir hasta las oficinas del único periódico que acostumbraba á leer. Hojeó la colección y encontró las líneas, de las que se acordaba, sin duda por haberlas leído varias veces á causa de Teresa. Eran el relato de un baile campestre, organizado en casa de una Marquesa de Jussac. ¿Probaba solamente esto que el señor de La Croix-Firmin hubiese sido presentado á la señora de Sauve?

— ¡Ah! — exclamó el pobre joven, á consecuencia de aquellas martirizadoras reflexiones; — ¿si estaré realmente celoso?

Esto representaba para él una idea insostenible, porque nada era más contrario que la desconfianza á la lealtad innata de toda su naturaleza.

Recordó entonces de nuevo la ardiente ternura que su amiga le había prodigado desde el primer día, y como había tomado desde luego la dulce costumbre de abrirle su corazón, se dijo que tenía un medio seguro de alejar para siempre aquella maldita pesadilla.

No era preciso más que ver á Teresa y darle cuenta de todo.

Esto tenía, en primer lugar, la ventaja de prevenirla de una calumnia que debía tratar de cortar en seguida. Creía, además de esto, que una sola palabra pronunciada por la boca de aquella mujer disiparía inmediatamente hasta la sombra de toda inquietud en su pensamiento.

Entró en un despacho de correos y trazó en el papel azul de un despacho telefónico: «*Martes, á las cinco.* El amigo está triste y no puede pasarse sin su amiga. Personas infames le han hablado de ella, causándole mucho mal. ¿Con quién consultarlo todo sino con la querida confidente de todo dolor y de toda felicidad? ¿Podrá acudir mañana adonde sabe á las diez de la mañana? Que pueda, y será más amada aún, si es posible, de su H.L., que significa el bien de esta tarde: Horrible Laxitud.»

Solía escribirla con esa tierna puerilidad,

con esas cariñosas palabras con que la pasión disimula á menudo su natural violencia.

Entregó el despacho al empleado y se admiró al sentirse casi tranquilo. Había empezado á obrar y la presencia de la realidad había hecho desaparecer la visión.

VIII

En el momento en que Teresa de Sauve recibió el despacho de Huberto iba á vestirse para salir y comer en casa de una amiga. Mandó en seguida desenganchar su carruaje y escribió unas letras apresuradamente para disculpar su ausencia, pretextando una jaqueca. La lectura de las sencillas frases que le dirigia Huberto le habian producido un sudor frio, seguido de violento temblor.

Cerró la puerta de su cuarto y se sentó en una silla baja, con la cabeza entre ambas manos, ante el fuego de la chimenea de su alcoba. Desde su regreso de Trouville vivia en una continua angustia, y lo que temia tanto como la muerte habia llegado. Para que su amante, al que dos horas antes habia dejado tan tranquilo y alegre, cayese en el estado de espíritu que ella adivinaba tras la puerilidad graciosa de su billete, era preciso que hubiese

con esas cariñosas palabras con que la pasión disimula á menudo su natural violencia.

Entregó el despacho al empleado y se admiró al sentirse casi tranquilo. Había empezado á obrar y la presencia de la realidad había hecho desaparecer la visión.

VIII

En el momento en que Teresa de Sauve recibió el despacho de Huberto iba á vestirse para salir y comer en casa de una amiga. Mandó en seguida desenganchar su carruaje y escribió unas letras apresuradamente para disculpar su ausencia, pretextando una jaqueca. La lectura de las sencillas frases que le dirigia Huberto le habian producido un sudor frio, seguido de violento temblor.

Cerró la puerta de su cuarto y se sentó en una silla baja, con la cabeza entre ambas manos, ante el fuego de la chimenea de su alcoba. Desde su regreso de Trouville vivia en una continua angustia, y lo que temia tanto como la muerte habia llegado. Para que su amante, al que dos horas antes habia dejado tan tranquilo y alegre, cayese en el estado de espíritu que ella adivinaba tras la puerilidad graciosa de su billete, era preciso que hubiese

sobrevenido una catástrofe. ¿Qué catástrofe? Teresa la presumía con gran exactitud.

No habían engañado á Jorge Liauran. Durante la estancia de la desgraciada mujer en los baños de mar, había ocurrido en su vida uno de esos dramas secretos de infidelidad que se verifican con tanta frecuencia en la vida de las mujeres una vez que se apartan del verdadero camino.

Pero nuestras acciones, por culpables que sean, no dan siempre la medida de nuestra alma. En la naturaleza de la señora de Sauve había cualidades muy altas al lado de debilidades muy bajas, una mezcla singular de corrupción y de nobleza. Podía cometer faltas abominables; pero no podía perdonárselas, como lo hacen la mayor parte de las mujeres de ese género, y en la actualidad menos que nunca, por efecto de lo que había representado en su vida aquella pasión de varios meses por Huberto.

¡Ah, su vida, su vida! Su vida era lo que Teresa de Sauve percibía en las vacilantes llamas de la chimenea durante aquella tarde de otoño, con el corazón torturado por el sufrimiento. Todo el peso de sus antiguos errores, de sus criminales errores, caía en aquel momento sobre su corazón y le hacía

recordar el estado de cruel agonía en que se encontraba cuando conoció á Huberto.

Teresa de Sauve había sido dotada por la naturaleza de las disposiciones que suelen ser más funestas á una mujer en la sociedad moderna, á no ser que se case en condiciones raras, ó que la maternidad la ponga á salvo de sí misma, quebrantando las energías de su vitalidad física y acaparando las energías de su vitalidad moral.

Tenia el corazón romántico y, por otra parte, su temperamento hacia de ella una criatura apasionada, es decir, que alimentaba á la vez extravíos de sentimiento é invencibles apetitos sensuales. Cuando las mujeres de estas condiciones encuentran al principio de su existencia un hombre que satisface las dobles necesidades de su organismo, existe entre ellas y aquel hombre una de esas fiestas misteriosas del amor que los poetas conciben sin experimentarlas nunca. Cuando su destino quiere que se encuentren entregadas, como lo había sido Teresa, á su marido, á un hombre que las trata desde el principio como á mujeres corridas y las inicia de obra y de pensamiento en toda la ciencia del placer, sin tener bastante poesía para satisfacer la otra mitad de su alma, esas mujeres se harán necesariamente

curiosas, capaces de caer en las más extravagantes experiencias, y entonces su esterilidad se convierte en una gran suerte, porque al menos no transmiten esa llama de vida sentimental y sensual que generalmente han heredado de una falta de su madre.

En efecto, de su madre, miserable criatura conducida por el fastidio y el abandono á culpables extravíos, era de quien Teresa había heredado la imaginación soñadora, en tanto que corría por sus venas la sangre ardiente de su verdadero padre, del hermoso Conde de Branciforte. Posteriormente, aquella hija de un libertino y de una loca había sido educada sin principios religiosos, sin freno de ninguna especie, por Adolfo Lussac, hombre altamente inmoral, á quien las vivezas de la pequeña divertían y quien desde muy temprano hizo de ella la comensal constante de muchos banquetes, en los que oía lo que no debía oír y adivinaba lo que debiera ignorar. ¿Quién puede calcular la parte de influencia que se debe atribuir en los deslices de una mujer de veinticinco años á las conversaciones escuchadas ó sorprendidas por la niña vestida de corto?

Teresa, sin embargo, casada muy joven, había llegado hasta el instante de su casual

encuentro con Huberto sin haber tenido más que dos intrigas, y aquellas dos aventuras habían sido causa de tales disgustos para ella, que se había jurado no volver á caer en la locura de tener un amante. Siempre existen buenas resoluciones en una mujer que ha caído y que ha sufrido por su falta, como existen buenos propósitos en un jugador que ha perdido 10.000 duros y en un borracho que sabe que ha contado sus secretos durante su embriaguez. Pero las hondas causas que generalmente han producido el primer adulterio continúan subsistiendo después que esa falta ha derramado cruelmente sobre la culpable todas las amarguras.

La mujer que tiene un amante, ama menos á aquel amante que al amor, y continúa amando al amor cuando ve que el amante elegido la ha engañado, hasta que llega, de desilusión en desilusión, á amar el placer sin amor, y algunas veces el placer más degradante. Teresa de Sauve no debía descender nunca hasta ese punto, porque el sentimiento de lo ideal persistía en ella, demasiado débil para contrabalancear las fiebres de los sentidos, pero bastante fuerte para iluminar á sus propios ojos el abismo de sus flaquezas. Aquella taciturna, que experimentaba en algunos

instantes los estremecimientos de un deseo casi brutal, no era una discípula de Epicuro, ni una alegre y ligera cortesana del gran mundo.

Concebida entre los remordimientos de su madre, Teresa tenía el alma trágica. Era capaz de la depravación, pero incapaz de ese olvido divertido que arranca de la memoria la hora fugitiva y no encuentra sino con gran esfuerzo el nombre del primer amante entre los de tantos otros. No; aquel primer amante, aquel Federico Luzel, de quien sospechaba con justicia Jorge Liauran, nunca se apartaba de su pensamiento, ni podía pensar en él sin un disgusto íntimo al acordarse de los tristes motivos que le habían hecho dueño de ella. Era un hombre alegre hasta la bufonería y gracioso hasta el cinismo, con esa gracia especial de los parisienses de la Ópera, Tortoni y el café Inglés. Al hacer la corte á Teresa, había tenido el buen acierto de no perderse, como los numerosos rivales que por entonces le hacían competencia cerca de ella, conjunto de perros de presa dispuestos á olfatear una víctima en las diabluras de los galanteos á la moda.

Ella había propuesto sin rodeos, con gran destreza en la conversación y cierta profun-

didad en el vicio, formar con él una especie de asociación para el placer, secreta, segura y sin compromiso, y la infortunada había aceptado. ¿Por qué? Porque se aburría mortalmente, porque robaba á Luzel, á una amiga suya, porque estaba ávida de sensaciones nuevas y porque aquel personaje de conversación lasciva ceñía una aureola de extraño prestigio de libertinaje.

De aquella unión, en la cual Federico había sido el menos fiel á su palabra, no tratando de prolongarla, Teresa había experimentado pronto una vergüenza profunda y había salido de ella como si saliese de un presidio.

Después de un año, dedicado á sufrir sus remordimientos y á sentirse manchada por todo lo que la intimidad de aquel hombre le había revelado de ciencia del mal, creyó encontrar con qué satisfacer sus necesidades de corazón en la persona de Alfredo Fanieres, uno de los más sutiles novelistas de aquella época.

¿Acaso todos los libros de aquel ingenio, desde su primero y único volumen de poesías hasta su última colección de cuentos, no revelaban el estudio más minucioso y más tierno de las dulzuras del espíritu femenino?

En aquella segunda unión, comenzada en la más embriagadora de las esperanzas, la de consolar las decepciones de un artista admirado, Teresa se sorprendió del fondo de implacable sequedad del literato gastado, en el que era completo el divorcio entre los sentimientos y la expresión escrita. Ella se obstinó, sin embargo, en continuar siendo la querida de aquel hombre, aunque desengañada, por esa razón tan frecuente que quiere que de todos los amores de las mujeres, el segundo sea el más duradero. Quieren por lo general admitir que el primero fué un error; pero el error del matrimonio y el error de aquel primer amor son dos errores; á la tercera falta comprenden que la causa de su mala conducta está en ellas y no en las circunstancias de su vida, y esto constituye una confesión cruel para su orgullo íntimo. Posteriormente, el egoísmo del escritor se había revelado con tal dureza, al creerse ya seguro de ella, que el golpe fué demasiado fuerte y Teresa no pudo resistirlo.

En el período de mortal angustia posterior á aquella ruptura fué cuando encontró á Huberto Liauran. Veía entonces claramente lo que había sido para ella el descubrimiento de aquel corazón joven, sentada al lado del so-

litario fuego, cerca del cual se obstinaba en velar. En aquella existencia, en que todo habían sido heridas ó manchas, ¿no habían sido deshonrados por adelantado hasta sus más vivos dolores por su causa? ¡Con qué arrebatada emoción había medido la pureza de aquel corazón tan joven! ¡Qué inquietud había experimentado y qué temor de desagradarle! ¡Qué horror, después de saber que le había agradado, al pensar que podía borrarse de su imaginación! ¡Cuántas angustias al reflexionar que uno de esos crueles indiscretos que se agitan en la sociedad pudiese revelar su pasado á Huberto! ¡Cómo había empleado todo su arte de mujer para hacer de aquel amor un adorable poema en que no faltase nada de lo que puede encadenar á un alma inocente y pura! ¡Cómo había gozado con sus respetos y cómo dejado que se prolongasen! ¡Ah! Cuando en la actualidad pensaba en aquellos dos días de Folkestone, apenas creía que hubiesen existido y que ella hubiera podido sobrevivir á ellos. Se acordaba de haber acompañado á Huberto á la estación, á despecho de todas las prudencias; le había visto partir para Londres, asomado á la ventanilla del vagón para contemplarla más tiempo; ella había vuelto á la habitación que

habían ocupado juntos antes de tomar á su vez el tren de Douvres, y habia pasado allí dos horas en el mortal abandono de un alma colmada á la vez de desesperación y de felicidad.

Bajo el peso de los recuerdos, aquel alma se doblegaba como una flor cargada de mucho rocío. Es que allí habia encontrado la completa satisfacción de sus dos naturalezas, la vibración casi loca de todo su sér. Se habia perdonado casi á medias su pasado, excusándose ella misma con la frase que mentalmente decía á Huberto y que tantas mujeres dicen en voz alta á hombres celosos de un pasado que ha pertenecido á otros: ¡Entonces no te conocía!

Cuando volvió á París, durante la primavera y el verano habia procurado vivir de tal modo que no desmereciese de él ni un solo minuto, y habia encontrado de nuevo todo el pudor propio del amor completo, pero ennoblecido por el alma.

Temia siempre que sus caricias fuesen una causa de corrupción para aquel sér tan joven de corazón como de cuerpo, á quien queria embriagar sin profanarle.

Aunque estaba perdidamente enamorada, quiso que las citas en la casa de la calle de

Friedland fuesen raras, porque temia no conservar mucho tiempo á los ojos de Huberto encanto de divina novedad. No habían sido muy numerosas, hubiera podido contarlas y gustar con el pensamiento la distinta dulzura de cada una, las tardes en que habia encontrado de nuevo las delicias de las horas de Folkestone, con las ventanas cerradas, sin luz, sepultada entre los brazos de su amante y realmente muerta para todo lo que no fueran aquellos momentos y aquella embriaguez.

Habia llegado á tal punto de idolatría por Huberto, que adoraba á la señora de Liauran, aunque sabia perfectamente que era odiada por ella. La adoraba por haber educado á su hijo en aquella atmósfera de sensibilidad temblorosa y pura. La adoraba por haberle conservado á través de los años de la adolescencia y de la juventud tan delicado, tan tierno y tan de ella, tan únicamente de ella en el pasado, en el presente y en el porvenir. Porque ella tenia el orgullo, casi la locura de su propio amor.

Teresa le decía: «Tu vida comienza, la mía acaba. Sí, querido; á los veintiséis años una mujer está casi al fin de su juventud, y tú ¡tienes tantos años por delante! Pero nunca, nunca te amarán como yo te amo y nunca

me olvidarás, nunca, nunca...» Y otras veces: «Te casarás—decía;—vive, respira, y sin embargo, no conozco á la que te arrebatará de mis brazos, á la que dormirá sobre tu corazón todas las noches, como yo en Folkestone. ¡Ah! Preciso ha sido para ello que te haya encontrado tan tarde y que no pueda unirme á mis besos...» Y le rodeaba el cuello con las deshechas trenzas de sus largos cabellos negros.

Desde que le pertenecía había vuelto á tomar la costumbre de peinarse en la misma forma que lo hacía cuando era niña y por sí misma, á fin de que él pudiera manejar aquellos hermosos cabellos. Luego, cuando después de una de sus citas amorosas se había vuelto á peinar y á vestir, volvía á su lado, porque quería darle el beso de despedida en el mismo cuarto en que se habían amado, y no había sensación más fuerte para Huberto, según lo comprendía ella por los latidos de su corazón, que aquel beso de despedida que ella le daba con los labios casi fríos. Teresa solía salir de allí poseída de una tristeza especial; pero al menos daba cuenta de esta tristeza á su amante, ya que no pudiera contarle todas sus tristezas. Estaba casada, y por más que hubiese tenido siempre sus habitaciones inde-

pendientes de las de su marido, preciso la era recibir á éste en ellas alguna vez. ¡Ah! tanto más preciso era, cuanto que tenía un amante. Siniestra expiación de su gran amor, del que se justificaba diciéndose que sufría con gusto aquella expiación por el amor de Huberto. Puesto que no llegaba á ser madre, ¿por qué no huir con él y disfrutar su amor toda la vida? Y la implacable necesidad de martirizadoras mentiras y de viles particiones de amor atormentaban su plena felicidad. Se absolvía de ellas, sin embargo, diciéndose que era por él, por su querido amante, por quien mentía.

Si; ¿pero qué monstruoso enigma se presentaba súbitamente ante ella? ¡Oh, cruel, cruel enigma! ¿Cómo con aquel amor divino en su corazón había podido hacer lo que había hecho? Porque había sido ella, sí, y no otra, ella, con sus pies, que sentía helados, con sus manos, que sujetaban su frente en la que ardía la fiebre; ella con todo su sér físico, en fin, la que había partido para Trouville á últimos de Julio; ella, Teresa de Sauve, la que se había instalado allí para pasar la estación veraniega en un precioso hotel situado en una altura.

Si, había sido ella... ¡Pero no! No era po-

sible que la querida de Huberto hubiese hecho aquéllo... ¿Qué era aquéllo? ¡Oh, cruel, cruel enigma!... ¿De qué profundidades de la memoria de sus sentidos habían salido aquellos extraños pasajes, aquellas sordas tentaciones de lujuria que habían empezado á asaltarla? ¿Pero los sentidos tienen también realmente su memoria? ¿Acaso las fiebres de la culpa no quieren abandonar nunca la sangre que han abrasado en el fuego de su incontinencia durante horas desgraciadas? Una vez establecida en su casa, encontró de nuevo á sus amigas de antes, cuyo trato había descuidado mucho desde el principio de sus relaciones con Huberto. Hizo con sus amigas y sus adoradores, sus *fanegmen* — como decía una lady que frecuentaba aquel círculo, — varias jiras campestres, muy alegres y muy inocentes, pero poco á poco, de día en día, iban asaltando de nuevo su espíritu ideas, no de amar menos á Huberto, pero sí de vivir un poco separada de aquel amor y complacerse de nuevo en las costumbres de familiaridades masculinas de las que estaba privada desde hacía un año. Se encontraba tan completamente ociosa en su casa, que ni aun de leer se ocupaba.

Nunca la habían gustado los libros, y sus relaciones con Alfredo Fanieres la habían

desengañado para siempre de la mentira de las bellas frases. Cuando había escrito á Huberto largamente y después algunas líneas á su marido, que iba á verla todas las semanas, necesitaba distraer el fastidio, y en algunos momentos se la ocurrían ideas que ni á sí misma se atrevía á confesarse.

Sentía una necesidad de sensaciones, unos deseos que ella misma no podía explicarse.

Sabía, por haberlo oído decir, que casi todos los hombres, por delicados que sean, no permanecen mucho tiempo lejos de su querida, por mucho que la quieran, sin experimentar tentaciones irresistibles de engañarla con la primera mujer que se presenta; pero reflexionaba que esto puede ser verdad en lo que se refiere á los hombres, pero no en lo que se refiere á las mujeres. ¿Por qué, pues, se encontraba presa de aquellos inexplicables trastornos, de aquel ardor íntimo, de aquella sed de embriaguez sensual, de la que se creía para siempre curada por la influencia de su noble, de su ideal amor? La criatura depravada que había sido antes, se despertaba en ella poco á poco.

Por la noche, durante su sueño, se encontraba atormentada por las visiones de su pasado.

En vano había luchado y en vano había maldecido su secreta perversión. Luego había permitido que la galantease el joven Conde de La Croix-Firmin. Recordaba con horror la especie de fascinación nerviosa que la presencia de aquel hombre, su sonrisa y sus ojos habían ejercido sobre ella.

Después — hubiera deseado morir ante aquel recuerdo, — una tarde que La Croix-Firmin había subido á su casa, una tarde en que hacía uno de esos calores tórridos, durante los cuales la voluntad está como enervada, él estuvo audaz, y ella se entregó á él, primero con cobardía y frialdad, luego rabiosa y ardentemente.

Durante tres días fué su querida presa del extravío de la pasión física, desechando siempre el recuerdo de Huberto, sintiéndose caer en una sima de infamia y precipitándose más y más cada vez hasta el día en que despertó de aquel furor sensual como de un sueño. Entonces había abierto los ojos, había meditado la intensidad de su falta, había sentido la vergüenza de la misma, y mustia, herida, agonizante, había huido de aquel maldito paraje y de aquel execrado cómplice, para volver, ¿á dónde y á quién?

¡Melancólica y triste regresó hacia el que

había sido la reparación de su vida entera y al que había herido para siempre! Había entrado en la habitación de los dulces momentos y había encontrado á Huberto; pero ¿podía llamarle aún de este modo, más tierno, más amante que nunca? Su imperdonable engaño, ¿la haría para siempre impotente para gustar de aquello de que ya no era digna? En los brazos del joven y sobre su corazón se había acordado del otro, y el éxtasis de otras veces, el delicioso é inefable desfallecimiento, fruto del demasiado sentir, la había faltado. Por eso Huberto la había visto sollozar desesperadamente, en tanto que la invadía una inmensa tristeza, un entorpecimiento de muerte, mezclado con la atroz inquietud de que una indiscreción cualquiera llegase hasta su amante y despertase sus sospechas.

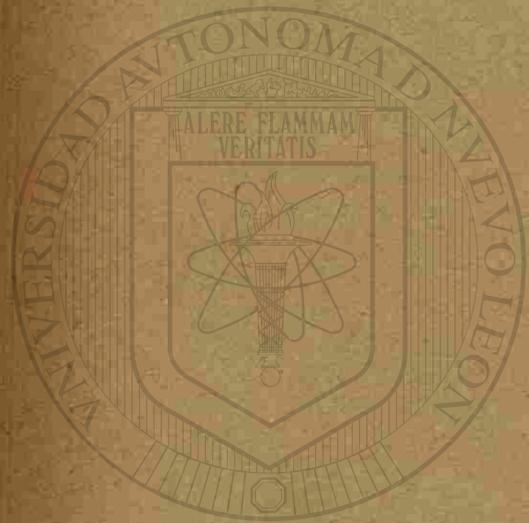
De su reputación no se cuidaba para nada; sabía perfectamente que después de haberse conducido como lo había hecho con La Croix-Firmin, no podía contar más que con su desprecio y su odio. Sabía también lo que puede fiarse en el honor de los hombres, cuya profesión consiste en realizar conquistas de mujeres. No la atormentaba, sin embargo, la idea de que al hablar de ello comprometiesen su seguridad personal.

Después de todo, sin hijos y poseedora de una fortuna independiente, ¿qué podía temer de su marido? Pero la parecía que no podría soportar una mirada de desconfianza en los ojos de Huberto.

¿No sería acaso mejor confesarle la espantosa verdad? La rechazaría como á una miserable; pero todo la parecía preferible al suplício de tener aquel remordimiento en el corazón y de mentir sin cesar á aquel noble joven. Se había dedicado á amarle con un frenesí desesperado, y como la reacción contra la parte baja de su naturaleza la precipitaba en el exceso en opuesto sentido, es decir, en el romántico, la invadía un insensato deseo de contárselo todo, á fin de que la humillación voluntaria de su confesión fuese al menos como un castigo de su infamia. Aunque el silencio era una mentira, había conseguido sentirse capaz de sostener aquella mentira; pero sufría demasiado para tener la vergonzosa energía de negar si alguna vez la interrogaba. Y aquella interrogación iba á afrontarla; la leía entre las líneas de aquel despacho. ¡Ah! ¿qué haría si él había adivinado la verdad? Había bebido de la hiel de la vergüenza todo lo que podía soportar. ¿Tendría valor para beber aún aquella gota, la más amarga,

y hacer traición una vez más á su único amor con un nuevo engaño? Al menos, si era franca, preciso sería que Huberto le agradeciese aquella franqueza; y si no lo era, ¿cómo podría soportarse á sí misma? Sí, pero hablar era la muerte de su dicha. ¡Ah! ¿no había ya muerto ésta desde que había regresado de Trouville? ¿Volvería á sentir nunca lo que antes había sentido?

¿A qué disputar á la suerte aquellos restos mutilados, mancillados, de un divino sueño?... Toda aquella noche estuvo bajo la agónica pasión de aquellos pensamientos. ¡Pobre criatura, nacida para todas las noblezas del amor único y fiel, que había entrevisto realizando su sueño y que se vela desposeída de él por culpa de un sentimiento oculto en ella, pero que, sin embargo, no era ella toda entera, no era parte constitutiva de su esencia!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IX

En el coche que la conducía hacia la calle Friedland, al día siguiente de aquella noche de agonía, Teresa de Sauve no tomó ninguna de las precauciones que tomaba de ordinario, como cambiar de coche en el camino, echar sobre su rostro un velo espeso y mirar al volver las calles por el ventanillo de detrás, observando si alguna persona sospechosa la acompañaba en su paseo clandestino. Todo aquel temeroso misterio del amor prohibido la agradaba, en otras ocasiones, extraordinariamente, por Huberto. ¿Asegurar el misterio de su intriga no era asegurar su duración? ¡No se trataba de eso en la actualidad!

Tenía en su mano libre del guante una llavecita que colgaba de un brazalete—precioso recuerdo de ternura que su amante había hecho arreglar para ella.—Aquella llave, que no se separaba nunca de su muñeca, servía para abrir la puerta del piso bajo, graciosa-

mente elegido por Manuel Deroy, asilo adorado de algunos días en que realmente había vivido, oasis de felicidad al que la desgraciada iba en aquel momento como se va á un cementerio. Aquel día anunciaba tormenta, porque la atmósfera de aquella mañana de otoño estaba cargada de una especie de pesadez eléctrica, cuya influencia exasperaba los delicados nervios de aquella sensible mujer.

No dijo á su cochero, como lo hacía otras veces, que entrase con el coche en el portal, porque la casa tenía dos salidas, y la puerta cochera abierta le permitía llegar en el carruaje hasta la misma puerta de la habitación, sin ser vista del portero, cuya discreción estaba además garantida por el provecho que le reportaba la unión de los dos amantes. Todo el camino había llevado los ojos fijos en los menores detalles de las calles sucesivamente atravesadas; las conocía perfectamente, y se sabía de memoria desde las muestras de las tiendas hasta el aspecto de las casas, porque aquellas imágenes estaban asociadas á los más agradables recuerdos de su demasiado corta dicha. A todas les daba con el pensamiento el mismo adiós fúnebre que á su felicidad.

La desgraciada, presa de las alucinaciones del terror, no distinguía ya lo posible de lo real, no dudaba ya de que Huberto lo supiese todo. Leía el billete recibido la víspera, cuyas palabras la demostraban á ella, que conocía tan bien el carácter del joven, una profunda angustia. ¿De qué había de proceder aquella angustia sino de un acontecimiento relativo á su amor? ¿Y de qué acontecimiento sino de una revelación sobre el horrible desengaño, sobre la infame traición cometida por ella misma? ¡Ah, si hubiese en cualquier parte un agua lustral para lavarse la sangre, y con ella el recuerdo de todos los malos actos cometidos! Pero no; esa sangre cargada de nuestros más vergonzosos pecados continúa siempre corriendo por nuestras venas. No hay interrupción entre el latido de nuestro pulso en el momento del remordimiento y su latido en el instante de la falta. Teresa sentía posarse de nuevo en su rostro los besos del hombre con quien había engañado á Huberto, y recordaba al mismo tiempo con creciente angustia que había devuelto aquellos besos.

—¡Ah! si me pregunta, ¿cómo tener valor para mentirle? Y por otra parte, ¿qué había de adelantar con éso?...

Esta frase, á la que la conducían desde la víspera todas sus meditaciones, se la repetía en el instante en que se encontraba ante la puerta, detrás de la cual iba sin duda á producirse una de las escenas más trágicas del drama de su vida. Le costó trabajo introducir la llavecita de oro en la cerradura: ¡tanto temblaban sus dedos! ¡Aquella llave entregada para manejar tan distintos sentimientos! Sabía hasta la evidencia que al ruido producido por la llave, Huberto estaría allí, detrás de aquella puerta, esperándola.

Allí estaba, en efecto, y la recibió en sus brazos. El joven sintió sus labios fríos. La contempló, como lo hacía siempre después de haberla estrechado entre sus brazos. Hubiérase dicho que quería persuadirse de la verdad de su presencia. Aquel primer beso producía siempre en Teresa un espasmo en el corazón, y era preciso todo el temor que experimentaba de disgustar á su amante para que se separase de sus brazos. Aun en aquel momento, y á pesar de los tormentos de la pasada noche, se estremeció hasta el fondo de su ser, y como un deseo loco se apoderó de ella de embriagar á Huberto en un infinito de caricias que hiciesen olvidar á ambos, á él lo que tenía que preguntar y á ella lo que debía respon-

der. Pero aquello no fué más que un relámpago, que se desvaneció en el momento en que escuchó la voz del joven, que la preguntaba con ansiedad:

—¿Estás mala?

Al verla tan pálida, el tierno amante se reprochaba haberla hecho ir aquella mañana, y ante aquel evidente sufrimiento, olvidaba el motivo de la cita. Por otra parte, su confianza en el desenlace de la entrevista era tal, que no había vuelto á sentir sospechas desde la víspera.

—¿Estás mala?—repitió arrastrándola á la otra pieza y haciéndola sentar en un diván.

Como Manuel Deroy había sido agregado á la Embajada de Constantinopla antes de ir á Londres, su casa estaba guarnecida de telas de Oriente, y aquel diván, forrado de terciopelo y colocado precisamente enfrente de la puerta de un pequeño jardín, era particularmente estimado de Huberto y de Teresa. Cuando habían hablado, entre aquellos cojines en que reposaban unidas sus cabezas, en esos minutos de intimidad que siguen á la embriaguez del amor, intimidad que él al menos prefería á aquella embriaguez, había amado á Teresa hasta el punto de sacrificárselo todo; pero no por eso había dejado de ser católico

en el fondo de su conciencia, y un oscuro remordimiento mezclaba secreta amargura con los encantos que le producían los besos de su amada.

Pensaba en su propia falta y en el pecado que hacía cometer á Teresa, pues en la candidez de su corazón, creía haberla seducido. Teresa se dejó caer más bien que se sentó en aquel profundo diván, y él comenzó á despojarla del velo, el sombrero y el abrigo. Ella le dejaba hacer esta operación, sonriéndole con infinita ternura. ¡Al salir de sus horas de atormentador insomnio, había para ella algo de amargo y de penetrante á la vez en el cariñoso mimo del joven! Le veía tan afectuoso, tan delicadamente íntimo, tan semejante á él mismo, que llegó á imaginarse que, sin duda, se había engañado al interpretar el sentido del billete. Entonces, contestando á la pregunta sobre su salud y á fin de salir pronto de la incertidumbre, le dijo:

—No, no estoy mala; pero el lenguaje de tu despacho era tan raro, que me puso nerviosa.

—¿Mi despacho?—replicó Huberto apretando, para calentárselas, las frías manos de su amada.—¡Ah! Pues no valía la pena... Mira, ahora ya ni siquiera me atrevo á confesarte por qué te lo dirigí.

—Confésalo—dijo ella con insistencia angustiosa, porque el embarazo de Huberto acababa de producirla de nuevo la inquietud que tanto la había hecho sufrir.

—¡Es uno tan raro!—prosiguió el joven moviendo la cabeza.—Hay momentos en que uno duda, á pesar suyo, hasta de lo que más confianza le merece... Pero para que haga mi confesión es preciso que me perdones por adelantado.

—¡Perdonarte!—dijo ella.—¡Ángel mío! ¡Ah, te amo demasiado!... ¡Perdonarte!—repetió; y aquellas sílabas que oía pronunciar á sus propios labios resonaban en su conciencia de un modo casi intolerable. ¡Cuánto hubiera deseado, en efecto, tener que perdonar, en vez de necesitar ser perdonada!—Pero ¿qué es lo que he de perdonarte?—preguntó en voz más baja, que revelaba el principio de la turbación interior que la invadía.

—El haberme dejado alucinar un momento por una infame calumnia, que personas que odian nuestro amor me han contado sobre tu vida en Trouville... ¿Pero qué tienes?

Aquella frase, y más aún el tono de voz con que fué pronunciada, penetró en el corazón de Teresa como un puñal.

Quizás si Huberto la hubiese acogido desde

su llegada con frases de sospecha, como las que saben inventar los hombres, en las que cada palabra supone una ausencia de fe que se adelanta á las pruebas, hubiera encontrado en su orgullo de mujer la energía suficiente para afrontar la duda y para negar. Pero había en la actitud del joven, desde el principio de aquella explicación, esa especie de confianza tierna y cándida que impone la sinceridad en toda alma en que aún queda un poco de nobleza; y á pesar de sus debilidades, Teresa no había nacido para afrontar los compromisos del adulterio y menos para las complicaciones de la traición. Era de esas criaturas capaces de grandes movimientos de conciencia, de súbitos reflejos de generosidad que, cuando han descendido á cierto grado, dicen: «Basta de humillación», y prefieren perderse del todo á rebajarse aún más.

Los remordimientos de las últimas semanas la habían conducido, por otra parte, á ese estado de sensibilidad que impulsa á los actos más irracionales, con tal que esos actos acaban de una vez el sufrimiento. Además, la enervación de la noche de insomnio, aumentada por el malestar del día tempestuoso, hacían que la fuera tan imposible disimular sus emociones como lo es á un soldado lleno de

pánico disimular su miedo. En aquel momento su rostro manifestaba su turbación por efecto de lo que acababa de escuchar y por el temor de lo que su inconsciente verdugo iba á decir. Hubo un momento de silencio más que penoso para los dos. El joven, sentado en el diván al lado de su querida, la contemplaba y se estremecía al verla con los ojos bajos, la boca entreabierta y el rostro cadavérico.

Aquel exceso de turbación tenía algo de tan sorprendente significativo, que todas las sospechas rechazadas la víspera se despertaban á la vez en el pensamiento del joven. Vió de repente ante él, en el resplandor de una de esas intuiciones instantáneas que nos iluminan á veces todo el cerebro, en las horas de suprema emoción, verdaderos é inconcebibles abismos.

—¡Teresa!—gritó espantado de su propia visión y del súbito horror que le invadía.—No, eso no es cierto, eso no es posible...

—¿El qué? Hablad, yo os contestaré.

El paso del tierno «tú» de su intimidad á aquel «vos» que su vencido acento hacía tan humilde, acabó de enloquecer á Huberto.

—¡Pero no!—continuó levantándose y poniéndose á andar á través de la habitación con paso brusco, cuyo ruido despedazaba el

corazón de la pobre mujer.—Ni aun puedo formular la acusación... no puedo... — ¡Pues bien! ¡Sí! — dijo deteniéndose delante de ella.— Me han dicho que habías sido en Trouville la querida de un Conde de La Croix-Firmin, que tu conducta era el tema de conversación de aquel lugar, que algunos jóvenes te habían visto en su casa abrazándole y que él mismo se alababa de haber sido tu amante... He ahí lo que me han contado, y con tal insistencia que he sufrido un momento de arrebató al escuchar tal calumnia y he experimentado la necesidad de verte, de oírte afirmar que no era cierto. Tu negativa bastará para que no vuelva á pensar en ello jamás... Dime, amor mío, que me perdonas por haber dudado de ti; dime que me amas, que siempre me has amado y que eso no es más que una odiosa mentira.

El joven se arrojó á sus pies al pronunciar estas palabras; la cogió las manos, los brazos y la cintura; se colgaba de ella como, en el momento de ahogarse, se hubiera agarrado al cuerpo del que se hubiese echado al agua para salvarle.

—Que os amo es verdad—le contestó ella con voz apenas inteligible.

—¿Y todo lo demás es mentira?—suplicó el enamorado.

¡Ah, por una palabra de aquella boca hubiera dado entonces la vida! Pero los labios de su amada permanecían mudos, y por las pálidas mejillas de aquella mujer corrían lentas y silenciosas lágrimas, sin un sollozo, sin un suspiro, como si fuese su alma la que lloraba así. Aquel silencio y aquellas lágrimas en tal instante, ¿no eran la más clara, la más cruel de todas las respuestas?

—¿Luego es verdad?—interrogó el joven. Y como ella continuara callando,

—Pero contesta, contesta, contesta—añadió con espantosa violencia, que arrancó de aquella boca, por cuyos bordes continuaban corriendo lentas lágrimas, un sí tan débil que apenas llegó á oírle. ¡Y, sin embargo, debía oírle siempre!

El joven se levantó de un salto y miró en derredor suyo con extravío. En las paredes había colgadas algunas armas.

Una violenta tentación de clavar á aquella mujer una de las aceradas hojas que allí brillaban se apoderó de aquel hijo de soldado. Afortunadamente, logró dominarla. Contempló de nuevo aquel rostro, en el que corrían las mismas lágrimas. Lanzó ese ¡ah! de agonía, especie de grito de fiera herida de muerte que arranca un espectáculo de horror, y como

si hubiese tenido miedo de todo, de aquel espectáculo, de aquellas paredes, de aquella mujer, de sí mismo, huyó de la casa con la cabeza descubierta y el alma perturbada. Tuvo el suficiente valor para comprender que si tardaba cinco minutos más se hubiera convertido en un asesino.

Huyó de allí. ¿A dónde? ¿Cómo? ¿Por qué camino? Nunca llegó á saber con certeza lo que había hecho durante aquel día. Recordó al día siguiente, y no porque tuvo la prueba palpable de ello, que en cierto momento se había visto en el cristal de un escaparate con el rostro descompuesto y los cabellos en desorden, y que había tenido que entrar en una tienda para comprar un sombrero. Después había atravesado numerosas calles de París. Las casas sucedían á las casas indefinidamente. Luego se había encontrado en medio del campo. Había estallado una tormenta, y había tenido que abrigarse bajo un puente del camino de hierro.

¿Cuánto tiempo había permanecido de aquel modo? La lluvia era torrencial. Había estado apoyado contra una de las paredes del puente. De cuando en cuando pasaban los trenes, haciendo conmoverse á todo el puente. Había pasado la lluvia y había emprendido

de nuevo su marcha, metiéndose en los charcos, sin comer desde por la mañana y sin acordarse de esta necesidad. El movimiento automático de su cuerpo le era necesario para no caer en la locura, y andaba instintivamente. La monstruosa traición que acababa de vislumbrar á través del sobrecojimiento de un sorprendente espanto estaba allí ante sus ojos, la veía, sabía positivamente que era cierta y no la comprendía.

Estaba como un hombre abrumado por las crueldades del destino. Experimentaba una sensación tan insoportable que ya no era dolor, porque sobrepujaba, destruyéndolas, á todas las fuerzas de su sér. Por fin llegó la noche y se encontró en camino de su casa, conducido por la impulsión maquinal que lleva al animal herido y sangrando hacia su guarida. A las diez próximamente llamó á la puerta del hotel de la calle de Vaneau.

—¿No os ha ocurrido nada, señor?— preguntó el portero; —las señoras están muy tranquilas...

—Dilas que he vuelto— dijo el joven; —pero que sufro y deseo estar solo, absolutamente solo; ¿lo entiendes, Fermin?

El tono con que aquella frase fué pronunciada cortó toda pregunta en la boca del viejo

servidor. Siguió á Huberto como admirado del furor que acababa de sorprender en los ojos de su joven amo y del desorden de su traje. Le vió atravesar el vestibulo y entrar en el pabellón, y subió á su vez hasta el salón para transmitir por sí mismo á las señoras la orden que Huberto acababa de darle. La madre había esperado al hijo para el almuerzo. Huberto no había parecido. Aunque no solía faltar nunca sin prevenirlo, se esforzó por parecer tranquila. La tarde pasó sin tener noticias; luego llegó la hora de comer, y tampoco las hubo.

—Mamá—dijo la señora de Liauran á la señora de Castel,—debe haber ocurrido una desgracia. ¿Quién sabe dónde puede haberle llevado la desesperación?

—Le habrán entretenido los amigos—contestó la anciana señora, disimulando su propia inquietud para no aumentar la de su hija.

Cuando á las diez se abrió la puerta, la señora de Liauran, con su habitual delicadeza de oído, la oyó abrir desde el salón y dijo á su madre y al Conde Scilly, prevenido de lo que pasaba desde qué habían comido:

—Es Huberto.

Cuando Fermín transmitió las frases del joven,

—Es preciso que yo le hable—exclamó la enferma.

Y se incorporó en su asiento, sin acordarse de que no podía andar.

—El Conde irá á verle y le hará venir—dijo la señora de Castel.

Al cabo de diez minutos volvió Scilly, pero solo. Había llamado á la puerta del cuarto de su ahijado y aun había intentado abrirla, pero estaba cerrada á piedra y lodo. Llamó á Huberto varias veces, hasta que el joven había suplicado que le dejase.

—¿Y ni una palabra para nosotras?—preguntó la señora de Liauran.

—Ni una palabra—contestó el General.

—¿Qué hemos adelantado entonces?—dijo la pobre madre.—¿De qué me habrá servido separarle de esa mujer si he perdido su corazón?

—Mañana—prosiguió Scilly—le veréis dirigirse á vos más cariñoso que nunca. Este primer momento no debe aterrorizaros. Ha buscado pruebas de lo que hemos dicho, y las habrá encontrado; esa es la explicación de su ausencia y de su conducta.

—¡Y no ha venido á sufrir á mi lado, á compartir conmigo su pena!—replicó la pobre madre.—¡Dios mío! ¿Será acaso que creyendo

amarle por él, no le habré amado más que por mí? ¿Queréis llamar, General, para que me conduzcan á mi cuarto?

Y cuando en la misma butaca fué trasladada á la otra pieza y recostada en su cama,

—Mamá—dijo á la señora de Castel,—separa las cortinas para que vea sus ventanas.

Luego, y como Huberto no había cerrado las maderas de su cuarto, veía pasar y reparar su sombra.

—¡Ah, mamá!—exclamó,—¿por qué crecerán los niños? Antes no hubiese tenido una pena sin venir á lloverla á mis brazos, como yo lo hago contigo, y ahora...

—Ahora no es más razonable que su madre—dijo la anciana señora, que no había hablado casi nada en toda la tarde, y que, dando un beso en los cabellos de su hija, la hizo callar, pronunciando esta frase, en la que se revelaba su propio martirio:—Yo sufro por los dos.

X

Cuando por la mañana la señora de Liauran pidió noticias de su hijo, éste contestó que bajaría á la hora del almuerzo.

En efecto, á las doce se presentó en el comedor. La madre y el hijo no cambiaron más que una mirada, y en seguida comprendió ella la extensión del sufrimiento que el joven había experimentado sólo por la especie de estremecimiento de que fué presa al volverle á ver.

Estaba asociada, como ocasión, si no como causa, á aquel sufrimiento, y él no había de olvidarlo nunca.

Sus ojos tenían un no sé qué de tan particularmente distante, su boca un pliegue de labios tan cerrado y todo su rostro manifestaba tan claramente su firme voluntad de no admitir ninguna explicación, que ni la señora de Liauran ni la señora de Castel se atrevieron á preguntarle nada.

amarle por él, no le habré amado más que por mí? ¿Queréis llamar, General, para que me conduzcan á mi cuarto?

Y cuando en la misma butaca fué trasladada á la otra pieza y recostada en su cama,

—Mamá—dijo á la señora de Castel,—separa las cortinas para que vea sus ventanas.

Luego, y como Huberto no había cerrado las maderas de su cuarto, veía pasar y reparar su sombra.

—¡Ah, mamá!—exclamó,—¿por qué crecerán los niños? Antes no hubiese tenido una pena sin venir á lloverla á mis brazos, como yo lo hago contigo, y ahora...

—Ahora no es más razonable que su madre—dijo la anciana señora, que no había hablado casi nada en toda la tarde, y que, dando un beso en los cabellos de su hija, la hizo callar, pronunciando esta frase, en la que se revelaba su propio martirio:—Yo sufro por los dos.

X

Cuando por la mañana la señora de Liauran pidió noticias de su hijo, éste contestó que bajaría á la hora del almuerzo.

En efecto, á las doce se presentó en el comedor. La madre y el hijo no cambiaron más que una mirada, y en seguida comprendió ella la extensión del sufrimiento que el joven había experimentado sólo por la especie de estremecimiento de que fué presa al volverle á ver.

Estaba asociada, como ocasión, si no como causa, á aquel sufrimiento, y él no había de olvidarlo nunca.

Sus ojos tenían un no sé qué de tan particularmente distante, su boca un pliegue de labios tan cerrado y todo su rostro manifestaba tan claramente su firme voluntad de no admitir ninguna explicación, que ni la señora de Liauran ni la señora de Castel se atrevieron á preguntarle nada.

Aquellos tres seres habían tenido desde hacía un año muchas comidas silenciosas en el mismo comedor, todo cubierto de tapices antiguos, vasto salón que hacía parecer pequeña la gran mesa redonda colocada en su centro. Pero ninguno de los tres había experimentado nunca, como aquel día, la impresión que había de reinar en adelante entre ellos, aunque se hablasen; un silencio imposible de romper, algo que no se formularía y que interpondría durante mucho tiempo entre ellos un secreto mutismo, aun bajo la forma de sus más cordiales expansiones.

Cuando después del almuerzo, Huberto, que no hizo más que probar los platos, cogió el botón de la puerta para salir del comedor, en el que apenas había permanecido diez minutos, su madre experimentó un tímido y casi repentino deseo de pedirle perdón por la pena que leía en su taciturno rostro.

—¡Huberto!—dijo.

—¡Mamá!—contestó volviéndose.

—¿Te encuentras bien hoy?—preguntó la madre.

—Perfectamente—contestó él con voz seca, con una de esas voces que suprimen de repente toda posibilidad de conversación;—esta tarde seré puntual á la hora de comer.

Una preocupación singular se había apoderado del joven. Después de una noche, de un tormento tan continuamente agudo que no recordaba haber sufrido nunca nada parecido, logró hacerse de nuevo dueño de sí mismo. Había atravesado la primera crisis de su pesar, después de la cual no se muere ya de desesperación, porque se ha llegado realmente al fondo del dolor. Después había recobrado esa calma momentánea que sucede á las prodigiosas pérdidas de fuerza nerviosa, y había podido pensar. Entonces había sido cuando le había asaltado una viva inquietud respecto á la señora de Sauve; inquietud desprovista de ternura, pues en aquel momento, después de la terrible batalla que acababa de sostener, tenía el alma agotada, su letargia interior era absoluta y no le quedaban ya fuerzas para sentir más.

Pero recordó de pronto que había dejado á Teresa en el piso bajo de la calle de Friedland, y su imaginación no osaba formar conjeturas sobre lo que habría pasado después de su partida. Esta idea le había asaltado precisamente á la terminación del almuerzo y le había hecho sentir en seguida, á pesar de su dolor fundamental, la única emoción de que era capaz, un estremecimiento de terror nervioso.

Salió y se fué directamente desde la calle de Vaneau á la Avenida. Cuando se encontró delante de la casa no se atrevió á entrar, por más que tenia la llave en la mano. Llamó al portero, persona á quien no hablaba nunca sin repulsión, porque le disgustaba altamente su cínicó rostro, su mirada servil é insolente á lá vez y su tono de cómplice pagado con esplendidez.

— Pido mil perdones al señor — dijo aquel hombre antes que Huberto le hubiese interrogado. — No sabía que la señora estuviese aún dentro. Vi salir al señor; entré por la tarde para dar un vistazo á la casa, como lo hago todos los días, y encontré á la señora sentada en el canapé. Parecía sufrir mucho. ¿Está mejor hoy, señor? — añadió.

— Está ya bien — contestó Huberto, y como experimentase súbitamente una invencible repugnancia á entrar en la habitación, y como, por otra parte, queria á toda costa evitar en lo posible que se mezclase en sus asuntos aquel hombre, tan antipático para él, y mucho más que sospechase nada del drama de su vida, replicó:

— He venido para arreglar nuestra cuenta. Tengo que hacer un viaje..

— Pero, señor, si ya me habéis pagado á principios de mes — dijo el portero.

— Tal vez esté ausente mucho tiempo — replicó Huberto sacando un billete de Banco de su cartera. — Guardad eso á cuenta.

— ¿No entra el señor?

— No — contestó Huberto, que se alejaba diciéndose:

— ¡Qué necio soy! ¿Acaso se matan las mujeres de esta especie?

¡Las mujeres de esta especie! Esta fórmula calificativa que había acudido naturalmente á su espíritu, al espíritu de aquel joven hasta entonces tan cándido, tan dulce y tan delicado, traducía bien la especie de sensación que le dominaba en aquel momento, y que duró varios días. Era un disgusto inmenso, una angustia íntima; pero tan completa, tan profunda, que no dejaba lugar para otro sentimiento en su corazón. No hubiera sabido decir si sufría; tan absoluto era el desprecio que absorbía todas las fuerzas vivas de su sér. Veía á aquella mujer, á la que tan religiosamente y con tan noble fervor había idolatrado, como sumergida en tal abismo de maldad, que creía que él mismo, por el solo hecho de haber sido su amante, había caído también en el lodó.

Esta era la visión física de que entonces era víctima desde el principio hasta el fin del

día, hasta el punto de que no le era posible interpretar ni formar hipótesis ninguna sobre el carácter de Teresa. Esta visión se manifestaba en él bajo una forma material, que llegaba hasta la alucinación. Si, le parecía presenciar el acto, sólo el acto, sin encontrarse con fuerzas para sacudir aquella horrorosa, aquella asediante imagen. Tan terrible espectáculo le paralizaba de horror, y sin embargo, no podía pensar más que en él. Una especie de espejo, no interrumpido, le presentaba el engaño de su amada, el execrable borrón, y como el atacado de ictericia ve todos los objetos á través de la bilis que inyecta sus ojos, así se le aparecía á él toda la vida á través de su terrible disgusto. Su alma estaba como saturada de amargura, y sin embargo, terriblemente seca. No había ninguna impresión que no se transformase para él en aquel sentimiento de lo sucio y de lo triste. Se levantaba y pasaba la mañana con sus libros, abriéndolos y cerrándolos, pero sin leerlos. Almorzaba, y la presencia de su madre, en vez de enternecerle, crispaba sus nervios. Volvía á su cuarto y hacía lo mismo que por la mañana. Comía, y en seguida abandonaba el salón, á fin de no encontrarse con el General ni con su primo, cuya presencia le era insoportable.

Durante la noche se desvelaba, y continuaba viendo la escena maldita, con la misma imposibilidad de conseguir la disminución del sufrimiento. Si se dormía, se veía obligado á soportar casi constantemente la pesadilla de aquella misma visión. Como no tenía idea de la fisonomía del hombre con quien Teresa le había engañado, surgían en un morboso sueño horribles pesadillas, en las que veía mezclados toda clase de rostros con las más diversas y grotescas expresiones. El malestar que le producía aquella continua pesadilla le despertaba. El sudor inundaba su cuerpo, y sentía un dolor en su pecho, como si su corazón, que latía muy deprisa, se fuese á romper. A través de aquel sufrimiento continuaba la misma postración de sus poderes afectuosos, tan completa que ni se inquietaba siquiera por saber lo que habría sido de Teresa.

—¡Después de todo—se decía una mañana al levantarse,—yo vivía perfectamente antes de conocerla! No tengo más que remontar mi pensamiento al estado en que me encontraba antes del 12 de Octubre—recordaba perfectamente la fecha.—No hace más que un año; ¡estaba tan tranquilo entonces! He tenido un mal sueño y á eso queda reducido todo. Pero

es preciso destruir todo lo que pueda traer á mi memoria esos recuerdos.

Se sentó delante de una mesa de despacho, después de haber echado de nuevo leña en la chimenea, á fin de activar la llama, y de haber cerrado la puerta con cerrojo. Recordaba involuntariamente que hacia lo mismo en otras ocasiones, cuando queria ver el querido tesoro de sus reliquias de amor. Abrió el cajón en que aquel tesoro estaba oculto: consistia en un cofrecito de tafíete negro, en cuya tapa se veían enlazadas dos iniciales: una T y una H. Teresa y él habían cambiado dos cofrecitos iguales para conservar ellos sus cartas. En el que había regalado á su amada, en vez de las iniciales, había hecho gravar el nombre de Teresa. «¡Qué niño he sido!», pensó á la idea de las mil pequeñas delicadezas de aquel orden á que se había entregado. En efecto, siempre hay puerilidades en las extremas delicadezas; pero nunca piensa uno así hasta el día en que está en camino de que se le endurezca el corazón.

Al lado de aquel cofrecito descansaban dos objetos que Huberto había arrojado allí la misma noche del día en que supo la traición de Teresa: uno era su sortija, el otro una cadena pequeña de oro, de la que colgaba

una llavecita. Cogió en su mano el pequeño anillo y miró, á pesar suyo, su superficie interior. Teresa había hecho gravar en ella una estrella y la fecha de su estancia en Folkestone. Aquella sencilla inscripción evocó repentinamente ante Huberto una perspectiva indefinida de reminiscencias; le pareció ver la puerta del hotel, la escalera y su alfombra encarnada, el salón en que comieron, el mozo que les sirvió con su rostro de respetabilidad británica, su labio afeitado y sus largas patillas. Le parecía oírle decir: *Y beg your pardon*, y creía percibir la sonrisa de Teresa. ¡Qué languidez flotaba entonces en sus ojos, en aquellos ojos cuyo matiz gris verde parecía en aquellos momentos fundirse, anegarse en un completo abandono del sér íntimo, en aquellos ojos en los que dormía un sueño que parecía invitarle á ser el objeto soñado!

Huberto puso maquinalmente la sortija en su dedo, y luego la arrojó casi con cólera en el cajón, contra la madera del cual saltó el metal con chillón sonido.

Para abrir el cofrecito tuvo necesidad de tocar la cadena. Era una especie de collar de gusto antiguo, que procedía de Teresa. Él le había regalado el brazaletes, del cual pendía la llave de la habitación teatro de sus

clandestinas citas, y ella le había dado aquella cadena para que llevase pendiente de su cuello la llave del cofrecito.

Había guardado aquel escapulario de amor meses y meses, y con frecuencia le sucedió buscar con la mano la pequeña alhaja debajo de su camisa, para hacerse un rasguño clavándosela contra el pecho y acordarse de aquel modo del tierno misterio de su embelesadora felicidad. ¡Cuán lejos le parecía en la actualidad aquella embriaguez! ¡Cuán lejos y cuán perdida en el abismo de un pasado del que se escapaba tan horrible olor de muerte! Cuando levantó la tapa del cofrecito puso los codos encima de la mesa, y con la frente entre las manos contempló lo que quedaba de su felicidad: aquellas pequeñeces tan insignificantes para otro y tan llenas de encanto para él: un pañuelo bordado, un guante, un velito, un paquete de cartas y otro de despachos azules, colocados unos sobre otros y formando como un pequeño libro de ternura.

Los sobres de las cartas habían sido abiertos con mucho cuidado, y el papel de los despachos parecía intacto.

Todos aquellos pequeñísimos detalles recordaban y volvían á recordar á Huberto los escrúpulos de piedad amorosa que había ex-

perimentado ante todo lo que procedía de su querida.

Además de las cartas y de los despachos tenía un retrato de ella, en el que se la representaba vestida con el traje que llevaba en Folkestone: una sencilla chaqueta de paño y un sombrero ancho que proyectaba su sombra sobre la parte alta del rostro. Se había hecho retratar así con el solo objeto de dar aquel recuerdo á Huberto, y al entregársele le había dicho:

—¡He pensado tanto en nosotros mientras me retrataban!... ¡Si supieses cuánto te ama este retrato!...

Y Huberto se sentía realmente amado por aquella imagen. Le parecía que del perfil de aquel rostro, de aquella pequeña boca, de aquellos ojos que parecían soñar, se escapaba un tierno efluvio y le envolvía. Entonces fué cuando, al lado de la visión de la perfidia, empezó á erguirse de nuevo la visión del amor de Teresa.

Si bien sabía evidentemente, por su confesión, que aquella mujer le había engañado, también sabía por sus recuerdos que le había amado, que le amaba aún. Le pareció volverla á ver tal como la había dejado en el diván de su querido asilo, con el rostro con-

vulso y surcado por silenciosas lágrimas. ¡Ah, qué lágrimas! Por primera vez, desde aquel momento fatal, se dió cuenta de la nobleza con que había confesado su falta, cuando tan fácil le hubiera sido mentir, y dejó escapar de repente este grito desgarrador, que no había acudido á su garganta en los días de mayor sufrimiento:

—Pero ¿por qué, Dios mío? ¿Por qué?

¡Sí, ¿por qué? ¿por qué? Aquella angustia de orden enteramente moral acompañó desde aquel instante á la angustia de la visión física. Huberto comenzó desde entonces á pensar, no ya sólo en su mal, sino en la causa de su mal. Quemar aquellas cartas, desgarrar aquel retrato, romper, tirar la cadena y la sortija, destruir aquellos residuos supremos de su amor le hubiera sido tan imposible como desgarrar con el acero el tembloroso cuerpo de su querida. Aquellos objetos eran para él seres vivientes, con sus miradas, sus caricias y sus palpitaciones. Cerró el cajón, incapaz de soportar por más tiempo la presencia de aquellos objetos, que le parecían formados de la sustancia misma de su corazón. Se tendió en el diván, y se perdió en la sima de sus reflexiones.

¡Sí, Teresa le había amado; Teresa le

amaba. Había visto en ella lágrimas, caricias y ese calor especial del alma que no puede engañar. ¡Le amaba, y le había engañado! ¡Se había entregado á otro con el recuerdo de él en el corazón á las seis semanas de haberse separado de su lado! Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué fuerza había sido impulsada? ¿Qué vértigo la había arrastrado? ¿Qué embriaguez se había apoderado de ella? ¿Cómo era, pues, la naturaleza, no ya de las mujeres de esa especie—en la actualidad ya no se trataba de esas ferocidades de pensamiento,—sino de la mujer, para que fuesen posibles tan monstruosas acciones? ¿De qué carne estaba formada aquella engañosa criatura, en que con todas las apariencias, con todas las realidades del sentimiento, no ofrecía más garantías de seguridad que las que da una barquilla bregando con las embravecidas olas? ¡Qué suaves eran, sin embargo, las manos de aquella mujer, y qué leales parecían! ¡Y, sin embargo, confiarlas el alma, en la seguridad de la afección recíproca, era la más loca de las locuras! ¡Ella os sonríe, os llora, y tal vez al hacerlo se ha fijado ya en el que pasa, á quien, porque la divierta una hora, sacrifica vuestra ternura con apasionados ojos y voluptuosos labios!

¡Ah! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué hay, pues, verdadero en el mundo si hasta el amor es mentira? ¡Y qué amor! Huberto esudriñaba entonces su pasado íntimo; hacía el examen de conciencia de su afecto por Teresa, y se hacía á sí mismo la justicia de que, durante el tiempo de sus relaciones, todos sus pensamientos habían sido para ella. Ciertamente era que había faltado en algunas ocasiones; pero siempre por ella, y aun en aquellos tristes momentos no podía arrepentirse de aquellas faltas. Huberto hubiera experimentado un alivio en su pena arrodillándose delante del sacerdote que le había educado, diciéndole: «Padre mío, he pecado.» Pero no; estaba muy por encima de sus fuerzas la necesidad de arrepentirse de las acusaciones en las que Teresa, su Teresa, había tomado parte. Sí, la había idolatrado con fervor y sin desconfianza; era su primer amor y sería el último; así lo creía al menos, y así le había mostrado á ella su confianza en la duración de sus sentimientos, con una ingenuidad enteramente desprovista de todo cálculo. Nada había tenido, sin embargo, la influencia necesaria para detenerla en el momento de cometer su infamia, en el momento de olvidar su amor, su fe, sus promesas.

Él parecía respirar súbitamente su aroma,

sentía su impresión sobre todo su sér; luego sentía la resurrección de los celos, dolorosa hasta el tormento, y volvía de nuevo al tema: «¿Por qué? ¿Por qué?» desesperado, torturado como tantos otros por tratar de resolver esa charada sin solución que constituye el alma de la mujer, culpable una vez, culpable dos, culpable hasta que blanquean sus cabellos y culpable hasta su muerte.

Aquella nueva forma de sufrimiento duró días y días. El joven daba pleno acceso en su alma á un sentimiento nuevo que hasta entonces no había sospechado, y que debía sufrir siempre en adelante: la desconfianza. Había vivido desde sus primeros años con una fe completa en las personas y las cosas que le rodeaban. Había creído en su madre, en Dios, en la sinceridad de todas las palabras y de todas las caricias. Había creído, sobre todo, en Teresa de Sauve, á la que en su pensamiento había asimilado á su misma vida. Todo había sido verdad en derredor suyo; por eso el amor de Teresa le había parecido como una verdad suprema, y por eso en la actualidad, por una revolución de su espíritu en que se revelaba el vicio original de su educación, asimilaba á aquella mujer tan falsa todo el resto de su vida. Estaba acostumbrado por su madre á no

conceder nada al escepticismo, y este es, por lo regular, el procedimiento más seguro para que la primera decepción transforme al más crédulo en un escéptico absoluto. No es bueno nunca esperar mucho de los hombres ni de la naturaleza, porque los primeros son animales feroces disfrazados apenas con la piel de las conveniencias sociales, y en cuanto á la segunda, su aparente armonía está formada de una injusticia en la que nunca se observan remisiones.

Para conservar el ideal en sí, hasta que la muerte nos libra, por fin, de la peligrosa esclavitud de los demás y de nosotros mismos, es preciso estar acostumbrados desde pequeños á considerar el universo de la belleza moral como el fumador de opio considera los sueños de su embriaguez.

Lo que constituye su encanto es precisamente que sean sueños y que nada corresponda á la realidad.

Huberto estaba acostumbrado, por el contrario, á manejar su inteligencia como si estuviera formada de una sola pieza, de modo que ni podía dudar ni creer á medias.

Si Teresa había mentido, ¿por qué no había de ser todo mentira?

Aquella idea no se formulaba bajo una for-

ma abstracta, ni él conseguía llegar á ella por los esfuerzos de su razonamiento: era una manera de sentir que sustituía á otra.

Durante aquel periodo cruel se entregaba á dudar de Teresa en su pasado común.

Se preguntaba si su traición de Trouville había sido la primera, y si no habría tenido otro amante más que él durante el tiempo de su más embriagadora pasión.

La perfidia de aquella mujer corrompía hasta sus recuerdos; llegaba á más, bajo la influencia de aquella misantropía: cometía el peor de los crímenes morales: dudaba de la ternura de su madre.

Sí, en aquella apasionada afección de la señora de Liauran, el desgraciado no veía más que un celoso egoísmo.

—Si me hubiera amado verdaderamente, no me hubiese dicho—pensaba—lo que me dijo.

Se encontraba en ese estado particular del corazón al que el lenguaje vulgar ha dado el tan expresivo nombre de desencanto.

Había acabado de ver la belleza del alma humana, y empezaba á comprender sus miserias, y siempre concluía por ir á parar á su constante pregunta, contra la que chocaba su espíritu como contra la punta de una espada.

— Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Trataba de profundizar el carácter de Teresa sin conseguir una respuesta. Lo mismo le hubiera sido preguntar por qué Teresa tenía sentidos al mismo tiempo que corazón y por qué se establecía en ciertos instantes un divorcio tan completo entre las necesidades de aquel corazón y la tiranía de aquellos sentidos, como ocurre frecuentemente en los hombres. Los calaveras, en quienes el libertinaje no ha matado el sentimentalismo, conocen el secreto de esos divorcios; pero Huberto no era un libertino. Debía permanecer puro, aun en su desesperación, y nunca se le ocurrió la idea de buscar el olvido de sus sufrimientos en la embriaguez de besos sin amor. Ignoró siempre las tentaciones de las alcobas venales y consoladoras, en las que se dejan, en efecto, los sentimientos, pero perdiendo á la vez el ideal.

Y sin embargo, como era joven, como en su intimidad con Teresa había contraído la costumbre del más ardiente placer, el que exalta á la vez el espíritu y el cuerpo en una unión divina, después de algunas semanas de punzantes dolores y de tristes reflexiones, comenzó á experimentar el oscuro deseo, el apetito inconfesable de aquella mujer, de la

que no quería saber ya nada, á la que debía considerar como muerta y á la que tan absolutamente despreciaba.

Aquel extraño é inconsciente retorno hacia las delicias de su amor, retorno al que ningún ideal ennoblecía ya, se manifestó por una de esas curiosidades que brotan de las profundidades insondables de nuestro sér. Experimentó una ardiente necesidad de conocer al hombre que había sido el amante de Teresa, á aquel La Croix-Firmin, al que su querida se había entregado, en cuyos brazos se habría ella estremecido de voluptuosidad, como en sus propios brazos.

Para un director de su conciencia que hubiese seguido, periodo por periodo, el estrago que iba produciendo en aquella alma el fermento de corrupción inoculado en ella por la traición de Teresa, aquella curiosidad hubiera sido, sin duda, el síntoma más decisivo de una metamorfosis completa de aquel joven que había crecido entre todos los pudores. ¿No era acaso el paso del horror absoluto al mal, tormento y gloria de los seres vírgenes, á esa especie de atractivo que aún existe, pero que está ya tan vecino á la depravación? Era, sobre todo, la terrible complacencia de la imaginación en la impureza de una mujer deseada.

da, que quiere que, por una de las más tristes leyes de nuestra naturaleza, la prueba de la infidelidad, que pone en ridículo al amante y deshonra á la querida, avive con frecuencia el amor.

Es probable que en ese caso la idea de la perfidia obre á la manera que lo hacen los cuadros lascivos, y sólo así pueden aplicar esos accesos de sensualidad en el odio que sorprenden los moralistas en el curso de ciertos procesos, originados por los dramas de los celos. Ciertamente que el pobre Huberto no era el más á propósito para dar cabida en su corazón á tantas bajezas; pero era, sin embargo, ciertísimo que su curiosidad de conocer á su rival de Trouville se iba haciendo irresistible. La sentía tan imperiosamente como la falta de Teresa. Era la tenebrosa, la inestructible memoria de la carne que agita, á pesar suyo, al sér á quien domina. Había algo de recuerdo de todas las caricias prodigadas y recibidas desde la noche de Folkestone en aquel deseo de dirigir sus miradas á la existencia real del hombre odiado.

Esta idea llegó á hacerse tan punzante y tan acerba que, después de haber luchado mucho tiempo, Huberto no pudo resistir más y se decidió á complacerse á sí mismo en

aquel deseo. He aquí el procedimiento casi infantil que empleó para realizar su singular deseo. Calculó que La Croix-Firmin debía pertenecer á alguno de los círculos de moda, y, efectivamente, encontró en seguida su nombre y las señas de su casa en un Anuario de un club elegante. Al club acudió para saber si su personaje se encontraba en París. La respuesta fué afirmativa. Huberto hizo un escrupuloso reconocimiento de la calle de La Peyrouse, en cuyo núm. 14 triplicado habitaba su rival, y bien pronto se convenció de que, situándose en la acera de una de las plazas á las que separa esta calle, podría vigilar la casa, un hotel de dos pisos que no contenía ciertamente más que un pequeño número de inquilinos.

Se propuso apostarse allí una mañana; esperaría hasta el momento en que viera salir á un hombre que le pareciera el que él buscaba. Entónces preguntaría al portero, bajo cualquier pretexto, y éste le informaría sin duda alguna de lo que deseaba. Era un medio de sencillez primitiva, y todos los que han tenido en su juventud un culto apasionado por algún escritor célebre reconocerán las mismas sencillas astucias que ellos empleaban para admirar á su idolo.

Si aquel plan fracasaba, Huberto se proponía dirigirse á algún conocido que indudablemente había de tener entre los numerosos miembros del círculo; pero le repugnaba mucho este medio... Se había colocado, pues, de centinela en el puesto elegido, y allí estaba desde las nueve de la mañana y con un frío de Diciembre. El tiempo estaba seco y el día era claro; el cielo estaba despejado y de un color azul pálido, y aquel barrio casi elegante, casi exótico, se veía animado por el ir y venir de los proveedores y los palafreneros.

De la casa que examinaba Huberto vió salir sucesivamente á varios criados, una señora anciana, un niño seguido de su preceptor, y por fin, á las once y media, á un hombre joven aún, de estatura regular, elegante aspecto, delgado y robusto á la vez, envuelto en un abrigo forrado de piel de nutria.

Aquel hombre acababa de abrochar su cuello, dirigiéndose en línea recta hacia el sitio en que estaba Huberto. Este se adelantó á su vez, y pasó rozando con el desconocido. Vió un perfil un poco vasto, con bigotes de color de oro bruñido, y en el rostro, que la impresión del frío coloreaba ya, unos ojos ligeramente irritados, con la mirada de un vividor que se ha acostado muy tarde, después de una

noche pasada en la sala de juego ó en otra parte peor. Un estremecimiento inexplicable precipitó al celoso amante hacia el hotel.

—¿El señor de La Croix-Firmin?—preguntó al portero.

—El Sr. Conde no está en casa—contestó el interrogado.

—Pues me había citado á las once y media, y vengo con toda puntualidad—replicó Huberto sacando su reloj. —¿Hace mucho tiempo que ha salido?

—Pues el señor ha debido encontrarle. El señor Conde, no hace cinco minutos que ha salido; aún no debe haber vuelto la calle.

Huberto sabía lo que quería saber. Se precipitó por donde había cruzado La Croix-Firmin, y después de haber dado algunos pasos, percibió de nuevo al Conde, que se disponía á tomar la acera de la avenida por la parte del Arco del Triunfo. ¡Él era! Huberto le seguía desde lejos lentamente, y le miraba con una especie de angustia devoradora. Le veía andar con elegante paso, con agilidad fina y robusta á la vez. Se acordaba de lo que había pasado en Trouville, y cada uno de los movimientos de La Croix-Firmin reavivaba la imagen de una atormentadora visión.

El pobre joven, delgado y débil, se compa-

raba mentalmente con aquel fuerte y arrogante mozo, que le llevaba en estatura casi la mitad de la cabeza y andaba con aquella agilidad, llevando su bastón á la inglesa, cogido por el centro y á cierta distancia de su cuerpo, bajo el hermoso cielo de aquella mañana de invierno, con paso que demostraba el conocimiento que tenía de su fuerza.

La comparación explicaba perfectamente las causas determinantes de la falta de Teresa, y por primera vez percibió el joven aquellas causas martirizadoras en su verdadera brutalidad.

—¡Ah! ¿El por qué? ¿El por qué? ¡Hele aquí!—pensó mirando con envidia dolorosa á aquel ser tan enérgico.

Aquella primera emoción fué demasiado amarga, y el infeliz joven iba ya á renunciar á su persecución, cuando vió á La Croix-Firmin subir á un coche, y él tomó otro.

—Seguid á ese carruaje—dijo al cochero.

La idea de que su enemigo fuese á casa de Teresa acababa de devolver á Huberto todo su frenesí. Se asomaba de cuando en cuando á la portezuela de su coche y veía rodar al que conducía su rival. Era una berlina con ruedas amarillas, que bajó por los Campos Eliseos, siguió por la calle Real, se internó en

la calle de Saint-Honoré y luego se detuvo delante del café Voisin. La Croix-Firmin iba sencillamente á almorzar. Huberto no pudo menos de sonreirse ante el ridículo resultado de su curiosidad. Maquinalmente entró también en el restaurant. El joven Conde se había instalado ya delante de una mesa, en compañía de dos amigos que le estaban esperando. No había más que otra mesa desocupada en un extremo de la sala, y ante ella se sentó Huberto.

No podía oír desde allí la conversación de los tres comensales por impedirselo el ruido propio del restaurant, pero sí podía estudiar la fisonomía del hombre á quien detestaba. Pidió al mozo que le sirviese cualquier cosa de almuerzo y se abismó en esa especie de análisis que conocen los observadores de gusto y de profesión, los que entran en un teatro, en un salón de fumar ó en un vagón con el exclusivo deseo de ver funcionar las fisiologías humanas, de seguir en los gestos y en las miradas, en los silbidos y en las actitudes, las instintivas manifestaciones de los temperamentos. A veces llegaban á los oídos de Huberto algunas palabras pronunciadas en voz alta por cualquiera de los tres interlocutores; pero ni siquiera se fijaba en ellas, abismado

como estaba en la contemplación del hombre en sí mismo, de aquel hombre aborrecido al que veía casi de frente, con sus ojos atrevidos, su cuello un poco corto y sus fuertes mandíbulas.

La Croix-Firmin había entrado con aspecto de cansancio y de preocupación; pero desde la primera mitad del almuerzo, el trabajo de la digestión había empezado á manifestarse en su rostro por un aflujo de sangre al mismo. Comía despacio y mucho, con esa lentitud propia de los gastrónomos. Reía estrepitosamente. Sus manos, con las que maneja energicamente cuchillo y tenedor, eran robustas y lucían dos sortijas. En su frente, cuya estrechez exageraban cortos bucles de cabellos, no debía haber brillado jamás la llama de un pensamiento algo elevado. Todos estos detalles formaban un conjunto que, aun á la hostil mirada de Huberto, no estaba exento de belleza masculina y robusta; pero era la belleza brutal de un sér formado únicamente de carne y sangre, muy poco á propósito para mantener, ni siquiera para provocar por un momento, la ilusión de una persona delicada. Decir que una mujer se había entregado á aquel hombre era afirmar que había cedido á un instinto de

orden enteramente físico. Cuanto más se identificaba Huberto con aquel temperamento por medio de la observación, más evidente le parecía esto. Interpretaba entonces mejor que lo había hecho hasta aquel momento la doble naturaleza y se daba cuenta con horrorosa certidumbre de la ambigüedad de sus sentimientos.

Entonces fué cuando empezó á elevarse en su corazón el más triste, pero también el más noble de los sentimientos que había experimentado desde su aventura, el único que era verdaderamente digno de lo que había sido antes su alma, ese sentimiento que demuestra al hombre que, á pesar de todas las perfidias de la mujer, no ha perdido del todo el corazón: la piedad. Un enternecimiento de amargura y de melancolía infinitas iba invadiendo su alma á la idea de que la encantadora criatura que él había conocido, su amante silenciosa y tímida, como él la llamaba, la que se había mostrado tan delicadamente fina en el arte de agradarle, se hubiese entregado á las caricias de aquel hombre. Recordó de repente las lágrimas de la noche de Folkestone, las lágrimas también de la última entrevista; y como si por fin hubiese comprendido el sentido de ellas, no encontró en su

espíritu más que una frase, que pronunció en voz baja en aquella sala de restaurant en que el humo de los cigarros condensaba el aire; luego bajo los árboles, desprovistos de hojas, de los jardines de las Tullerías, y por último en la soledad del cuarto de la calle de Vaneau: una sola frase, pero llena de la percepción de las viles fatalidades de la vida: «¡Qué miseria, Dios mío, qué miseria!»

XI

¿Qué hacía Teresa en tanto que él sufría de aquel modo, y por qué no le daba ninguna señal de su existencia? Aunque el joven se había propuesto no pensar en ella, pensaba sin embargo, y esta pregunta añadía una inquietud más á sus otras angustias. Hipótesis contradictorias atravesaban su imaginación constantemente. ¿Estaría enferma de remordimiento? ¿Había dejado de amarle? ¿Sería aún La Croix-Firmin su amante? ¿Tendría alguna nueva intriga? Todo parecía á Huberto posible, tanto lo peor como lo mejor, por parte de aquella mujer, á quien, por fin, había podido comprender, tan extrañamente mezclada de delicadeza y de libertinaje, de perfidia y de nobleza. Conocía por la efervescencia que producían en su corazón algunas de estas hipótesis, los vibrantes y nudosos lazos que le sujetaban á aquel sér, del que hubiera querido verse separado. A veces se

encontraba dispuesto á dar algùn paso para saber al menos cuáles eran las disposiciones de alma de Teresa en aquellos momentos; pero luego despreciaba aquella debilidad, y para confortarse, se repetía algunos versos que correspondían al estado de su espíritu. Los había encontrado — extraña ironía del destino, que no podía sospechar — en la única colección de poesías de Alfredo Fanieres.

Aquel volumen, reimpresso después que las novelas del poeta le habían dado celebridad, llevaba un título que por sí solo revelaba el fondo de su objetivo: *Las primeras valentías*. Huberto había comido con el escritor en casa de la señora de Sauve, sin darse cuenta de los sufrimientos que la pobre mujer experimentaba al verse obligada por su marido á juntar en su mesa al amante á quien idolatraba y al que había sido antes, con el cual había roto ya las relaciones. Aquella tarde Fanieres había hecho gala de su ingenio, y á consecuencia de aquella comida, el joven, por una curiosidad muy natural, había comprado el libro de versos. El poema que le agradaba en la actualidad era un soneto bastante pretenciosamente llamado *Tierna crueldad*, en el que el autor decía en síntesis que en las ofensas de amor debe dejarse hablar al orgu-

llo y hacer callar al corazón. Que el mejor castigo de ellas es el desprecio, y que por más que se sufra tanto ó más que puede sufrir la mujer traidora cuando se arrastra á los pies del amante ofendido, pidiéndole perdón, y por más que, á pesar de los pesares, se continúe adorándola, no es conveniente vengarse, ni siquiera hablar de la ofensa ni de la pena que se sufre, y es mejor aparecer muy por encima de ella.

— Si — se decía Huberto, — tiene razón: el silencio y el desprecio.

Aquellos versos le conmovían infantilmente, como sucede con frecuencia á los lectores de poesías que recurren á una obra de literatura con el solo objeto de avivar ó apaciguar su herida interior.

— El silencio... — replicaba. — ¿Acaso se habla á una muerta? Pues bien: Teresa ha muerto para mí.

Al explicarse de aquel modo en la soledad de su cuarto de estudio, en el que pasaba en la actualidad casi los días enteros, Huberto no sentía rencor contra su amante. Como ningún hecho reciente venía á suscitar en él sentimientos nuevos, reaparecían los antiguos, los de antes de la traición. Aquellas imágenes de sus recuerdos abundaban en él sin que tra-

tase de desecharlas, y, poco á poco, bajo su influencia, su cólera se hacía más abstracta y racional, si así puede decirse; pero en realidad, nunca había amado tanto á aquella mujer como en aquellos momentos en que se creía seguro de no volverla á ver ya.

En efecto: la amaba como á una muerta; ¿pero quién no sabe que éstas son las más indestructibles, las más frenéticas ternuras? Cuando la irrevocable separación no da por primer resultado matar el amor, le exalta, por el contrario, de un modo extraño. Es imposible extinguir la tan presente y tan lejana vaga forma del fantasma deseado, que flota delante de nuestra vista con su belleza que la vida no marchitará ya, y toda nuestra alma se dirige, se eleva hacia él triste y apasionadamente. Se pierde la noción del tiempo. La dulzura del pasado refluye toda entera á nuestros corazones, y entonces comienza una especie de encanto retrospectivo y singular, que es como una alucinación del alma. Si Teresa de Sauve hubiera sido una mujer envuelta en el sudario y sepultada en la fría tumba para siempre, Huberto no se hubiese entregado con más horroroso ahinco al dolor de su memoria, al loco frenesi del amor sin esperanza y sin deseo, producto único del éxtasis

de lo que fué y de lo que no volverá á ser más.

Hora por hora y por medio de las cartas que conservaba de ella, las cuales leía de nuevo y volvía á leerlas hasta aprendérselas de memoria, reconstituía los deliciosos meses de su embriaguez terminada. Teresa tenía la costumbre de no fechar nunca sus cartas y de poner sencillamente al principio el nombre del día: «jueves... viernes... sábado...» Huberto encontraba la fecha del mes en el sello de correos, gracias al gran cuidado que había tenido de conservar todos los sobres, por la sencilla razón de que no hubiera podido destruir, sin causarse sufrimientos, una línea trazada por aquella mano.

No había podido, después de tantas y tantas semanas, verse libre de la emoción que le producía el ver las letras de su nombre trazadas por la mano de Teresa. Sí; reconstituía hora por hora su vida pasada. ¡El encanto de los minutos transcurridos se reproducía á su vista, completo, maravilloso, embriagador! Aquello había desaparecido como desaparece todo, y el joven no podía conseguir verse libre sin sublevarse contra el enigma de que había sido víctima. Á la noción cristiana de responsabilidad sucedía en él un oscuro fata-

lismo. El fin de su dicha se explicaba en la actualidad á sus ojos por las fatalidades de la miseria humana. Absolvía casi á su fantasma de una falta que le parecía tener su origen en las imperfecciones de la naturaleza; luego pensaba que aquel fantasma era, no ya el de una mujer muerta, con los párpados bajos, el pecho inmóvil y la boca cerrada, sino el de una criatura viva, cuyas pupilas tenían movimiento, cuyo corazón latía y cuyos labios rebosaban de frescura y de voluptuosidad; y á pesar suyo, atormentado por su oscuro deseo, murmuraba: — ¿Qué hará, qué hará Teresa?

¿Qué hacía, pues, Teresa, y cómo no había intentado ningún esfuerzo para volver á ver al que amaba? ¿Qué ideas, qué sensaciones había sufrido desde la terrible escena que la separó de Huberto? También para ella los días habían sucedido á los días; pero en tanto que el joven, presa de una metamorfosis de alma provocada por la más inesperada y la más trágica de las decepciones, los dejaba andar rápidos y abrasadores, pasando de una extremidad á la otra del universo del sentimiento, ella, la culpable, la vencida, se absorbía en un solo pensamiento. Como lo harían todas las mujeres que aman, hubiera dado gota á gota toda su sangre por curar el dolor

que había causado á su amante. Esto no quiere decir que los detalles visibles de su existencia hubiesen sufrido modificación alguna; á excepción de la primera semana, durante la cual una continua y laminante jaqueca consecutiva al choque de tantas emociones experimentadas, la sujetó en su casa, había vuelto á emprender su vida de mujer de mundo, su acostumbrada vida de paseos y de visitas, de grandes comidas y de recepciones, de conversaciones en el teatro ó en las *soirées*. Pero esta vida de movimiento enteramente exterior no ha bastado jamás para desterrar la idea fija de una ilusión largo tiempo acariciada, que no deja nunca de hacer un trabajo análogo al de la aguja de *crochet*.

Cosa inexplicable á primera vista: se había producido en aquella alma, después de la confesión hecha en la avenida de Friedland, una tranquilidad casi completa, debida sencillamente á que la confesión voluntaria disminuye siempre el remordimiento. Sobre esta misma inexplicable ley de nuestra conciencia es sobre la que la fina psicología de la Iglesia católica ha fundado el principio de la confesión. Si Teresa no se perdonaba en absoluto su falta, no tenía al menos que sufrir, al pensar en ella, la humillación de una bajeza absoluta.

Encontraba asociada á ella la idea de cierta altura moral que la ennoblecía á sus propios ojos.

Esta calma, esta especie de sueño de sus remordimientos, la permitía abismarse libremente en el recuerdo de Huberto.

Vivía, sin embargo, en mortal inquietud respecto á él, dominada por la idea fija de volver á verle, no porque esperase obtener su perdón, sino porque sabía que había de sufrir, que su alma estaría colmada de profunda pena, y sentía en todo su sér un amor tal por aquel niño, herido por ella, que su mismo amor, su gran sentimiento de ternura, la hacía abrigar la esperanza de que llegaría á encontrar el medio de curar, de cicatrizar aquella herida. ¿De qué modo? Ella misma no hubiera podido decirlo; pero no la parecía posible que su profunda ternura, que su sincero arrepentimiento, fuesen enteramente ineficaces para lograr en todo ó en parte aquel objeto.

En todo caso, la era preciso demostrar á Huberto la intensidad de la pasión que sentía por él. ¿No lograría ésta impresionarle? ¿No llegaría á conmover su corazón? ¿No serviría para arrancarle á los suplicios de la desesperación?

Ahora que ya no se encontraba bajo el peso aniquilador de su infidelidad, no juzgaba ni apreciaba ésta desde el punto de vista esencialmente masculino, és decir, como una falta absoluta é irreparable. En la mujer, criatura de mucho más instinto que el hombre, el poder de la esperanza es mucho más intenso que en el hombre. Una mujer engañada perdona, con tal que se sienta amada, y una mujer que engaña no puede apenas comprender que no se la perdone, cuando sabe que ama al hombre cuyo perdón implora...

La falta cometida es para ella una idea, una sombra, una quimera. En cambio, el amor que siente es un hecho, una realidad. Teresa había, pues, salido completamente del período de depresión moral, cuyo último límite había sido su confesión. Ciertamente era que no sentía aquella confesión, como lo hubiesen hecho otras mujeres en idénticas circunstancias; pero deseaba, esperaba, quería á toda costa que su noble franqueza, al confesar su falta, no marcara el fin de su dicha, porque, después de todo, lo cierto, el hecho positivo era que amaba y era amada.

No la cegaba, sin embargo, su deseo hasta el punto de hacerla olvidar lo que sabía muy bien acerca del carácter de su amigo.

¿Qué difícil le había de ser acercarse de nuevo á él, que era tan orgulloso y tan puro! Y por otra parte, ¿qué medios emplearía para lograr verle, aunque no fuese más que por una hora? ¿Escribirle? Lo había hecho, no una vez, sino diez lo menos; pero después de escrita y sellada la carta, la había arrojado á un cajoncito y no la había enviado á su destino. En las primeras no encontraba frase que le pareciera suficientemente cariñosa y humilde, suplicante y tierna.

Luego había temido, con verdadero temor, que Huberto no la abriese siquiera y se la devolviera sin respuesta. ¿Esperaría á que la casualidad la proporcionase la dicha de volverle á encontrar en el teatro, en paseo ó en visita? Temía, por el contrario, horriblemente tal azar. ¿Cómo había de poder resistir su mirada, que había de ser cruel, sin poder siquiera intentar desarmarla? ¿Iria á la calle de Vaneau y le suplicaría que la recibiese? Sabía bien que esto no era posible, ¿Haría que alguien le hablase? ¿Y quién? La única persona á quien ella hubiera podido confiar su amor era aquella amiga que residía en provincias, á la que había encargado de poner en el correo sus cartas dirigidas á su marido durante su oculta estancia en Folkestone.

Entre todos los hombres á quienes veía en la sociedad, el único que tenía bastante intimidad con Huberto para poder servir de mensajero en semejante asunto era aquel en quien su instinto de mujer le mostraba al autor probable de la indiscreción que la había perdido: Jorge Liauran. Se encontraba atada por esos mil menudos hilos con que la sociedad sujeta á sus esclavos.

Acabó, por fin, sin calcularlo y obedeciendo tan sólo á los secretos impulsos de su corazón, por encontrar un medio que la pareció infalible para conseguir llegar á tener una explicación con el adorado de su alma. Sentía un deseo irresistible de volver á la casita de la avenida de Friedland y se dijo que Huberto sentiría también, más pronto ó más tarde, la misma necesidad que ella experimentaba. Preciso era, en este caso, que en una de sus visitas se encontrase frente á frente con él. Bajo la influencia de esta idea, empezó á darse largas y solitarias sesiones en aquel piso bajo, del que cada rincón, cada mueble y cada objeto encerraba un recuerdo de su pérdida felicidad. La primera vez que fué allí, la primera hora pasada de aquel modo entre aquellos muebles fué para ella el principio de una emoción tan intolerable, que temió caer de

nuevo en el exceso de su primitiva desesperación. Volvió, sin embargo, y poco á poco llegó á tener para ella un extraño y dulcísimo encanto el cumplimiento casi diario de aquella especie de peregrinación de su amor.

El portero encendía la chimenea; ella dejaba que la llama alumbrase el pequeño salón con luz vacilante, que luchaba contra la invasión del crepúsculo; se reclinaba en el diván, y allí experimentaba una sensación torturante y deliciosa á la vez, una mezcla de espera, de melancolía y de recuerdos. Cada vez que iba cuidaba de preguntar lo primero:

—¿Ha venido el señor?

Y la negativa respuesta le hacía concebir la esperanza de que la casualidad hiciera coincidir la visita del joven con la suya.

Latiéndole con ímpetu el corazón, expiaba el más ligero ruido. Las sombras ocultaban en su alrededor todos los objetos que la llama de la chimenea no alcanzaba á iluminar.

La habitación estaba perfumada por las exhalaciones de las flores, cuyos jarrones cuidaba ella misma, temiendo unos momentos y deseando otros la llegada de Huberto. ¿La perdonaría? ¿La rechazaría acaso? Por fin, se veía obligada á abandonar aquel asilo de suprema esperanza, y se alejaba con el velo

bajo y el alma inundada de la misma tristeza que en otras ocasiones, cuando sentía aún en sus labios los besos de Huberto, consolada y asustada á la vez por esta idea:

—¿Cuándo volveré á verle? ¿Será mañana?

Una tarde que se hallaba tendida en el diván y abismada en lo más profundo de sus ilusiones, la pareció oír el ruido de una llave al girar en la puerta de entrada. Se incorporó súbitamente, presa de violentísima palpitación... Sí, la puerta se abrió y volvióse á cerrar. Resonaron pasos en el recibimiento. Una mano abrió la puerta del saloncito.

Entonces ella se dejó caer de nuevo sobre los almohadones del diván, sintiéndose sin fuerzas para resistir la presencia de lo que tanto había esperado, y encontrando así, á fuerza de sinceridad, la humildísima actitud que, á duras penas, hubiera podido encontrar la más refinada coquetería, la que con más intensidad podía obrar sobre su amante, si era él quien llegaba. Pero ¿quién otro podía ser? Y además, ¿no había reconocido ella en seguida sus pasos? Sí, Huberto era; Huberto era el que entraba en aquel instante.

Desde el momento de su ruptura había deseado también con mucha frecuencia vol-

ver al piso bajo, cuyo reloj había marcado tan dulces horas para él, aquel reloj sobre el que Teresa colocaba graciosamente su velo, cubriéndole con él, «para mejor olvidar la marcha del tiempo», según decía ella. Pero no se había atrevido. Los recuerdos demasiado queridos producen cierta inexplicable timidez. Se teme á la vez, al tocarlos de nuevo, sentir más de lo debido y sentir demasiado poco.

Aquella tarde, sin embargo—bien fuese por la influencia que el nublado cielo del peor día del invierno ejercía sobre su continua tristeza, ó por la que sobre la misma había ejercido la lectura, que se había permitido la víspera, de una de las más adorables cartas de Teresa, fechada precisamente en el mismo día del año anterior,—es lo cierto que Huberto se había encontrado, sin pensarlo, en camino de la avenida de Friedland.

Para llegar á ella había seguido maquinalmente una multitud de enrucijadas y callejuelas, como lo hacia de ordinario en otras épocas, á fin de verse libre de curiosos ó de espías. ¿Qué necesidad tenía entonces de tales artificios? El contraste le había oprimido el corazón. En su camino se encontraba una estación de correos, en la que él solía entrar al salir de sus citas, á fin de prolongar la

voluptuosidad escribiendo á Teresa, que la sorprendiese apenas hubiera vuelto á su casa, como un eco ahogado, ligero y tierno de los embriagadores suspiros del día.

Crejó desfallecer al fijarse en la puerta del despacho, en su color oscuro, en la inscripcíon colocada sobre ella y en la abertura del buzón reservada para las cartas-telegramas. Pero ya se encontraba en la acera de la fatal avenida, ya percibía la casa, las cerradas persianas del piso bajo y el paseito obstruido por la puerta cochera.

¿Qué fué lo que pasó por él cuando el portero, después de preguntarle si había hecho con felicidad su viaje, le dijo con un enojoso acento de obsequiosidad. «La señora está ya ahí?»

Aún no había sacado la llave del bolsillo cuando esta noticia, menos inesperada de lo que él quería confesarse, le hirió como un tiro dirigido en línea recta á su pecho. ¿Qué hacer? La dignidad le mandaba marcharse sin entrar.

Pero su inconsciente y profundo deseo de ver de nuevo á Teresa le sugirió uno de esos sofismas gracias á los cuales encontramos siempre el medio de preferir con nuestra razón aquello que más ardientemente desea nuestro instinto.

—Si no entro—se dijo mirando á la porteria,—este odioso personaje comprenderá que estamos incomodados. Capaz será de llevar su desvergüenza hasta el punto de hablar á Teresa de mi interrumpida visita... Yo estoy en el deber de librarla de esta humillación, y por otra parte, es preciso arreglar esta cuestión de la casa de una vez para siempre... Pues qué, ¿no he de ser capaz de tener energía una vez siquiera?

Entonces, y bajo el influjo de aquel súbito razonamiento, fué cuando abrió la puerta, dándose exacta cuenta de que en la pieza vecina se encontraba una criatura á la que aquel ruido había de hacer temblar desde los pies á los cabellos. ¡Había calentado tantas veces con sus besos aquellos pies tan finos y había jugado tantas otras con aquellos abundantes y negros cabellos! «Si ha venido es porque me ama aún.» Esta idea le conmovía á pesar suyo, hasta el punto de que temblaba cuando penetró en el salón, en el que la agonia del crepúsculo luchaba contra las llamas de la chimenea. Le sorprendió el acariciador aroma de las flores, colocadas en los jarrones de la chimenea, al que se mezclaba el suavísimo olor de un perfume que él conocía demasiado.

Percibió sobre el diván, en el fondo de la estancia, la forma de un cuerpo inclinado, luego el movimiento de un busto y la palidez de un rostro y se encontró frente á frente con Teresa, que se había incorporado lentamente y le miraba con fijeza. La presencia de su querida le había vuelto á producir súbitamente toda la excitación nerviosa de su cólera. Sentía en aquel instante la necesidad de martirizar brutalmente á la mujer, al ser compuesto de perfidia y de mentira, esa necesidad que se apodera del hombre, ser compuesto de fuerza y de ferocidad, siempre que los celos físicos despiertan en él al macho primitivo, colocado frente á frente de la hembra en todo el realismo de la naturaleza. Al llegar á ciertas profundidades, todas las diferencias de educación y de carácter quedan abolidas por el cumplimiento inevitable de las leyes del sexo.

Teresa fué la primera que rompió el silencio.

Comprendía demasiado bien la gravedad de la explicación que iba á seguir para que no hubiese puesto en acción todas sus facultades de finura femenina.

Amaba á Huberto en aquel instante tan apasionadamente como el día en que le había

confesado su inexplicable falta; pero al presente era dueña de sí misma y podía medir el alcance de sus palabras.

Por otra parte, no tenía para qué fingir.

Le bastaba mostrarse tal como era, en la humildad infinita de la más arrepentida ternura.

Así que empezó á hablar con voz casi ininteligible desde el rincón oscurecido por las sombras en que se hallaba sentada.

—Os ruego me perdonéis por haberme encontrado aquí. Voy á partir—dijo.—Al permitirme venir á esta casa algunas veces, enteramente sola, no he creído hacer nada que pudiera desagradaros. Eran mis visitas una especie de peregrinación al sitio en que he disfrutado la única felicidad de mi vida; pero no volveré á venir, os lo prometo...

—A mí es á quien corresponde retirarse, señora—respondió Huberto, á quien el timbre de aquella voz conmovía con emoción imposible de definir.—Ha venido muchas veces—pensaba, y esta idea exasperaba sus nervios, como ocurre siempre que uno quiere resistirse á ser dominado por una emoción tierna.—Confieso—continuó en alta voz—que no esperaba encontraros de nuevo aquí, después de lo ocurrido. Me parecía que, en vez de

buscar ciertos recuerdos, debiais huir de ellos...

—No me habléis con dureza—replicó ella con mayor dulzura aún.—Pero realmente, ¿qué motivo hay para que me tratéis de otro modo?—añadió con voz melancólica.—No puedo justificarme á vuestros ojos. Reflexionad, sin embargo, que si no hubiese tenido, como tuve, en cuenta la hermosura del sentimiento que nos ha unido, no hubiera sido sincera con vos, como lo fui. Esto os probará que os amaba como os amo, como os amaré siempre.

—No empleéis la palabra amor—replicó Huberto;—no tenéis derecho á que la profanen vuestros labios.

—¡Ah!—replicó ella con exaltación creciente—vos no podéis impedirme sentir. Sí, Huberto, os amo; y aunque no abrigue la esperanza de que este amor sea compartido, no por eso vibra menos en mi pecho. Preciso es que lo sepáis: mi único consuelo en la inmensa desgracia que me affige es poder deciros una vez más en estos días de tristeza lo que tantas veces os he dicho en épocas de absoluta felicidad: os amo. No creáis que por esto aliento ilusiones de perdón; no he de tratar de enterneceros, porque, por mucho que me

condenéis, no será nunca tanto como yo misma me condeno. Pero no por eso es menos cierto que os amo, que os amo más que nunca.

—Pues bien—replicó Huberto;—ese amor será la única venganza á que aspiro... Sabed, pues, que el hombre á quien amáis sufre un martirio al que no podrá sobrevivir, y que vos sois la que se lo ha impuesto; vos le habéis desgarrado el corazón, habéis sido su verdugo, su verdugo de todas las horas, de todos los minutos... Mi alma es una sola llaga, y vos sois la que la ha producido... Yo no creo ya en nada, no espero nada, no amo nada, y vos sois quien me ha traído á este estado... Y esto durará mucho tiempo, mucho, y todas las mañanas y todas las tardes será preciso que os digáis á vos misma: «El adorado de mi corazón está en la agonía, en una agonía lenta, cruel, y yo soy quien le mata.»

Y así continuó calmando su dolor de tantos días con todas las frases más crueles que la cólera llevaba á sus labios y complaciéndose en lanzarlas sobre aquella mujer, que le escuchaba inmóvil, con los ojos bajos y el rostro descompuesto, aterradora por su palidez, que resaltaba en las sombras, en que se oía renacer aquella voz tan terrible para ella. ¿No

la castigaba él, obedeciendo á la cólera, ocasionada á la vez por el exceso de pasión, al más cruel de los suplicios, el de dejar correr ante ella la sombra de una herida que ella le había producido y no podía curarle?

—Insultadme, golpeadme—respondió sencillamente:—todo lo merezco.

—Esas son frases inútiles—dijo Huberto, después de un nuevo silencio, empleado en dar vueltas de uno á otro extremo de la estancia para amortiguar su furor.—Vamos á los hechos. Es preciso que esta entrevista tenga al menos una conclusión práctica. Debemos volver á encontrarnos en sociedad y en vuestra casa. ¿Tendré necesidad de deciros que yo me conduciré como un hombre honrado y que nadie sospechará nada de lo ocurrido entre nosotros? Hay que resolver también la cuestión de esta casa. Yo escribiré á Manuel Derooy previniéndole que no pienso volver á ella en adelante. Es completamente inútil que volvamos á vernos aquí, puesto que nada tenemos que deciros. ¿No es cierto?

—Tenéis razón—dijo Teresa con acento conmovido.

Luego, como tomando una resolución suprema, se puso en pie. Pasó ambas manos por sus ojos, y desprendiendo de su muñeca el

brazalete, de que pendía la llavecita de aquella habitación, tendió la alhaja á Huberto sin pronunciar una palabra. Él se quitó la cadena de oro de que colgaba idéntica llave y sus dedos se encontraron con los de su amada. Ni uno ni otro retiraron sus manos. Se miraron: él la vió de frente por primera vez desde que había entrado en el saloncito. Ella estaba en aquel instante sublimemente hermosa. Su boca se entreabría como si la faltase la respiración, sus ojos parecían cargados de languidez, sus dedos oprimían los del joven con una caricia lenta.

Huberto sintió correr súbitamente por todo su sér un frío sutil. Como si fuera presa de la embriaguez, se acercó á ella, rodeó su cuerpo con los brazos y la dió un beso.

Ella se sintió desfallecer y ambos cayeron sobre el diván, bañado por las sombras, y se entrelazaron en uno de esos abrazos locos y silenciosos, en los que se funden todos los rencores, justos é injustos, pero también todas las dignidades.

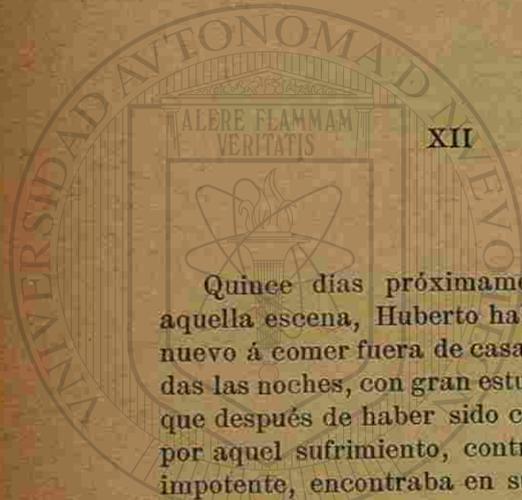
Son estos minutos en que ni el hombre ni la mujer pronuncian la frase «yo te amo», como si se diesen cuenta de que semejantes extravíos nada tienen, en efecto, de común con el amor.

Cuando ambos recobraron de nuevo los sentidos, ella le miró. Temblaba ante la idea de verle ceder á ese horrible movimiento, familiar á casi todos los hombres que sufren idénticas caídas y que les impulsa á castigar á su cómplice por su propia debilidad, colmándola de desprecio. Si Huberto sintió, por un momento, este impulso, tuvo al menos la generosidad de evitar que Teresa lo advirtiese. Entonces ella, con voz que el miedo hacía más atractiva, le dijo:

— ¡Huberto mío! ¿Conque es cierto que te tengo de nuevo, que eres otra vez mío? ¡Si tú supieras!... No hubiera podido sobrevivir á nuestra separación. Hubiera muerto con seguridad, porque te amo demasiado... Seré tan cariñosa, tan sumamente cariñosa para tí, te haré tan dichoso... Pero no me abandones. Si no me amas ya, déjame al menos amarte. Llámame, despídeme, haz de mí lo que quieras, lo que te sugiera tu capricho. Yo seré tu criada, tu esclava, lo que tú desees; pero no me apartes de tu lado, no me niegues tu presencia, ya que no puedas hacer que mi corazón deje de latir por tí. ¡Ah! ¡Si Dios permitiese que muriera ahora!...—Y cubría de apasionados besos el demacrado rostro de su amante.

Él permanecía, sin embargo, inmóvil, con la boca y los ojos cerrados, pensando en la profunda sima en que había caído su dignidad. Entonces, cuando la borrachera había pasado ya, podía establecer comparación entre lo que acababa de experimentar y lo que había experimentado otras veces. El verdadero símbolo del cambio operado estaba en el contraste entre la brutalidad de aquel placer, gozado así sobre el diván, y el divino pudor de los días de ventura. Él no había perdonado á Teresa; pero tampoco había podido resistir á sus atractivos materiales, y, por lo tanto, había perdido para siempre el derecho de reprocharla su traición. Además, y aunque hubiera adquirido de nuevo ese derecho, ¿cómo había de usar de él? Había un encanto demasiado grande para él en las caricias de aquella mujer, y acababa de persuadirse de que, á partir de aquel día, había de sufrir siempre la influencia de aquel encanto y de que él había de constituir su sueño, su único deseo. Había amado á Teresa con el amor más sublime, y ahora le dominaba ella por lo más oscuro y menos noble que había en su sér. Algo había muerto en su vida moral que no podría conseguir desenterrar nunca. Había sido uno de esos naufragios del alma, que los

mismos que lo sufren saben que son irremediables. Había cesado de estimarse después de haber dejado de estimar á su querida. La eterna Dalila había realizado una vez más su obra, y como los labios de Teresa estaban temblorosos y acariciadores, él la devolvió sus besos.



XII

Quince días próximamente después de aquella escena, Huberto había empezado de nuevo á comer fuera de casa y á salir casi todas las noches, con gran estupor de su madre, que después de haber sido cruelmente herida por aquel sufrimiento, contra el que se veía impotente, encontraba en su hijo un aspecto de enloquecedora fiebre, que la aterrorizaba. La infeliz madre no pudo menos de manifestar su asombro á Jorge Liauran una noche que éste había acudido, como de costumbre, al pequeño salón, testigo de tantas agonías de aquella pobre mujer. El viento silbaba por la parte de afuera, como la noche que el General Scilly había empezado á pensar en la desgracia de sus amigas, y el viejo soldado, que también estaba allí recostado en la butaca en que acostumbraba á sentarse, no pudo menos

de notar los estragos que las pocas palabras pronunciadas produjeron en el rostro de ambas viudas.

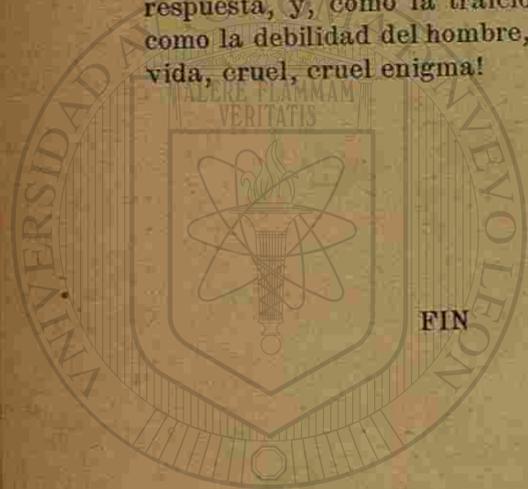
—No lo comprendo—contestó Jorge á las observaciones de su prima;—Huberto y yo no hemos hablado sobre el asunto; es cierto que su desesperación resulta inexplicable si no ha creído en la falta de la señora de Sauve; pero también es cierto que, en la actualidad, está más amartelado con ella que nunca.

—Sabiendo lo que sabe, no me parece muy digna su conducta—dijo el Conde.

—¿Qué queréis?—replicó Jorge;—es como los demás.

La señora de Liauran, tendida sobre un diván, apretó la mano de la señora de Castel, en tanto que su primo pronunciaba aquella frase, sin darse cuenta de su alcance. Los dedos de la madre y los de la abuela cambiaron una presión, con la que las dos mujeres se comunicaban una á otra el sufrimiento de que no habían de curar jamás. No habían ellas educado á su hijo para que fuese como los demás. Entreveían ambas la profunda metamorfosis que al presente iba inevitablemente á verificarse en Huberto... Ciertamente que es una gran verdad que «el hombre es como

su amor»; pero este amor ¿por qué y de dónde nos viene? ¿Pregunta que no tiene ni tendrá respuesta, y, como la traición de la mujer, como la debilidad del hombre, como la misma vida, cruel, cruel enigma!



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
DEPARTAMENTO DE FÍSICA
CICLO BÁSICO DE FÍSICA
CINCO SEMESTRE
FÍSICA GENERAL I

EC
100